



Una serie
★★★★★
bestseller

MANUELA INUSA

La tetería de la felicidad

Bienvenida a Valerie Lane, la calle más romántica del mundo

mñ

D.J.57

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	

23

24

25

26

Recetas de Laurie's Tea Corner

Té de jengibre, menta y limón

Té de especias

Infusión de piña y ron

Bombones de té matcha según una receta de Laurie y Keira

Ponche de té y frutas

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Com

Sinopsis

Laurie es la propietaria de una pequeña tienda de té en la romántica Valerie Lane de Oxford. En su tetería se venden los tés más deliciosos del mundo, y sus clientes se sienten como en casa; es cómoda y acogedora e irradia la misma calidez que la propia Laurie. Su único problema: el amor nunca le ha acabado de funcionar. Y, mientras, Laurie lleva meses soñando con Barry, su atractivo proveedor de té... Así que las amigas de Laurie deciden que es hora de trazar un plan.

LA TETERÍA DE LA FELICIDAD

Serie Valerie Lane

Manuela Inusa

Traducción de Noelia Lorente Romano

m̄

Para Kimmy, el mayor tesoro del mundo

Prólogo

Hace más de cien años vivía en Oxford, Inglaterra, una mujer llamada Valerie Bonham a la que todos conocían como «la bondadosa Valerie». No sin razón se le llamaba así: era una de las personas más amables y generosas que haya podido haber en este mundo.

Valerie estaba casada, pero, por desgracia, el matrimonio no había sido bendecido con hijos, así que centró su interés en todos los que la rodeaban.

Tenía una tienda de ultramarinos en una callecita tranquila y céntrica, en la que se podía comprar alimentos, artículos para el hogar, telas y carbón. Pero era algo más que eso: a poco de su inauguración, la tienda se convirtió en un lugar de refugio.

No sólo era un sitio donde resguardarse y beber algo caliente, sino que era allí adonde la gente acudía en busca de un oído atento. Valerie no echaba a nadie que necesitara desahogarse; no desoía a nadie que le pidiese algo, al contrario: le ofrecía su ayuda siempre que estaba en su mano. Y de ese modo se sentaba cada día detrás del mostrador, tejiendo ropa de abrigo para los más necesitados del barrio, mientras algún alma desesperada o afligida, en ocasiones también feliz, le abría su corazón.

Los miércoles por la tarde se convirtieron enseguida en una tradición: después de cerrar la tienda, Valerie abría sus puertas de nuevo a las mujeres de la ciudad, quienes iban a verla enormemente agradecidas y se encomendaban a ella. Juntas tomaban el té y conversaban sobre lo divino y lo humano. Esta fantástica tradición prevalece en la actualidad gracias a un grupo de jóvenes que siguen el ejemplo de Valerie Bonham. Cinco chicas que

ahora dirigen sus tiendas en esta misma calle, la calle que hoy en día lleva por nombre *Valerie Lane*.

1

—¡Maldita sea! —se quejó Laurie al darse cuenta de la carrera que había en las medias recién sacadas de la caja.

Ya se imaginaba que volvería a pasarle algo así, justo ese día. En diez minutos como mucho Barry Lohan se presentaría allí para llevarle su último pedido de té. ¡No se retrasaba nunca!

—¿Y ahora qué? —le preguntó Laurie al buda de color púrpura que había en la estantería junto a los té del Lejano Oriente.

Había puesto mucho empeño en que la decoración fuese perfecta. Con una buena presentación se podía vender prácticamente cualquier cosa, de eso estaba segura.

—Vale, sí... No tienes por qué contestarme. ¡Y yo que pensaba que eras tan sabio! De acuerdo, ya se me ocurrirá algo a mí.

Miró el reloj. Faltaban ocho minutos para las nueve de la mañana de un martes del mes de julio. El sol brillaba, los pájaros cantaban, las flores de Valerie Lane desprendían su propia fragancia... ¡Y Laurie tenía una carrera en las medias!

Demasiado tarde. No le quedaba más remedio que quitárselas. En realidad, hacía demasiado calor para llevarlas. Además, si no se hubiese visto aquellas horribles varices, probablemente no habría querido ponérselas. A sus treinta y dos años ya no tenía la misma piel de bebé que su amiga Ruby, nueve años más joven que ella y dueña de una tienda de antigüedades al final de la calle.

Laurie aparentaba la edad que tenía, y eso también era bueno. Reconocía sin esfuerzo que se hallaba en la flor de la vida y muy a gusto en su piel. Más aún, Laurie estaba satisfecha con su edad porque cada día que pasaba

aprendía algo nuevo, y se sentía orgullosa de lo que había conseguido. Estaba contenta consigo misma. Le gustaban sus cabellos largos del color de la cereza roja, aun sabiendo que casi siempre le daban un aspecto no poco rebelde. Sus ojos azules le parecían bonitos, porque irradiaban amor y amabilidad, como solían decirle. A diferencia de muchas de sus amigas y conocidas, a Laurie le gustaba su cuerpo, y a menudo optaba por llevar faldas y vestidos de colores vivos. Era como más cómoda se sentía. De hecho, no había nada en ella que le afligiese, pero tampoco hacía falta ir enseñando aquellas detestables varices. Sobre todo a una persona en especial, que estaba a punto de aparecer por la tienda.

Faltaban seis minutos para las nueve. Demasiado tarde para colgar en la puerta el letrero de CERRADO y salir corriendo hacia la droguería más cercana.

Pero Laurie aún podía hacer una cosa. Cogió el teléfono rápidamente y marcó el número de Susan, la joven que tenía una tienda de lanas al otro lado de la calle.

—Susan's Wool Paradise, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó ella enseguida.

—¡Hola, Susan! Perdona, no tengo tiempo para saludos... ¿Por casualidad no tendrás por ahí unas medias?

Silencio. Demasiado silencio.

—¿Susan?

—Estamos en pleno verano —fue la única respuesta.

—Eso ya lo sé, pero... ¿las tienes o no?

—No, lo siento.

—De acuerdo, gracias de todos modos. Tengo que dejarte. Te llamo luego.
—Colgó en el acto y otra vez miró la hora. ¡Faltaban cuatro minutos para las nueve!

Echó un vistazo por la ventana y se quedó de piedra. ¡Vaya, ya estaba allí! ¿Por qué tenía que ser siempre tan puntual ese hombre? Bueno, cabe decir

que era una de las cualidades que más le gustaban de él, aunque no precisamente hoy.

¿Qué podía hacer? Debía decidir a toda velocidad cuál era el mal menor: presentarse ante él con una carrera en las medias o enseñarle las piernas. Al final, se rindió: Barry acababa de alcanzar la puerta, así que ya era tarde para apresurarse a la trastienda y quitarse las medias. Se quedaría tal y como estaba, confiando en que él no se diese cuenta.

Sonó la campanilla que colgaba de la puerta, Barry entró en la tienda y el corazón de Laurie dio un brinco como le sucedía siempre que lo veía. Bueno, en realidad no era un brinco, era un salto enorme equivalente a lanzarse desde el monte Everest o, como mínimo, desde el Mont Blanc.

«Respira, no pasa nada. Tan sólo es un hombre», se dijo a sí misma. A pesar de que fuese tan importante para ella desde hacía seis meses; para ser exactos, desde la primera vez que entró en la tienda para preguntarle si ya tenía un buen proveedor de té. Por aquel entonces Laurie llevaba más de cinco años al frente de la tetería y había renunciado a los proveedores. No sólo para ahorrar costes, también porque le hacía ilusión ocuparse ella misma de las compras. Sin embargo, bastó un vistazo a la mirada cálida de Barry y su sonrisa para que cambiase de opinión. No, le había dicho, no tenía proveedores, pero podía dejarle su catálogo y ella ya se pondría en contacto con él.

Y eso había hecho apenas dos días más tarde. A partir de entonces, Barry se convirtió en su proveedor.

—Buenos días, Laurie, ¿cómo estás hoy? —preguntó Barry desplegando su mejor sonrisa, que tanto le recordaba a Jude Law. Colocó a un lado de la puerta las dos cajas grandes que llevaba al entrar.

—Hola, Barry. No me puedo quejar. —Le saludó con una sonrisa resplandeciente.

—Me alegra oír eso.

Laurie no podía quitarle los ojos de encima. Aquella mañana Barry iba

con unos *shorts*, una camiseta gris oscura de Pink Floyd y unas deportivas Nike. Su cabello castaño parecía a todas luces más corto que el martes anterior, se había dado cuenta enseguida. Dios mío... Allí estaba de pie, sonriéndole. Y ella, a punto de desmayarse. Sus ojos, uno verde y otro azul, irradiaban al menos tanta calidez como su fantástica sonrisa. Era simplemente perfecto. Y lo mejor de todo era que al parecer él ni siquiera lo sabía. Laurie tenía la impresión de que era demasiado modesto, reservado y, sí, algo tímido. Y en su opinión eso lo hacía aún más atractivo.

—¿Y cómo estás tú, Barry? —preguntó ella una vez se hubo repuesto en parte. ¡No podía estar mirándole sin parar como si nada!

—Fenomenal. Acabo de reservar una entrada para la Feria Internacional de Hong Kong.

Laurie abrió los ojos como platos.

—¿Hong Kong?

—Sí, tiene lugar en agosto. Es el sueño de cualquier comerciante de té, y yo hace años que deseo ir.

—Vaya, espero que no termines enamorándote de alguna hongkonesa —añadió. Y, además de si en verdad existía la palabra *hongkonesa*, al instante se preguntó a santo de qué había tenido que soltarle algo tan absurdo.

Barry la miró con el ceño fruncido.

—¿Y por qué no?

—Bueno, pues porque... —¡Oh, maldición!—. Pues porque si lo haces, el resto de tu vida... vas a tener que alimentarte de fideos instantáneos —balbuceó golpeándose la frente en su imaginación. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué motivo tenía que comportarse siempre de un modo tan estúpido cuando aquel hombre estaba cerca de ella?

—No, ya me buscaría a una que supiese cocinar bien —sonrió irónicamente.

Laurie optó por no decir nada. Hubiese preferido que se la tragase la tierra. ¿Por qué todo era tan complicado con los hombres? Hacía seis meses que

planeaba pedirle una cita a Barry, y hacía seis meses que se preguntaba, cada vez que él venía a verla, por qué razón se comportaba como una gallina y no reunía el valor para decírselo de una vez por todas.

Enseguida surgió entre los dos una tensión incómoda, que, por fortuna, Barry supo disipar.

—Entonces, ¿qué quieres que traiga la próxima semana? —preguntó él.

—Lo de siempre. He hecho una lista. —Se la entregó con una sonrisa de alivio, aunque sus manos se rozaron durante una milésima de segundo y Laurie estuvo a punto de sufrir un infarto.

Barry echó una ojeada a la lista. Naturalmente, junto al pedido ordinario, había como de costumbre algunas particularidades, puesto que Laurie pasaba buena parte de su tiempo libre en busca de nuevas variedades de té. Sólo quería lo mejor para sus clientes, que sabían apreciarlo. Justo por eso visitaban su tetería: porque ella sabía qué era lo que se llevaba. Y sabía también qué necesitaban el cuerpo y la mente.

Era lo que Laurie siempre había soñado: un rincón acogedor donde poder encontrar algo más que un simple establecimiento; un oasis de bienestar donde desconectar por unos instantes; un lugar donde respirar los aromas más increíbles; un sitio donde poder mimar el paladar con fantásticas y extraordinarias combinaciones de sabor y donde sentirse bienvenido. El día en que se lanzó a la búsqueda del local apropiado para aquello y, de repente, vio esta tienda en la esquina, lo tuvo tan claro como el agua: su tetería iba a llamarse Laurie's Tea Corner.

—Tengo una pregunta más —dijo ella—. ¿No tendrás esa infusión que está tan de moda ahora? Este mismo fin de semana he leído algo al respecto en una revista. El artículo decía que todas las estrellas de Hollywood la toman porque reduce el estrés y ayuda a mantener la paz interior. —Los ojos le brillaban siempre que hablaba de nuevas variedades de té. Le entusiasmaba.

—¿Te refieres al Mithi Chai? He oído que es de lo más popular en Hollywood.

Barry le guiñó un ojo. Sabía mucho más de té que ella. Conocía cada variedad, tal y como a menudo había podido comprobar Laurie. Por supuesto, se ganaba la vida con ello. Tenía que saber muchísimo de tés para poder recomendarles a sus clientes adecuadamente. Sin embargo, no era sólo eso: saltaba a la vista que aquel tema le apasionaba. A Laurie le gustaba saber que compartían aquella pasión por el té.

—No, se llamaba de otra manera. —Hacía años que trabajaba con infusiones y tés, y ahora no recordaba el maldito nombre. ¿Cómo podía afectarle tanto la presencia de Barry? Tenía la sensación de que su cerebro era de barro.

—El Mithi Chai lleva una mezcla de hinojo, anís, regaliz, cardamomo, manzana, canela, clavo, jengibre y pimienta negra —le explicó Barry.

Laurie hubiera podido pasarse horas y horas escuchando cómo enumeraba cada uno de los ingredientes.

—No, no es ése. El que yo digo no lleva ninguna mezcla. Son sólo hojas... Hojas verdes. Tiene un efecto parecido al del ginseng.

—¡Ah, sí! —soltó Barry—. Ya sé a qué te refieres. ¡Al Jiaogulan!

—¡Sí, eso mismo! —Bueno, era lógico que no se acordara del nombre. Sobre todo cuando tenía las hormonas fuera de quicio.

—Es una planta increíble —dijo él—, con propiedades maravillosas: tiene efectos equilibrantes, cardiotónicos, regula la presión sanguínea, reduce el colesterol, estimula el metabolismo e incluso actúa como inhibidor del cáncer.

—Vaya, entonces es un remedio universal. Pues debería empezar a tomarlo yo. A lo mejor llego a cumplir ciento veinte años.

—Definitivamente deberías hacerlo.

—¿A qué sabe? No puede estar tan bueno si tiene tantos beneficios.

—A regaliz.

—¿Ves? No soporto el regaliz.

—Ya tenemos algo en común —dijo Barry de nuevo con una sonrisa

irónica.

—¿De verdad? La mayoría de los hombres me miran como si fueran a pegarme con un bate de béisbol cuando les digo que no me gusta el regaliz. Es como si dijese que no me gustan los gatitos.

—¿Estás de broma? No me lo creo.

—Sí, lo digo en serio. Igual que cuando le cuento a alguien que no me gusta el tomate.

—¿No te gusta el tomate? —preguntó con fingido asombro—. ¿Dónde está el bate de béisbol?

Laurie se rio. Era como si tuviese diecisiete años de nuevo. Así le hacía sentir Barry siempre que se hallaba a su lado.

—Entonces, ¿te apunto el Jiaogulan también?

—Sí, gracias. Cuatro libras. Y ya de paso puedes traerme también el Chai. Personalmente, me gusta más cómo suena. El jengibre y la manzana resultan una mezcla perfecta.

—Estoy de acuerdo.

Ella le sonrió.

—Gracias, Barry.

—¿Por qué?

Por la visita. Por hacerme reír. Por enriquecer mi vida desde hace seis meses. Porque cada martes tengo algo por lo que sentirme feliz.

—Por el pedido, claro —fue todo lo que alcanzó a decir.

—Bueno, ése es mi trabajo.

—Y por la agradable conversación de hoy —se atrevió a añadir.

Barry la miró directamente a los ojos. Ella sintió que la cabeza se le acaloraba y le sudaban las manos.

—Gracias a ti también.

Durante veinte segundos no dejaron de mirarse el uno al otro. Luego Barry dijo:

—Por cierto, me gusta la decoración veraniega que tienes en el escaparate.

—Oh, gracias.

Miró lo que tenía expuesto. Había colocado algunas variedades de té junto a una bonita tetera decorada que había comprado en la tienda de regalos de Orchid. Además de toda clase de parafernalia, Orchid también tenía para cada ocasión las flores artificiales más auténticas que había visto Laurie. Para Laurie era muy importante que la tienda se viese impecable desde la calle, y no sólo cuando los clientes ya estaban dentro. Por ese motivo, cada pocas semanas se ocupaba de redecorar el escaparate de acuerdo con la estación y las variedades de té que recomendaba aquellos días. La decoración actual incluía variedades afrutadas de té estival, naranjas, la flor de tilo y distintas clases de bayas. Una vez más se alegraba de que Barry se hubiese percatado del cambio.

—Y tú llevas un nuevo y bonito corte de pelo —dijo a propósito para que supiese que ella también se había fijado.

—¿Te has dado cuenta? —replicó Barry asombrado.

Ella asintió, y se miró fijamente los pies. La carrera en la media captó enseguida toda su atención y levantó la vista a toda prisa antes de que Barry siguiese la dirección de su mirada.

—Me temo que debo irme. —Su voz parecía un tanto desilusionada.

—Entonces nos vemos el próximo martes. —Laurie sonrió y acompañó a Barry hasta la puerta. Se quedó allí de pie mirando cómo él subía a la furgoneta de color verde aceituna que tenía aparcada delante de su tienda en Valerie Lane.

Más que una calle, Valerie Lane era un callejón con una hilera de viejos edificios de ladrillo de dos plantas, cuyos bajos albergaban pequeños comercios. Había exactamente seis tiendas, una de ellas vacía desde que la heladería cerró en primavera. Donna, la propietaria, se había mudado a Holanda a finales de marzo con su amor verdadero.

En los tiempos de Valerie, todas las fachadas tenían un revestimiento de madera pintada de verde oscuro, que ahora casi rayaba el negro. Sin embargo, eran pocas las que conservaban ese verde, la mayoría de sus propietarios habían preferido pintarlas de nuevo con colores alegres. Laurie's Tea Corner se alzaba con un azul claro resplandeciente acorde con la personalidad de su dueña.

Entrando al callejón por Cornmarket Street, la tetería de Laurie era la primera tienda a mano izquierda, a la que le seguía Keira's Chocolates y, al fondo, Ruby's Antiques. Al otro lado se hallaban Susan's Wool Paradise y Orchid's Gift Shop. La tienda abandonada quedaba entre una y otra. Laurie tenía curiosidad por saber quiénes y cuándo la alquilarían, y qué tipo de tienda sería. Esperaba que el dueño también fuera una mujer. Un hombre no encajaría en Valerie Lane. Históricamente, en aquella pequeña y encantadora calle siempre habían vivido mujeres. Por algo la habían bautizado con el nombre de Valerie Lane y no con el de un tipo cualquiera.

Laurie siguió a Barry con la mirada después de que hubiese doblado la esquina. Sentía que le temblaban las piernas. Una vez más había sido incapaz de preguntarle al hombre más maravilloso de Inglaterra si quería salir a comer con ella o ir al cine a ver una película juntos. Suspiró. Bueno, en realidad tampoco era tan grave, dijo para sí. Aquella misma noche soñaría con él, una vez más, y él la cogería de la mano bajo la puesta de sol, nadarían juntos en el mar o montarían a caballo por la pradera. Quizá, incluso volvería a soñar que Barry y ella estaban ante el altar y al fin podía besarle en presencia de todos sus amigos y de la familia, que no paraba de agobiarle infinitamente porque llevaba demasiado tiempo soltera.

—Nos vemos la semana que viene, amor —susurró a su estela confiando en que él pudiera oírla por fin.

2

La tarde siguiente, las cinco dueñas de las tiendas de Valerie Lane se reunieron como cada miércoles en Laurie's Tea Corner para intercambiar puntos de vista, contarse los últimos cotilleos y tomar el té juntas. Por supuesto, Laurie abría las puertas a todo aquel que deseara entrar, al igual que lo había hecho Valerie Bonham muchos años antes.

—Mirad qué cosa más rica os he traído —dijo Keira, la propietaria de la chocolatería contigua.

Había sido la última en pisar la tienda de Laurie. Tenía veintinueve años y hacía cinco que había abierto la suya propia en Valerie Lane. Era una roca para las demás y no sólo se ocupaba del chocolate, también sabía escuchar y contaba con una paciencia enorme. Se sentó junto a la mesa de la ventana, junto a Ruby, la joven de la tienda de antigüedades que había aparecido como de costumbre con otro atuendo que se diría sacado de otra época. Susan, la dueña de la tienda de lanas, y Orchid, de la tienda de regalos, ya estaban sentadas. Al lado de la animada Orchid, a sus treinta y cuatro años Susan parecía más bien un ratoncillo gris, silenciosa e invisible junto al resto, con sus vaqueros grises y una camiseta negra. Llevaba el cabello negro recogido en un sencillo moño como era habitual en ella, y el rostro sin maquillar.

—¿Qué es? —preguntó Laurie mientras colocaba un plato sobre la mesa.

Keira dispuso en él los manjares esféricos de una de las bonitas cajas en las que vendía sus bombones, trufas y otros dulces que ella misma elaboraba. La caja blanca con ribetes dorados se asemejaba a su dueña: era sencilla por fuera, con algunos pequeños adornos elegantes, pero repleta de amor y cariño en su interior.

—Cerezas confitadas bañadas de delicioso chocolate: chocolate con leche y chocolate blanco. ¡Probadlas!

No tuvo que repetirlo. Siempre estaban dispuestas a probar las nuevas creaciones de Keira.

—¡Vaya, están buenísimas! —dijo Orchid. A sus veinticinco años, era la más joven después de Ruby, y a menudo parecía una adolescente, con su aspecto felizmente despreocupado.

—Exquisitas.

Ruby, que apenas hablaba, también asintió.

—Debo decir que las de chocolate blanco me gustan incluso más —dijo Laurie, y observó a Keira.

Tenía la impresión de que su amiga había engordado un poco. ¡Y sería un milagro no hacerlo teniendo en cuenta que se pasaba todo el día oliendo el chocolate! Qué más daba, Laurie la quería tal y como era, una chica simplemente fantástica.

—También me quedan algunas con chocolate negro en la tienda, pero no las he traído porque sé que a ninguna de vosotras os gustan.

—¿Y qué tal? ¿Se venden bien? —quiso saber Orchid.

—De maravilla. Sólo las vendo desde el lunes, y ya he tenido que volver a hacer otra remesa.

—¿Me podrías guardar un par? —preguntó Laurie—. Este fin de semana me gustaría servir algunas con el té, como algo extra.

Los fines de semana siempre se pasaban por la tienda algunos clientes habituales muy afables: hombres y mujeres de edad avanzada cuya visita complacía enormemente a Laurie.

—Claro que sí —asintió Keira entusiasmada.

Así vivían las propietarias de las tiendecitas de Valerie Lane. Se ayudaban las unas a las otras siempre que podían, sobre todo porque sabían lo difícil que era competir con los grandes comercios de Cornmarket Street. A Keira le compraban todo tipo de dulces, una y otra vez. Iban a la tienda de Susan

cuando querían hacer algo de ganchillo o tejer alguna prenda, sobre todo en invierno. En la tienda de Orchid compraban toda clase de regalos, y en la de Laurie, infusiones y té. La tienda que no visitaban tan a menudo era la de Ruby. No por ella, sino porque desgraciadamente las antigüedades resultaban muy caras.

Laurie miró en derredor.

—¿Qué té os apetece tomar hoy? A las cerezas le va bien un té de frutas o... ¡un momento! Tengo un nuevo té negro delicioso, con aroma de cereza. ¿Qué os parece?

Que debía de estar riquísimo.

—Creo que todas nos fiamos de tu opinión, en especial en lo que a té se refiere —dijo Keira.

—Tiene razón —afirmó Susan—. Gracias a ti hemos descubierto un montón de variedades extraordinarias.

Orchid mordisqueó una de las cerezas con chocolate y asintió.

—Claro que sí. Verdaderas explosiones de sabor, por así decirlo.

Laurie se alegró de oír aquellos cumplidos, aun cuando sabía que sus amigas no acudían cada miércoles a la Tea Corner sólo por el té: les encantaba poder reírse juntas, e incluso llorar de cuando en cuando. Era lo que solía pasar. Todas tenían sus propios problemas. Unas veces los llevaban con serenidad y buen ánimo. Otras, sin embargo, resultaba duro, y era entonces cuando más se alegraban de poder contar con amigas tan especiales, amigas que te ayudaban a sobreponerte cuando era imposible hacerlo por ti misma.

Y allí se hallaban las cinco jóvenes tomando el té un miércoles por la tarde, sentadas en una de las bonitas mesas metálicas de la Tea Corner. Había cuatro mesas blancas en total. Laurie hubiese preferido tener sillas de metal a juego con las mesas, sin embargo muchos de sus clientes eran ya algo mayores y, como la comodidad era más importante que las apariencias, se había decantado por unas sillas oscuras de madera de cerezo y unos cojines

blancos para los asientos. La decisión la tomó seis años atrás, cuando se propuso mostrarle a todos que se trataba de una tienda de té, y no de una cafetería, pese a contar con su propio rincón de mesas para servir.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Laurie enseguida.

—¡Ya ha llegado el vestido! —soltó Orchid acariciándose el cabello rubio hacia atrás.

Enseguida supieron todas de qué vestido se trataba. Hacía semanas que Orchid no hablaba de otra cosa que no fuese la boda de su hermana; ella iba a ser la dama de honor. Aun siendo la última en llegar al grupo —apenas hacía un año que había abierto su tienda—, en ocasiones daba la sensación de que todas sabían mucho más sobre ella que sobre cualquier otra de las amigas. No paraba de contar cosas de su vida, aunque, por otro lado, eso no quería decir que estuviese enamorada de sí misma ni que se creyese el ombligo del mundo. En absoluto. Simplemente era muy charlatana, y justo por eso la adoraban. Una persona abierta y feliz como ella merecía tener un lugar en todos los corazones.

—¿Y cómo lo ves?

Orchid hizo una mueca.

—De acuerdo, ya está todo dicho —añadió Laurie.

—¿No te gusta? —preguntó Susan.

—Es que en la prueba de vestuario me enteré de que era de color rosa chillón. Además, tiene un volante. Y encima lleva tantos adornos que parezco un... un... Habéis visto esos pequeños cisnes rosas que vendo en la tienda, ¿no?

—¿Los que tenías en el escaparate el mes pasado? —aventuró Keira.

—Sí, los mismos.

—¿Quieres decir que pareces un cisne rosa con el vestido? —preguntó Laurie.

—No, sólo me refiero a que, con ese vestido, parece que me haya zampado diez de esos cisnes para desayunar.

—¡No será para tanto! Además, tú siempre estás divina, te pongas lo que te pongas —dijo Ruby.

—Eres un amor. Pero igualmente os digo que sí es para tanto. Y para mucho más. ¿No sabréis de alguien que quiera entrar a robar en mi casa y llevarse el vestido por un módico precio?

Todas se rieron. Casi todos los miércoles por la tarde acababan riendo sin parar, pensó Laurie. Todas compartían el mismo humor loco, y no era extraño ver cómo se les saltaban las lágrimas de tanto reír.

Laurie negó con la cabeza divertida.

—Estás loca, querida. Te apuesto lo que quieras a que el sábado te dará igual el vestido que lleves cuando tengas a tu hermana al lado diciéndole «sí quiero» a su amado. —No pudo evitar pensar otra vez en el sueño. Aquel en el que Barry y ella estaban frente al altar.

—Sí, seguro que la ceremonia es preciosa. Pero después tendré que deshacerme de las fotos en las que yo salga.

—¡No hagas eso, que las queremos ver! —dijo Keira, justo antes de coger otra cereza con chocolate.

—¿Qué música va a sonar? —preguntó Susan.

Le encantaban las bodas, aunque no dejara de insistir en que había renunciado a los hombres hacía tiempo. Su perro *Terry* era el único macho que compartía su vida, y así debería seguir siendo.

—¡Oh, Dios! ¡Eso es precisamente lo mejor! Phoebe ha contratado un coro de góspel.

—¿Música góspel? No sabía que a tu hermana le gustase la música eclesiástica.

Laurie había visto a Phoebe un par de veces en la tienda de regalos de Orchid. Sus vaqueros llamativos con agujeros y el esmalte de uñas de color azul le daban un aire bastante informal.

—No le gusta, por lo menos no las típicas canciones como *Oh Happy Day* o *Amazing Grace*. Por eso le ha dicho al coro que también cante sus

canciones preferidas. En cualquier caso, todas las que suelen ponerse en una boda: *Grow Old with Me*, de Tom Odell; *Higher Than Here*, de James Morrison, y *Stay With Me*, de Sam Smith. Ya le ha pasado las letras y las partituras al director del coro. —Sonrió con ironía—. Dudo que se dediquen a cantar algo así a menudo.

—Pienso que la idea es fantástica —se rio Ruby—. Si alguna vez me caso... —Guardó silencio.

Las cinco amigas se la quedaron mirando.

—Si alguna vez te casas, ¿qué? —preguntó Keira.

—Oh, nada.

Todas sabían que, tras la muerte de su madre, Ruby había tenido que dedicarse al cuidado de su padre, con quien vivía, y cuya enfermedad mental se agravaba con el tiempo. Probablemente no creía que algún día pudiese encontrar a un hombre capaz de aceptar su situación.

Susan se apresuró a cambiar de tema. Quería evitar cualquier tipo de tensión.

—*Terry* tiene pulgas.

Orchid soltó una carcajada.

—¡Vaya, a eso sí que se le llama cambiar de tema!

—¿Cómo las ha cogido? —preguntó Keira al tiempo que se alejaba un tanto de Susan.

Los miércoles por la tarde, cuando salía para reunirse con sus amigas, Susan solía dejar a *Terry* en su tienda, donde se quedaba sentado en su rincón. En ocasiones también se lo llevaba consigo a la Tea Corner.

—Pues como las cogen todos los perros. No te preocupes, le he comprado un collar antipulgas. Además, aún no he visto que me hayan picado a mí.

—¿Irás con Patrick a la boda? —preguntó Laurie. El tema de la boda seguía coleando en su mente.

—Pues claro. ¿Con quién voy a ir, si no?

Patrick era el novio formal de Orchid desde hacía dos años. A las chicas

les parecía que era un tanto misterioso porque apenas contaba nada de sí mismo.

—¿Patrick también tiene hermanos? —preguntó Laurie con curiosidad.

Orchid negó con la cabeza.

—No, no tiene a nadie.

—¿No? ¿A nadie? Eso es muy triste —dijo Ruby.

—Sus padres fallecieron en un accidente, y no tiene hermanos.

—Pero algún pariente le debe de quedar en Estados Unidos, ¿no?

Patrick era de Virginia Occidental. Al menos eso habían logrado sonsacarle al chico una vez.

Orchid volvió a negar con la cabeza.

—En serio, no tiene a nadie.

—Te tiene a ti —dijo Ruby.

Orchid sonrió.

—Pues sí, eso es cierto. Me tiene a mí y mi vestido rosa de tul.

Keira se rio.

—¿Qué le regalarás a tu hermana para la boda? —se interesó.

—Les he comprado dos entradas para un musical.

—Es genial. Seguro que les encanta. ¿Y qué tal unos chocolates con forma de corazón? —añadió sin pensárselo—. Lo siento, no quería sacar a relucir mis ventas. Es que me acaban de llegar unos corazones de chocolate que vienen con una cajita supermona.

—Mañana me paso por la tienda y les echo un vistazo. —Orchid sonrió y tomó otro sorbo de té.

Justo entonces llamaron a la puerta y todas se volvieron hacia la entrada.

Una vieja dama a la que todas conocían bien las esperaba fuera: la señora Witherspoon. Era una mujer menuda de unos ochenta años con el cabello blanco como la nieve. Vivía en una pequeñísima casita no muy lejos de allí, y se pasaba por la tienda con bastante frecuencia porque no tenía a nadie con quien conversar.

Laurie le saludó y la invitó a entrar.

—Hola, señora Witherspoon. ¿Cómo está? —preguntó ofreciéndole enseguida su asiento. Cogió para ella una de las sillas que había en la mesa de al lado.

—Buenas tardes, queridas. Pues no muy bien. Se me ha roto el abrigo —dijo la señora Witherspoon, muy angustiada.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Laurie de inmediato mientras comprobaba la prenda: un ligero abrigo de verano que a buen seguro había conocido tiempos mejores.

La señora Witherspoon le mostró la costura lateral desgarrada. Se veía claramente que el bolsillo roto se aguantaba por un par de hilos. También le faltaban varios botones.

Laurie sintió por la anciana una pena infinita, como le sucedía a menudo. Le habría gustado ponerle un billete de cien en la mano y decirle que se comprase un abrigo nuevo. Sin embargo, sabía que a la señora Witherspoon no le hubiese agradado aquel gesto. Tenía su orgullo; a duras penas aceptaba el té que Laurie le estaba sirviendo.

—Déjeme que le eche un vistazo —dijo Susan al tiempo que la ayudaba a quitarse el abrigo.

—¿Quiere azúcar o leche en el té? —preguntó Laurie.

—¿Qué clase de té es? —preguntó la señora Witherspoon.

—Té negro con cereza. —Laurie se detuvo en seco—. ¡Ay! No puede tomar cafeína, ¿verdad? Qué tonta soy. Enseguida le hago otro. ¿Cuál prefiere?

—Una manzanilla, si tienes, querida.

Laurie sonrió. Por supuesto que tenía manzanilla.

—Se la preparo en un santiamén —dijo, y se fue a la parte trasera para hervir el agua.

—Venga a verme a la tienda mañana —escuchó que le decía Susan a la señora Witherspoon—. Estoy segura de que podré arreglárselo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó esperanzada la anciana. Laurie miró a su alrededor y vio sonrisas resplandecientes.

—Claro que sí, es pan comido. Por cierto, me acabo de acordar de algo... He tejido una chaqueta de lana, pero resulta que a la mujer a quien iba a regalársela le queda demasiado pequeña. ¿Le iría bien tener un cárdigan calentito? Es de color vino, seguro que le sienta de maravilla.

Laurie se emocionó. En ese momento le hubiese dado un fuerte abrazo a Susan. Por supuesto, lo que estaba diciendo no tenía ni pies ni cabeza: estaba bastante segura de que había tejido aquella chaqueta de lana expresamente para la señora Witherspoon, para que no pasara frío los días más frescos de verano.

Susan tenía buen corazón. La mayor parte del tiempo lo pasaba sentada en la tienda con su cocker spaniel inglés a los pies, tejiendo quién sabe cuántas cosas distintas: jerséis de lana, bufandas, gorras, guantes. Una vez acabadas, entregaba las prendas a las personas sin hogar o a gente como la señora Witherspoon. Susan sabía cómo actuar si alguien se negaba a aceptar la ropa.

—Eres un tesoro, Susan —le dijo la señora Witherspoon emocionada mientras Laurie le llevaba el té.

—No es nada. Lo hago encantada.

—Pruebe las cerezas con chocolate que ha traído Keira —añadió Laurie mientras le sujetaba a la anciana el plato con las pocas cerezas que aún quedaban.

—Las he hecho yo —dijo Keira.

—Tienen un aspecto delicioso, no diré que no. —La señora Witherspoon se llevó una a la boca y enseguida dejó entrever una amplia sonrisa—. Y saben deliciosas también.

—Gracias —le respondió Keira con la cara iluminada. Le chiflaban los cumplidos.

—Por favor, podéis continuar con vuestra conversación. No pretendía interrumpiros —se disculpó la señora Witherspoon—. Perdonad que haya entrado aquí a molestar así, de repente.

Laurie negó con la cabeza.

—¡Qué tontería! Usted siempre es bienvenida. Ya es hora de que lo sepa.

—¡Sois todas unas jóvenes extraordinarias! La bondadosa Valerie estaría orgullosa de vosotras.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Ruby, tan modesta como de costumbre.

Era la que más sabía sobre Valerie Bonham. Aparentemente pasaba todo su tiempo libre reuniendo datos e información sobre la bondadosa Valerie y la historia de Oxford. Ruby era una auténtica adicta a cualquier tema histórico. Le encantaba ver *Downton Abbey* y en ocasiones ella misma parecía un personaje de otra época.

—Oh, sí. Muy en serio. ¿Y de qué estabais hablando entonces?

—De lo que haremos este fin de semana. Orchid será la dama de honor de su hermana y se pondrá un vestido rosa espectacular —explicó Keira.

—¿Ah, sí? Me encantaría verlo.

—Si lo que quiere es quedarse ciega... —murmuró Orchid.

—¿Cómo dices?

—Le enseñaré una foto, ¿de acuerdo?

La señora Witherspoon sonrió en señal de aprobación.

—¿Y las demás? ¿Qué planes tenéis? —preguntó Laurie—. ¿Tú, Ruby?

—Iré a alguno de los mercadillos, a ver si encuentro algo original y bonito —contó Ruby, que había estado muy callada la mayor parte del tiempo.

—También le podrías encontrar un hombre a Laurie, ¿no? No pasa nada si es un poco anticuado —se rio Orchid.

Laurie la miró fijamente y sin dar crédito mientras Keira, Susan y sobre todo la señora Witherspoon se unían a las risas.

—¡Oye! ¿A qué viene eso? ¡Como sigas así, voy a colgar tu foto de rosa en internet! —amenazó Laurie a Orchid medio en broma. En realidad, se había sentido un tanto ofendida.

—Pero es cierto. No has quedado con nadie desde..., déjame que piense..., desde que te conozco. ¿Sí o no?

¿Por qué tenía que ser Orchid siempre tan directa? Era casi como si tuviese a su madre delante. Era igual de desesperante.

—Gracias por recordármelo.

—Perdona si me he puesto muy pesada —se disculpó Orchid—. Es que eres una chica demasiado guapa y demasiado buena como para quedarte sola.

¿Y por qué tenía que decírselo sólo a ella? Susan y Ruby también estaban solteras. Y, en el caso de la señora Witherspoon, no lo sabía a ciencia cierta, pero no creía que a su edad tuviese ningún romance apasionado.

Aun así no podía enfadarse en serio con Orchid, sobre todo después de que le hubiese dicho cosas tan halagadoras.

—A lo mejor resulta que tengo a alguien —dijo pensando que ya era hora de compartir con ellas lo que sentía, y también porque llevaba toda la tarde sin poder apartar de su mente a Barry.

—¿Quién es él? —preguntó Orchid con curiosidad y aguzando el oído.

—¡Yo sé quién es! —gritó Keira levantando la mano como si estuviesen en clase.

—¿Qué sabes tú que yo no sepa? —preguntó Susan.

Keira sonrió a Laurie. Su cara lo decía todo: estaba de lo más impaciente

por contarlo.

—Adelante. De todos modos antes o después iban a enterarse... Por ejemplo, la próxima vez que esté a mi lado y me desmaye —dijo Laurie con fatalismo.

De todas, Keira y ella eran las que se conocían desde hacía más tiempo, y eran buenas amigas desde hacía más de un lustro. Por entonces Susan ya tenía su tienda en Valerie Lane, pero no coincidieron con ella hasta más tarde porque sólo quedaban para verse las dos. Se fueron conociendo con los años. Por entonces Ruby acababa de cumplir los dieciocho y su madre llevaba la tienda de antigüedades. Poco después, Ruby se marchó a estudiar a Londres. Regresó tras hasta la muerte repentina de su madre para coger las riendas del negocio.

La sonrisa de Keira se amplió cuando se dispuso a contar la historia de aquel bochornoso día que tan bien recordaba Laurie.

—¡Venga, cuéntalo ya! —le pidió Orchid.

Todas, también la señora Witherspoon —o, mejor dicho, especialmente la señora Witherspoon—, observaron a Keira de manera inquisitiva.

Pobre Laurie. Se había puesto roja y Keira ni siquiera había empezado a contar nada.

—¿Conocéis a Barry? —quiso saber antes de comenzar su relato.

—¿A quién? —preguntó Ruby, que nunca conocía a nadie.

—El proveedor de té —informó Susan. Era justo lo contrario a Ruby, siempre se enteraba de todo. Para ella la vida era como una comedia romántica que seguía con gran expectación.

—Exacto. El proveedor de té —asintió Keira.

—Cabello castaño, bastante alto, siempre viste una camiseta de manga corta estampada con algún grupo de música. ¿No es el que se parece un poco a Jude Law? Lo he visto aparcar alguna vez delante de tu tienda. No está nada mal —opinó Orchid.

El corazón de Laurie latía como loco. Así que tenía razón: efectivamente

Barry guardaba cierto parecido con su actor favorito. Si hasta lo decía Orchid...

—¿Y qué pasa con ese tal Barry? ¿Estás enamorada de él? —preguntó con una gran sonrisa.

—Algo así —le respondió Laurie con las mejillas rojas.

Y Keira añadió:

—Sólo diré una cosa: nuestra querida Laurie no parece ella misma en presencia de ese hombre.

—¿A qué te refieres? —preguntó enseguida Susan.

La señora Witherspoon se frotó las manos, toda oídos. Probablemente aquello era más interesante para ella que cualquier programa de televisión.

—Vaaale... Hace seis meses, cuando Barry le llevó su primer pedido de té, casualmente yo estaba con ella en la tienda para ofrecerle que probara los bombones con canela que acababa de hacer...

—¿Y te diste cuenta de eso? —preguntó Laurie sorprendida.

—¡A callar! —saltó Orchid—. Deja que acabe de contarlo.

—Me doy cuenta de todo lo que tiene que ver con el chocolate —puntualizó Keira siguiendo el relato—. Pues bien, Barry entró en la tienda y nuestra queridísima Laurie se puso roja al instante. Pensé que se iba a desmayar cuando le dio la factura en la mano. Estuve a punto de coger uno de los abanicos decorativos del escaparate y darle aire.

—¿Tanto calor hacía?

—Era un frío día de enero.

—Desde luego, te acuerdas de todo. —Laurie miró fijamente sus piernas con un poco de apuro. Esta vez no tenía ninguna carrera en las medias.

—¿Así que fue amor a primera vista? —preguntó Ruby llevándose la mano al corazón.

—Como en una de esas comedias románticas —afirmó Keira a un tiempo. Se colocó por detrás de las orejas los mechones castaños que se habían salido

de su cola de caballo y siguió contando la historia—. Laurie me presentó a Bartholomew Lohan y...

—¿Bartholomew? ¡Ja, ja, ja! —Orchid resopló—. Ahora sé a qué te referías con lo de comedia.

Keira volvió a sonreír.

—Eso mismo. Así se llama el buen chico. Y cuando nos dijo que podíamos llamarle Barry, Laurie le contestó: «Yo tengo una gran variedad de Sweet Barry». ¿Lo pilláis? Laurie dijo Sweet Barry para referirse al té Sweet-Berry. —Se rio—. Nuestra Laurie se puso roja como un tomate por decir una tontería como ésta. Pero Barry lo encontró divertido porque se echó a reír, no sé si por educación o porque le pareció divertida la verborrea nerviosa de Laurie.

Orchid soltó un soplido más alto.

—¡Me lo voy a hacer encima! —gritó cruzando las piernas.

—Me alegra saber que os divierto tanto. —Laurie escondió su rostro enrojecido tras la mano.

—Hija mía, no es tan grave. Todo lo contrario. Aunque no conozco a ese buen hombre, sí veo lo mucho que te gusta. Tienes que decirle sin falta lo que sientes —intervino la señora Witherspoon.

«Como si fuese tan fácil», pensó Laurie mientras cogía la última cereza.

—¿Y cómo debería hacerlo? —se dirigió a quien tenía más experiencia de todas. Si alguien debía darle un consejo, ese alguien tenía que ser la señora Witherspoon, ya que no estaba allí la bondadosa Valerie...

—No hay que tener miedo. A los hombres les gustan las mujeres seguras de sí mismas —aclaró la anciana.

Ah. Muy bien. Buen consejo. Sólo que a Laurie le faltaba aquella seguridad en sí misma que podía ayudarla a conquistar a Barry.

—Me dan sofocos cada vez que lo tengo delante —confesó ella—. Soy incapaz de decir algo normal en su presencia. Así que ¿cómo voy a decirle lo que siento?

—La señora Witherspoon tiene razón. ¡Suéltaselo y ya está! Aunque tengas que emborracharte antes para armarte de valor —propuso Orchid.

—Barry viene a verme todos los martes a las nueve de la mañana. ¡Sólo me faltaría tener que echarme un trago! ¿Quieres que desayune un whisky? —le replicó Laurie.

—Mmm —susurró Orchid—. Entonces tendremos que echarte una mano. ¡Misión Barry! ¿Alguna idea?

Laurie se sintió reconfortada. Tenía unas amigas fantásticas. Contempló cómo cada una de ellas le daba vueltas al modo en que podrían unirlos a Barry y ella. A pesar de sentirse un poco mareada, debía confesar que se alegraba de que aquello hubiese salido a la luz y de recibir tanto apoyo. De otro modo, la cosa podría prolongarse otros seis meses... ¡o seis años!

—¿Qué tal si lo invitamos a que venga con nosotras los miércoles por la tarde? —propuso Susan.

—No es una buena idea. Sería como un gallo en un gallinero, se sentiría incómodo —contestó Orchid.

—Tengo estos maravillosos chocolates con forma de corazón. Yo creo que si le regalas una caja, se dará por aludido. No necesitas decirle nada —dijo Keira.

—Mejor, aunque es demasiado obvio. Si Barry no siente lo mismo, puede resultar embarazoso. —Al parecer Orchid estaba más familiarizada con los asuntos del amor que todas ellas juntas.

—¿Y tú no tienes ninguna idea? —le preguntó Keira.

Orchid se llevó una mano a la barbilla y empezó a frotársela.

—¿Crees que Barry también siente algo por ti? —le preguntó a Laurie.

—No estoy realmente segura. A veces me mira de un modo... Y estamos muy bien cuando hablamos.

—¿Bien? Dios, qué emocionante suena eso... De acuerdo, dejádmelo a mí. Ya me ocupo yo de la parejita tímida. Soy buena celestina —le dijo al resto.

Vaya. ¿Qué se proponía Orchid? Laurie prefería no darle más vueltas al

asunto o acabaría mareándose de nuevo. Sobre todo conociendo tan bien a Orchid.

—¡Eh, no te asustes! —dijo Keira—. Orchid sabe lo que hace. Sólo queremos lo mejor para ti. —Le cogió la mano a Laurie y le dio un apretón.

—Bien. Entonces dejo mi destino en vuestras manos —respondió Laurie confiando en que no acabara yéndose por el desagüe.

Laurie salió de casa con una sonrisa. Era un día realmente precioso. Poco después de las ocho ya brillaba el sol; prometía calor, verano y felicidad.

—¡Buenos días, señor Rutherford! —le gritó a su vecino.

El hombre acababa de salir en bata para recoger el periódico y le devolvió el saludo amablemente.

Su cola de caballo roja como las cerezas se movía de un lado a otro mientras tarareaba una canción. No cabía en sí de contenta ahora que sus amigas estaban al tanto de lo de Barry. Seis meses habían resultado mucho tiempo guardándose para ella lo que sentía. No sabía con exactitud por qué lo había hecho así. Quizá había esperado a que hubiese algo más emocionante que explicar de sí misma en lugar de tener que contar aquello de Barry. En cualquier caso, aún habría podido seguir esperando. No dejaba de pensar en lo que había dicho Orchid y en su risa conspiradora cuando se despidieron. Confiaba en que la «Misión Barry» pudiese aportar algo, por pequeño que fuese.

Se subió a su Beetle azul claro y condujo hasta el trabajo. Los coches estaban terminantemente prohibidos en el centro de la ciudad. Todo el recinto comercial era una única zona peatonal a la que tan sólo podían acceder las furgonetas de reparto entre las seis de la tarde y las diez de la mañana. Laurie tenía que transportar algunas cajas con material de embalaje, por lo que aquel día tuvo que coger el coche para desplazarse hasta su tienda.

Valerie Lane era una calle con adoquines extremadamente pequeña. Para colmo, no tenía salida, pues más allá de la tienda de Ruby no había nada salvo un par de árboles, entre ellos un cerezo, que, según decían, tenía más

años que Valerie Bonham. Se contaba que la misma Valerie había hecho mermelada con sus cerezas. No obstante, Laurie no sabía si aquella historia era cierta o tan sólo uno de los muchos rumores que circulaban.

Valerie Lane era una de esas bonitas callejuelas que nada más verlas le transportan a uno a los viejos tiempos. Allí seguían las antiguas farolas que habían alumbrado a Valerie hacía muchísimos años y que Laurie siempre miraba con nostalgia. En aquel entonces, Samuel, el esposo de Valerie, salía cada noche a hacer la ronda y encendía las seis farolas de gas con sus propias manos. Y a pesar de que hoy en día tan sólo eran un elemento decorativo más y que habían sido sustituidas por farolas de verdad, Laurie tenía la impresión de saber bien cómo había sido aquel lugar en tiempos de sus bisabuelos.

Ella y sus amigas hacían todo lo posible por mantener vivo el recuerdo de Valerie Bonham. En Halloween decoraban todo con calabazas y flores otoñales; en Navidad colgaban guirnaldas luminosas, y ahora, en verano, colocaban por doquier pesadas jardineras de piedra clara repletas de flores estivales de colores vivos. Así se obtenía un cuadro completo de las fachadas de los edificios con su hiedra trepadora y las macetas de flores que colgaban de cada una de las tiendas. Las hortensias lilas y las azucenas naranjas desprendían una fragancia maravillosa. Laurie observó que las azucenas ya estaban medio marchitas, e intentó acordarse de pedirle a Ruby que las cambiaran la próxima vez. En su lugar podrían poner otras flores como, por ejemplo, crisantemos. Sí, deseaba que aquel final del verano estuviese todo tan bonito como el año anterior.

El final del verano... Para eso aún quedaba mucho. Antes de que llegara, Barry habría volado a Hong Kong. Laurie confiaba en que de verdad no conociera a ninguna mujer allí. O dondequiera que fuese. Se volvía loca sólo de pensarlo. En realidad, ni siquiera sabía si Barry estaba soltero. No llevaba anillo ni tampoco hablaba de novias ni mujeres. Su corazón se negaba a considerar la posibilidad de que ya estuviese comprometido.

Pero ¿cómo lograría pedirle una cita antes de que se fuera a Hong Kong?

—¡Yuhu! ¡Laurie! —oyó que alguien la llamaba y dio media vuelta. Era Susan, la única de ellas que vivía en Valerie Lane, justo encima de su tienda.

—Buenos días. —Laurie sonrió.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, porque te veo ahí de pie, con la mirada perdida. Pensaba que a lo mejor te pasaba algo... ¡Madre mía! Pero ¿qué le ha ocurrido a tu coche?

—Susan señaló la enorme abolladura que destacaba en el Beetle.

—Ah, eso. No es nada. —Barrió el aire con la mano.

Aquella abolladura... Lo típico que pasa cuando, al salir del trabajo, conduces de camino a casa sin quitarte de la cabeza a alguien en concreto. No te fijas por dónde vas y terminas chocando contra un contenedor. La conductora y el contenedor no habían sufrido las consecuencias del impacto, pero el pobre coche había acabado un poco aplastado.

—Bueno, si tú lo dices...

—Una cosa: ¿se pasó la señora Witherspoon por tu tienda por lo del abrigo?

—Sí. Ya está como nuevo. También le di la chaqueta de lana. Le queda como un guante.

—Qué casualidad, ¿no? —Laurie le guiñó un ojo.

—¿A que sí? —Susan hizo lo mismo.

—El miércoles por la tarde acompañé a la señora Witherspoon hasta su casa. ¿Te puedes creer que viva completamente sola en esa casa vieja y diminuta? Me da mucha pena...

—Lo sé —dijo Susan—. *Terry* y yo ya la hemos acompañado un par de veces. A mí también me da pena. Ojalá pudiésemos hacer algo, pero no sé qué...

—Tú ya haces un montón. Creo que significa mucho para ella.

—Es posible. Aun así me gustaría hacerla feliz. ¿Qué te parece si vamos a comer un día con ella? —preguntó Susan.

—Es una idea fantástica. Puedes decírselo a las demás el miércoles que viene. Estoy segura de que estarán de acuerdo.

—Eso haré. Bueno, tengo que abrir la tienda, ya son casi las nueve.

—¿Ya?

Laurie miró su reloj de pulsera. Quedaban un par de minutos, pero aún tenía que mover el coche porque no estaba permitido aparcar en Valerie Lane ni en las calles circundantes. Le deseó un buen día a Susan y cerró la Tea Corner. Enseguida metió las cajas y fue a mover a Jude. Así es como llamaba a su Beetle. Quien conociese bien a Laurie sabía por qué le había puesto aquel nombre a su vehículo de cuatro ruedas: había visto la película *The Holiday* como mínimo cien veces.

El día transcurrió como cualquier otro. Los clientes iban y venían. Las cuatro mesas estaban ocupadas la mayor parte del tiempo. Laurie hacía té y lo servía con galletas o bizcocho, preparaba nuevas mezclas de té e infusiones y redecoraba un poco aquí y allá.

Le encantaba su tiendecita. Adoraba aquel escaparate que invitaba a entrar, la enorme estantería repleta de cajas y bolsitas de té que ocupaba todo el lateral izquierdo del establecimiento, el viejo mostrador de madera oscura, la bonita cómoda que había junto a la ventana donde resaltaban de un modo especial sus mejores y exclusivas variedades de té, el antiguo almacén que olía tan bien que cualquiera podía respirar hondo aquellos olores y quedarse con los aromas para siempre.

En realidad no existía mucho más en la vida de Laurie que la tetería. Estaba detrás del mostrador los siete días de la semana. Posiblemente hubiese podido pagar a alguien para que la ayudara, pero prefería estar ella sola. La tienda era su criatura, lo era todo para ella.

Cuando, al finalizar los estudios y después de trabajar en una conocida agencia de publicidad, le dijo a sus padres que quería abrir una tetería, ellos la miraron fijamente como si hubiese perdido la razón. Aún hoy seguían sin comprender lo mucho que significaba para ella vivir de manera

independiente; lo mucho que le gustaba gestionar sus asuntos, tomar decisiones o ser su propia jefa. Por no mencionar el hecho de que aquello con lo que se ganaba la vida era el té.

No obstante, no lo hubiese conseguido sin la ayuda de sus padres. Si una vez acabados los estudios su padre no le hubiera pagado la mitad del edificio de dos plantas, asumiendo así gran parte de los costes, habría resultado infinitamente más difícil. Seguro que no hubiera podido pagar el alquiler de una tienda situada en una de las zonas comerciales más solicitadas de Oxford, o no hubiera tenido más remedio que renunciar a todo y ahorrar durante media vida.

Aquel día se había preparado una tetera de infusión de jengibre, limón y menta. Ya era la segunda vez que la llenaba. Su taza preferida de color azul oscuro tenía una pequeña grieta, pero no le importaba mientras no acabase partiéndose en dos. Aun así algún día debería decidirse por comprar una nueva. Como es lógico, siempre servía a los clientes en la vajilla buena, la del borde dorado que hacía que el té supiese todavía mejor.

El señor Monroe, un hombre de cincuenta y tantos años con barba de chivo que llevaba un buen rato sentado en una de las mesas junto a la ventana observando la agradable actividad de Valerie Lane, alabó el té de granada que Barry le había llevado el martes. Lo acababan de traer de Marruecos y desprendía un irresistible aroma afrutado. Laurie era feliz cada vez que le hacían algún cumplido por sus excelentes variedades, así que le ofreció algunas galletas más con una cálida sonrisa. Le gustaba el señor Monroe. Vivía en el piso situado justo encima de la tienda de regalos de Orchid, era imposible imaginar Valerie Lane sin él. Tampoco sin sus amigas ni sin las viejas farolas de gas o el bonito letrero de metal con las palabras LAURIE'S TEA CORNER. Éste se distinguía en un arco de hierro que colgaba balanceante en la entrada de la tienda, y que aquel día estaba tan quieto como si se hubiese quedado adherido al aire.

Una hora más tarde, Laurie se detuvo indecisa delante de la vieja cómoda

pintada de blanco que hacía las veces de expositor. Los cajones abiertos contenían los té de especias: la superficie del mueble era un buen sitio para presentar las nuevas variedades. Sin embargo, de pronto la vieja decoración ya no le gustaba. Se componía tan sólo de un elefante de madera y un par de nenúfares artificiales. Laurie quería algo nuevo. Se le ocurrió que podría colocar un cofre del tesoro con las nuevas variedades. Le gustaba decorar según los nuevos productos que había conseguido para crear sobre todo una buena presentación. Los té de especias indios y los té afrutados de Marruecos quizá quedarían bien con algún catalejo, monedas de oro o mapas del tesoro. Algo que le mostrase al cliente lo especiales y apreciados que eran esos té.

En cuanto cerró la tetería, Laurie fue a buscar a Ruby y le acarició la cabeza a la vieja estatua de Charles Dickens, sentado en un banco frente a la tienda de antigüedades. Echó un vistazo a la puerta de cristal con el horario comercial en letras blancas. Por suerte Ruby seguía allí. Estaba sentada detrás del mostrador leyendo un libro. Al parecer no se había dado cuenta de que ya eran las seis de la tarde.

Laurie llamó a la puerta. Ruby levantó la vista, sonrió y le hizo un gesto para que entrara. Llevaba uno de sus vestidos de los años veinte. Era de color beige y casi sin forma, con los típicos flecos, y le llegaba un poco por encima de la rodilla. En el pelo llevaba un aro de plata.

—¿Aún tienes abierto?

—¿Por qué lo dices? ¿Ya son...? —Miró el viejo reloj de cuco que había en la pared—. Vaya, llevo la mitad de la tarde leyendo.

Laurie se sorprendió. ¿De verdad estaba la tienda tan tranquila como para que pudiese pasar la tarde así? Pensando en ello con detenimiento, recordaba que en los últimos tiempos había visto pocos clientes en la tienda de Ruby. A pesar de que le resultase incómodo, debería hablarlo con ella lo antes posible. Confiaba en que su amiga no acabara arruinándose. La tienda de antigüedades había pertenecido a su familia durante varias generaciones.

Además, allí era donde se hallaba la tienda de ultramarinos de Valerie Bonham; no podía ni imaginar lo que pasaría si Ruby tuviera que irse. Seguramente abrirían alguna tienda de tatuajes o, peor aún, quizá la restaurasen y perdiera su encanto por completo. Aquel olor que recordaba a tiempos remotos. El viejo suelo, que crujía con cada paso... Laurie adoraba ese lugar; le aportaba seguridad y hacía que todas ellas se sintieran un poco más cerca de la bondadosa Valerie.

—Quería preguntarte algo —dijo Laurie.

Vio que Ruby dejaba su libro a un lado, se levantaba y cerraba la puerta. Luego le dio la vuelta al letrero en el que se leía ABIERTO y se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—Dijiste que el fin de semana querías ir a algún mercadillo, ¿no?

Ruby asintió.

—¿Podría acompañarte?

Dio la impresión de que Ruby se lo pensaba.

—Por supuesto —dijo entonces—. Pero tenemos que salir bastante temprano.

Laurie era consciente de ello. Debía abrir la tienda a las nueve en punto, como mínimo el sábado. Los domingos no abrían hasta las once. Además, a quien madruga Dios le ayuda, o como fuera que se dijese. En todo caso, Laurie creía que cuanto antes fuesen a visitar los mercados de segunda mano, mejores gangas conseguirían.

—Eso no es problema. Dime la hora y allí estaré.

—¿El domingo a las siete?

—De acuerdo.

—Yo diría que en el mercadillo de Cowley no encontrarás mucho para ti. Prácticamente sólo hay antigüedades, coleccionables, sellos y demás. Ése también abre los sábados. Los domingos hay uno realmente bueno en Park Town. Me encanta. Encuentras casi de todo. ¿Qué es lo que buscas?

—Aún no estoy segura. Algo para decorar la tienda.

—Vale. ¿Te recojo el domingo a las siete menos cuarto?

—¡Perfecto!

Laurie lo estaba deseando. Confiaba en encontrar lo que necesitaba. Además, quizá también tuviese la oportunidad de hablar con Ruby acerca de la poca clientela...

Dos días después, Ruby se hallaba a las siete menos cuarto delante del edificio de dos plantas de Laurie. Ésta tomó rápidamente los dos vasos de porcelana con tapa y se quedó de pie al lado de la puerta del conductor. No podía abrirla.

Ruby sonrió y la abrió por ella.

—¿Qué llevas ahí? Un momento... ¿Eso es té? Qué pregunta más tonta. — Cogió el vaso que le alcanzaba Laurie.

—Sí, es Chai Latte. Espero que te apetezca.

—Me acabo de beber en casa los restos de una cola que tenía por ahí, así que el Chai Latte suena genial. —Ruby dio un sorbo y soltó un suspiro.

Laurie sonrió alegremente y ambas se pusieron en marcha.

Pasaron más de dos horas en el mercadillo de Park Town, que era de lo más popular entre los residentes de la zona. Estaba situado en el solar de una vieja fábrica y quedaba parcialmente cubierto, lo que suponía una ventaja los días de lluvia o en invierno. Estaba atestado de gente desde primerísima hora de la mañana: madres con sus hijos en busca de ropa de segunda mano y juguetes usados, mujeres mayores rebuscando figuritas de porcelana para sus colecciones y jóvenes esperando hallar allí algún videojuego mucho más barato. Laurie entró en acción, y con los ojos bien abiertos observaba toda aquella actividad.

Había pasado mucho tiempo desde que no visitaba un mercado de segunda mano. De niña no sabía ni que existían. Sus padres no la hubiesen vestido con ropa que ya hubiera llevado alguien antes, de ninguna manera. Hubiese sido un auténtico milagro que su madre le comprase juegos de piezas de

construcción, una bicicleta o una muñeca en un lugar como aquél. Por eso Laurie no había ido a ningún mercadillo antes de cumplir los veinte. Lo hizo con una compañera de estudios que, a diferencia de ella, no recibía ayuda por parte de sus padres. La joven regresó a casa cargada de platos, cubiertos y una escobilla de váter (todavía sin usar). Laurie aún recordaba lo contenta que estaba de haber encontrado semejantes gangas.

Recorrió junto a Ruby un pasillo detrás de otro. Su amiga no paraba de encontrar de todo. Sostenía que eran antigüedades, y estaba completamente entusiasmada. Había pensado en sacarles brillo y venderlos en la tienda: libros, jarrones, un espejo, un globo terráqueo y una silla. Por su parte, Laurie era incapaz de encontrar nada. No porque no hubiese una enorme variedad de cosas, sino porque nada le hacía tilín.

Después de tres viajes al coche para guardar las compras de Ruby, Laurie tuvo suerte.

Algo le llamó la atención desde lejos: una pequeña arca que bien se podría utilizar como cofre del tesoro. Corrió feliz hasta donde estaba y la observó con detenimiento. Medía en torno a cincuenta centímetros por treinta. Era de color marrón oscuro y se hallaba en muy buen estado. Además, los laterales estaban adornados con latón y la tapa tenía uno de esos cierres de cuero. Realmente era perfecta.

—¿Cuánto pide por ella? —le preguntó Laurie muy emocionada al hombre sentado en una vieja silla de camping, detrás de una mesa empapelada.

El hombre la miró con ojos saltones sin parar de mascar un chicle.

—¡Cincuenta! —dijo.

Antes de que Laurie pudiese decir «¡Hecho!», Ruby ya la había arrastrado a un lado.

—Pero ¿qué haces? ¿No te he enseñado nada en todo este tiempo?

Laurie no tenía ni idea de a qué se refería Ruby.

—Tienes que evitar que se note que algo te gusta mucho. Muéstrate

absolutamente relajada e indiferente. Sólo así podrás comprar a buen precio lo que quieras.

—Vale, vale. Voy a hacerlo.

—Ahora ya es demasiado tarde. Ese tipo ya se ha dado cuenta de lo mucho que te gusta ese trasto. —Ruby la miró decepcionada de verdad.

No importaba. Laurie deseaba aquel cofre a toda costa, y estaba dispuesta a pagar las cincuenta libras que le pedían, al margen de lo que dijera Ruby. A pesar de ello, Ruby no dejó que la cosa llegara tan lejos.

—Le ofrecemos veinte —escuchó Laurie que le decía al tipo del chicle. El hombre rio al tiempo que negaba con la cabeza—. Vale. Entonces, nada. Que le vaya muy bien —le deseó ella arrastrando a Laurie a un lado consigo.

—¿Por qué has hecho eso? ¡Necesito ese cofre!

—Ahora verás, cálmate.

—¿Y qué pasa si se me adelanta alguien?

—Eso no pasará —dijo Ruby. Dieron una vuelta más a la zona y compraron otras cosas antes de volver al puesto.

Laurie no llegaba a comprender cómo Ruby podía estar tan tranquila. La impaciencia le devoraba por dentro, y temía que el preciado objeto no estuviese ya cuando regresaran.

Sin embargo, allí seguía.

—Vaya... ¿Todavía no ha vendido esa antigüalla? —preguntó Ruby.

Laurie observó con sombrero lo que hacía su amiga. Ruby era la timidez en persona, pero era una auténtica experta en esas lides.

—Nos vamos a casa. Es su última oportunidad.

—¿Cuánto me dan por ello? —preguntó el hombre del chicle.

—Ya se lo he dicho: veinte.

—No, imposible. Con eso no gano nada.

—De acuerdo. Digamos, veintidós.

—Treinta.

Laurie no daba crédito a lo que oía. ¡Apenas diez minutos antes el hombre

le había pedido cincuenta libras!

—Veintitrés.

—Veintiocho.

—Veinticuatro. Es mi última palabra.

—Vamos... ¡Veintiséis! ¿Lo toma?

Ruby sacó veinticinco libras de su bolso y se las alcanzó.

—¿Las quiere o no?

El hombre suspiró y cogió el dinero.

—Ahí tienes tu cofre —dijo Ruby.

Feliz, Laurie cogió el cofre y se lo colocó bajo el brazo. Una vez se alejaron un trecho, lanzó un grito de alegría y abrazó a Ruby de un modo ceremonioso.

—¡Eres increíble! ¡Mil gracias!

—No hay de qué. La próxima vez ya lo intentarás tú.

Laurie empezó a animarse. De repente no paraba de ver por todos lados cosas que podía necesitar. Durante la siguiente media hora se hizo con un telescopio, algunos libros que parecían muy antiguos y dos teteras preciosas: todo a precio de ganga. No podía creer lo afortunada que era. Se prometió a sí misma que la próxima vez también acompañaría a Ruby al mercado de segunda mano.

Y como estaba de tan buen humor, por fin se aventuró a hablarle a Ruby sobre el tema peliagudo que tenía en mente.

—Oye, Ruby. ¿Puedo preguntarte algo? —comenzó cuando ya estaban regresando en el coche.

—Pues claro.

—¿Va todo bien? Me refiero en la tienda.

—Muy bien. ¿Qué te hace pensar que no es así? —Ruby miró fijamente la calle, no sonaba muy convincente.

—Bueno. Es que siempre que paso a verte, la tienda está vacía.

—Eso es porque... La gente no tiene dinero para antigüedades caras. Por

desgracia es así. Buscan chatarra y baratijas.

—¿Y qué pasaría si te planteases vender otras cosas, además de las antigüedades?

Ruby suspiró.

—Pero ¿qué? El local es una tienda de antigüedades desde que falleció Valerie. Mi bisabuela se la compró a Samuel por entonces, ya lo sabes. Y mi abuela y mi madre siguieron llevando el negocio.

—Lo sé, cariño. Y también sé lo mucho que significa para ti. Pero de nada le servirá a nadie si te arruinas por su culpa.

—¡Pero no me voy a arruinar! Lo de la tienda no es tan grave.

Laurie no sabía si Ruby intentaba convencerla a ella o a sí misma.

—Vale, pues no se hable más —dijo en tono apaciguador—. De todos modos no iría mal que repartiéramos algunos folletos para dar a conocer Ruby's Antiques —propuso. Quería ayudar a su amiga contra viento y marea, pues al fin y al cabo eso era lo que hacían: estar cerca cuando se necesitaban.

—No hace falta, de verdad. Mi madre tampoco tenía folletos.

—Pero hoy en día es indispensable. Si yo tengo tantos clientes ahora es gracias a la página web que me hice y a que de vez en cuando pongo un anuncio en la revista semanal.

—Eso está bien en el caso de la Tea Corner, Laurie, pero mi tienda no está hecha para una página web... Además, los anuncios seguro que no son baratos —añadió.

Así que era eso. De acuerdo. Laurie pensaría en algo. Las cosas no podían quedar así.

—Tienes razón. Bien, no diré nada más. ¿Cómo está tu padre?

—Bastante bien. Ahora está con su manía de comer fideos instantáneos. Los quiere a diario.

Todos conocían las peculiaridades de Hugh, el padre de Ruby. Unas semanas antes habían sido los huevos fritos y, antes de eso, las barritas de pescado. Cuando encontraba algún plato que le gustaba no comía otra cosa

durante una buena temporada, y Ruby tenía que cocinárselo día tras día hasta que acababa decidiéndose por otro. Laurie sentía un poco de compasión por Ruby. Por otro lado, su amiga quería a su padre por encima de todo y, desde la muerte de su madre, tan sólo se tenían el uno al otro. No dejaba de ser bonito el modo en que Ruby cuidaba de su padre.

En ocasiones Laurie deseaba que en su vida también hubiera alguien que la necesitara. Desgraciadamente ése no era el caso de sus padres. Su madre, con la que nunca había tenido una relación afectuosa, sólo la necesitaba cuando quería criticar a alguien. Era una crítica patológica; la peor que alguien pudiese imaginar. Siempre tenía algo que criticar de todo el mundo, en especial de su hija. A sus treinta y dos años, Laurie había aprendido a acostumbrarse a ello. Porque nunca había sido de otro modo. Le parecía un misterio que su padre, que en principio tenía una actitud más bien optimista, pudiese llevar tanto tiempo aguantando a su madre. Quién sabe... Tal vez sólo estuviese feliz de tener a alguien a su lado. Era bonito no estar solo. Quizá sencillamente recordaba los viejos tiempos que había pasado con ella, cómo era antes de convertirse en una persona rica, superficial y desgraciada.

Cuando Ruby la dejó con sus compras en casa, Laurie volvió a agradecerle de corazón que le hubiese permitido acompañarla. Y al igual que Orchid tenía una «Misión Barry», Laurie decidió que ella tendría una «Misión Ruby». Debía de haber una manera de rescatar la tienda. Al fin y al cabo en su día había pertenecido a Valerie. Por eso le pidió un poquito de ayuda confiando en que oiría sus palabras allí donde estuviese.

6

Laurie observó satisfecha el nuevo escaparate. Ruby le había dado algunos consejos sobre cómo hacer que la madera brillase. Desde entonces el cofre del tesoro tenía verdaderamente otro aspecto. Estaba abierto, repleto de la variedad preferida de Laurie en aquel momento: naranja y jengibre con pimienta roja. Aquella infusión era ideal para el verano; una nota picante siempre iba bien cuando subía la temperatura.

Alrededor del cofre había dispuesto el catalejo, que relucía tras haberle sacado brillo; los libros antiguos del mercado de segunda mano y algunas monedas de chocolate envueltas en papel dorado, que había conseguido en la tienda de Keira. Perfecto. Había quedado de lujo.

Oyó la campanilla de la puerta y dio media vuelta. Había estado tan concentrada que ni siquiera se había dado cuenta de que alguien pasaba por delante del escaparate. Su cara dibujó una alegre sonrisa al ver quién era.

Fue al encuentro del hombre alto que, a pesar de su cabello gris, seguía teniendo un aspecto magnífico. Al igual que George Clooney, su padre había ganado en atractivo con la edad.

—¡Papá! —gritó con alegría—. ¿Qué te trae por aquí?

No le había mencionado que vendría, por lo que Laurie tenía motivos para estar muy sorprendida. Su padre apenas se pasaba por la tienda. Bien pensado, hacía meses que no la pisaba. Eso no quería decir que no se vieran a menudo o que no tuviesen una buena relación. Al contrario de lo que le sucedía con su madre, Laurie se entendía a las mil maravillas con su padre. Lamentablemente trabajaba tanto que sólo se veían alguna vez para desayunar a la carrera o tomar algo después del trabajo. En ocasiones

quedaban en algún restaurante o en el balneario que tenía su padre. Antaño, el doctor William Harper había sido un respetado traumatólogo, pero después de haber trabajado durante mucho tiempo en una clínica, había optado por abrir su propio centro de estética: un oasis de bienestar donde sus pacientes tenían la posibilidad de relajarse y de paso hacerse algún lifting. Un pequeño retoque por aquí, una inyección sin importancia por allá y un poco de succión por acullá. Y al final de la estancia, la gente salía del Harper's Oasis como nueva.

Quizá Laurie había salido a su padre en cuanto a ser su propia jefa.

—Pasaba por aquí y he pensado que podía entrar. —William le devolvió la sonrisa y le dio un cariñoso abrazo.

—Me alegro de que lo hayas hecho. ¿Te apetece un té?

—Con mucho gusto.

—¿Té negro con leche y limón?

—Como siempre.

Se sentó a una de las mesas. Era la última hora de la tarde y la gente regresaba a sus casas a preparar la cena, ayudar a los niños con los deberes de la escuela o simplemente a descansar con los pies en alto tras un largo día de trabajo. Pasadas las cinco, casi nadie ocupaba las mesas de la Tea Corner.

—¿Puedo preguntar qué te ha hecho venir hasta aquí?

Seguro que tenía que ver con algún asunto de trabajo. Hacía tiempo que su padre podría haberse retirado mercedamente para descansar, sin embargo, era incapaz de dejar de trabajar: estaba a disposición de sus pacientes siempre que hacía falta, ya fuese porque había una operación programada, surgía alguna urgencia, tenía alguna reunión o alguien necesitaba un buen consejo.

—Un implantes de silicona que se movió —dijo como si aquél fuera uno de los temas de conversación más normales del mundo.

—Vaya. ¿Y qué ha pasado? ¿Has podido colocarlo de nuevo en su lugar?

—Sí. Y la paciente ha querido demostrarme su gratitud enseguida. —
Sonrió algo sudoroso.

—¡Papá! —Laurie lo miró perpleja.

—Le he enseñado mi anillo de casado. No creerías de verdad que iba a llegar tan lejos, ¿no?

Bueno. Hubiese sido comprensible teniendo en cuenta la frialdad con la que lo recibían en casa. Pero su padre amaba a su madre. Siempre lo había hecho. Desde que se conocieron treinta y seis años atrás en un restaurante de comida rápida. En la actualidad, ninguno de los dos era capaz de ir comer a un lugar parecido. Ambos apostaban por los restaurantes caros; la langosta, el caviar y las ostras. Y esas eran las cosas que Laurie detestaba desde que era niña. Prefería un buen y sabroso bocadillo a cualquier exquisitez. Pero era algo que sus padres nunca habían entendido. Del mismo modo que no habían comprendido que su hija quisiese abrir precisamente una tetería. Hubiesen aceptado que se tratara de su propia agencia de publicidad o incluso de una joyería. Pero ¿una tetería? No. Era algo incomprensible. Y a pesar de que su padre se había resignado a ello con el paso del tiempo, su madre no había podido superar aquella decepción.

—¿Quiere una galletas para acompañar el té? —preguntó Laurie al tiempo que cogía con unas pinzas media rodaja de limón que había en el vaso.

—No, gracias. Nos han invitado a cenar esta noche, a tu madre y a mí.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde?

Laurie le sirvió el té a su padre en la mesa que aquella semana estaba adornada con un jarrón redondo de cristal que contenía un ramito de flores estivales.

—A casa de los Smith. Son una gente horrible.

—¿Y por qué quedáis con ellos? —preguntó.

Nunca había comprendido por qué se tenía que relacionar con personas a las que no soportaba. Como si no pudiese elegir por sí mismo con quién quería relacionarse. Por ejemplo, Laurie había buscado a sus amistades según ciertos criterios, y no tenía ninguna intención de malgastar su tiempo libre

con alguien que sólo pudiera darle dolores de cabeza. La única excepción era su madre, pero aquello era diferente.

—Judith está en el mismo comité que Ella Smith. Es una especie de organización que protege a los animales, ayuda a la gente necesitada, apoya la lucha contra el cáncer infantil o algo parecido. Perdí la pista hace tiempo.

Laurie también. Le parecía extraño que su madre estuviese tan comprometida con obras benéficas. No soportaba a los sin techo ni sentía especial simpatía por los animales salvo que se los sirviesen en un plato. De igual modo les tenía horror a los niños. Cuando Laurie estaba enferma, siempre era la criada la que se ocupaba de ella, y prácticamente no veía a su madre hasta que se le permitía salir de nuevo de la habitación. Laurie tenía la teoría de que con aquella generosidad sólo pretendía causar una buena impresión a la alta sociedad de Oxford. Se esforzaba por quedar bien, y para ello era capaz de hacer cualquier cosa. Era difícil imaginar que ella misma había crecido en un entorno pobre. Más difícil aún saber que no sentía ninguna compasión por los indigentes. En su opinión, las personas tenían la culpa de ser pobres. Podían haberse casado con un hombre rico al igual que lo había hecho ella. Al fin y al cabo, cada uno se labra su propia suerte.

—¿Cómo está mamá? —quiso saber ella como de costumbre.

Podía haberla llamado por teléfono para preguntárselo personalmente, pero la conocía demasiado bien como para no evitarlo. Era imposible mantener una conversación trivial con su madre. Una charla con ella siempre terminaba con Laurie sintiéndose la persona más inútil de la tierra.

—Está bien. Por cierto, este té está riquísimo.

—Gracias. Me hubiese gustado ofrecerte alguna de mis otras variedades, pero eres un fan del té negro.

—Lo tomo con leche y limón desde que era pequeño. Tu abuela me lo preparaba así siempre.

Sí, lo sabía. La abuela Patty. Laurie la echaba mucho de menos. Había fallecido hacía más de diez años. La señora Witherspoon le recordaba a

menudo a ella, cuando aguantaba su taza de té con la mano ligeramente temblorosa o se le iluminaban los ojos mientras contaba historias de los viejos tiempos.

—Pronto iré al cementerio a ponerle algunas flores —le informó a su padre.

—¿Podrás ponerle algunas de mi parte?

Laurie asintió. Por supuesto, su padre no tenía tiempo para eso. Estaba claro.

Volvió a sonar la campana de la puerta. Keira entró en la tienda.

—Oh, ¿todavía tienes clientes?

Laurie echó un vistazo al reloj y vio que ya eran algo más de las seis.

—No, sólo es mi padre. ¿Os conocéis? Papá, ésta es Keira. Es la propietaria de la tienda de bombones que hay justo al lado. Keira, éste es mi padre, William Harper —los presentó. Había olvidado si ya se conocían.

—Señor Harper, me alegro de verle.

Keira dio un paso hacia él y le tendió la mano. Él se puso de pie enseguida con gesto muy caballeroso y se la estrechó. Fue entonces cuando Laurie recordó que ambos se conocieron cuando su padre había pasado para darle un regalo el día de su último cumpleaños.

—Es un placer, Keira. Llámame William.

—Con mucho gusto. —Keira le mostró al padre de Laurie su mejor sonrisa. Él sonrió, como mínimo, el doble que ella.

¡Dios santo! Por un segundo Laurie pensó que había saltado una chispa entre ellos. ¡No, debía de habérselo imaginado!

—¿Qué puedo hacer por ti, Keira? —le preguntó rápidamente a su amiga.

—Me apetece un té. Algo veraniego.

—¿Qué tal un delicioso té con granada? Está justo al lado del cofre. — Señaló la cómoda.

—¡Oh! ¿Es el cofre que te compraste ayer en el mercadillo?

—Pues sí.

—Es fantástico. —Keira parecía entusiasmada.

—¿Permitís que os interrumpa? —habló el padre de Laurie—. Me temo que debo irme. La cena. —Puso cara de circunstancias.

—Es verdad. Que lo pases bien, papá. Y gracias por la visita. Saluda a mamá de mi parte —añadió al final.

—Lo haré. Ha sido un placer conocerte, Keira. —Ahora era él quien le tendía la mano. Ella se la cogió y él la mantuvo apretada más tiempo de la cuenta.

—Lo mismo digo, señor... William. Espero que nos veamos pronto.

—Eso espero yo también. Adiós, Laurie. —La abrazó brevemente y dio media vuelta en dirección a la puerta.

Keira lo siguió con la mirada.

—Oye, ¡no estarás coqueteando con mi padre! —soltó Laurie. No sabía si debía sorprenderse o reírse por ello.

—¿Yo? ¡Dios mío, no! Es sólo que me parece muy... amable.

—Sí, eso ya lo he notado.

—Vamos, déjalo ya, Laurie. No suelo coquetear con los padres de mis amigas. Tengo una relación sana y feliz, ¿acaso lo has olvidado?

Sin embargo, la relación de la que hablaba no era tan feliz, y ambas lo sabían.

—¿Cómo te va con Jordan? —preguntó Laurie.

—No preguntes —respondió Keira al tiempo que se dejaba caer en la silla donde había estado sentado William.

—¿Así de mal? —Laurie se sentó enfrente de ella.

—Pasa en las mejores relaciones, ¿no es así?

En ese momento vieron que Patrick caminaba por la calle rumbo a la tienda de Orchid. Poco después, ambos se abrazaban. Él la levantó y dio un giro de ciento ochenta grados con ella antes de dejarla en el suelo de nuevo.

Cuando Laurie se volvió hacia Keira, vio que su amiga estaba llorando.

—Oye, ¿estás bien? —Le puso una mano cuidadosamente en el brazo.

—Me has preguntado cómo va, y lo cierto es que no va en absoluto. Jordan es... es... Maldita sea, ¿cómo puede ser tan cruel?

—¿Qué te ha dicho ahora? —No era la primera vez que Keira se desahogaba con ella.

—Que mi trasero es enorme, y que es como si me fuesen a explotar los pantalones.

Lo peor de todo era que Jordan no lo decía en plan de broma. Sus palabras iban en serio. Laurie comprendía de sobra lo herida que se sentía Keira. Es verdad que su aspecto era algo distinto cuando él la conoció. Keira había estado casi tan delgada como Orchid, pero con el paso de los años (y con ayuda de los bombones) había engordado un poco. Laurie pensaba que estaba perfecta: no la veía gorda en absoluto, al contrario, las redondeces de su cuerpo estaban justo donde debían. Pero Jordan, con quien Keira llevaba saliendo siete años y medio, no parecía compartir la misma opinión.

—¡Es un idiota! Yo te veo fantástica.

—Estoy gorda.

—No lo estás. Y si Jordan lo ve así, es que está ciego. No estás gorda; eres una mujer femenina. Así es como debe ser.

—¿Y si acaba buscándose a otra? ¿Una más guapa y delgada que yo?

—Entonces es que no te merece.

Laurie no quería tener que admitir que Jordan siempre le había parecido un antipático. Era un ser arrogante que se creía mejor que los demás por el hecho de ser dentista. Además, era un borde. Una vez le había servido un té y ni siquiera le había dado las gracias. A veces le recordaba a Peter, su exmarido; uno de los episodios más oscuros de su vida. Él era tan egoísta como Jordan. Sólo pensaba en sus necesidades. A ese tipo de gente no le importa lo que puedan sentir los demás. Sintió pena por Keira. Mientras ella había conseguido hallar la salida hacía tiempo, su amiga seguía atrapada.

—Puede que tengas razón. Bueno, creo que me voy a ir a casa —dijo Keira con aire abatido.

—No te lo tomes tan a pecho. Al final todo acabará como debe.

Y, en el caso de Keira, confió desde lo más profundo de su corazón en que Jordan se diese cuenta por fin de la persona que tenía a su lado... o en que Keira despertara y terminase dejándolo.

—Lo intentaré.

—¿No te apetece un té?

—Sí. Si no te importa, dame un paquete del té con granada. ¿Está bueno?

—¡Está buenísimo! —Laurie se hubiese pasado horas y horas hablando con entusiasmo de aquel té, pero no era el mejor momento para ello.

Le dio a Keira uno de los paquetes y su amiga le pagó las seis libras.

—Espero que te guste.

—Estoy segura de que sí. Gracias por escucharme, y que descanses.

Laurie volvió a abrazarla con fuerza antes de dejar que se fuera.

—Aquí me tienes. No te dejes avasallar.

Keira asintió y salió a la calle con la mirada baja.

Resultaba tan fácil decirlo... En ocasiones una relación seria no era la mejor opción. No obstante, Laurie no se podía imaginar una relación similar a aquélla con Barry. No, estaba segura de que no. Él era demasiado adorable para hacer algo así.

Metió el dinero en la caja y preparó sus cosas. Vertió en el fregadero el té que quedaba en la tetera y tiró a la basura las rodajas de limón. Sintió un cosquilleo en el estómago. Pronto volvería a ver a Barry. Al día siguiente, al despertarse, sería martes de nuevo. El mejor día de la semana.

A la mañana siguiente, Laurie estaba de pie en la tienda, con su falda holgada de color vino y una camiseta sin mangas con rayas blancas y rojas, respirando hondo. Miraba sonriente por la ventana. Barry podía aparecer en cualquier momento, y ella se había prometido a sí misma que esta vez daría el paso.

Vio que la furgoneta de reparto se acercaba y se detenía delante de la tienda. Barry bajó de ella. Sacó una caja grande de cartón y avanzó hasta la puerta. Laurie observó cómo intentaba abrirla y entonces... vio que Orchid se apresuraba por la calle.

No pudo evitar sonreír. Orchid siempre cumplía sus promesas. Enseguida sintió un nervioso cosquilleo por todo el cuerpo.

—Buenos días, Laurie —le saludó Barry alegremente.

—Buenos días —le respondió Laurie sin poder centrarse en él.

Estaba demasiado nerviosa pensando en qué se propondría Orchid. Apenas unos segundos después volvió a sonar la campanilla y allí estaba Orchid (omnipresente, ya que no quedaba espacio para nada más allí donde pisaba).

—¡Hola! —dijo con una amplia sonrisa.

—Hola, Orchid. ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿A qué debo este honor?

Dios mío. Hasta un ciego hubiese visto que aquella visita no la sorprendía en absoluto. Laurie tuvo que hacer un esfuerzo para seguir respirando con normalidad. Orchid le guiñó un ojo.

Barry miró a Orchid. La miró del mismo modo que lo hacían todos los hombres. No sin razón, ya que era preciosa. Alta y delgada, con unas piernas larguísimas que aquel día se ocultaban bajo un pantalón vaquero marca Hollister visiblemente ajustado. El cabello rubio y largo le caía ligero como

una pluma sobre el hombro; sus ojos poseían un brillo mágico y su dentadura extrablanca le otorgaba una sonrisa irresistible. Laurie estaba segura de que podría vender cualquier dentífrico del mundo.

La dominaba un sentimiento que no sabía muy bien cómo clasificar. ¿Estaba celosa por el hecho de que Barry mirase tanto a Orchid? ¿Se trataba de envidia por no ser tan guapa como su amiga? ¿Tenía claro que en realidad Orchid quería ayudarla a que hubiese un acercamiento entre Barry y ella, y que no tenía por qué preocuparse de que Barry acabase rendido a sus pies?

—¿Qué ocurre, Orchid? —preguntó con voz chillona y desconocida.

—Sólo quería darte los buenos días. —Sonrió de oreja a oreja—. ¿Es que no nos vas a presentar? —Su amiga la contempló de un modo impaciente y luego miró a Barry de reojo.

—Por supuesto. Éste es Barry, mi proveedor de té. Barry, ella es Orchid. Lleva la tienda de regalos que está al otro lado de la calle.

Barry le estrechó la mano a Orchid.

—Encantado.

—No tanto como yo —dijo ella—. Así que tú eres el famoso proveedor de té. —Le guiñó el ojo a Laurie de nuevo. Estaba claro que aquello no era una casualidad.

Barry rio.

—¿Famoso, yo?

«Por favor, te lo suplico, no me pongas en ridículo ahora. No exageres tanto», pensó Laurie fijando su mirada en Orchid.

—Claro. He oído hablar mucho de ti.

Barry se volvió hacia Laurie mirándola con sorpresa.

—Espero que todo bueno.

Laurie sintió que se ponía roja como un tomate.

—Naturalmente. —Orchid metió los dedos pulgares en los bolsillos del pantalón—. Por cierto, me encanta la camiseta.

Los tres se quedaron mirando su camiseta de manga corta. No había

ningún logotipo musical en ella, sino una taza de té con la frase *I love my Tea-Shirt*.

Barry sonrió satisfecho.

—Gracias.

—¿Y qué te cuentas, Barry? ¿Sales con alguien? —soltó Orchid.

Laurie hubiera querido que se la tragase la tierra. Sintió que en su interior hervía un volcán como el que había visto la noche anterior en un documental de la televisión sobre el Parque Nacional de Yellowstone.

—¡Orchid!

—¿Qué pasa?

¿Que qué pasaba? ¿Aparte de que las preguntas que le hacía a Barry pudiesen interpretarse como si existiera cierto interés?

—No pasa nada —respondió Barry, y miró a Laurie a los ojos. Luego le dijo a Orchid—: Ahora estoy soltero.

—Orchid tiene novio —soltó Laurie.

Cielo santo, ¡menudo ridículo acababa de hacer!

—¿Sabes que Laurie también está soltera? —le informó Orchid a Barry.

Laurie miró a su amiga con ojos abiertos como platos. Orchid había logrado lo que quería: el Parque Nacional de Yellowstone estaba a punto de entrar en erupción al cien por cien.

El primer cliente del día entró en la tienda en ese instante. Laurie nunca se había alegrado tanto de poder servir a un cliente. Mientras le recomendaba a una señora algunas variedades de té verde, observó de reojo que Barry y Orchid reían al unísono.

La clienta escogió un té verde con miel, si bien quiso continuar mirando en la tienda. La distracción le había sentado bien a Laurie. A pesar de que su cuerpo seguía en ebullición, había conseguido relajarse un poco.

—¿No deberías abrir tu tienda? Ya son las nueve y cinco —le recordó a su amiga.

De repente el plan de Orchid había dejado de gustarle. Sus nervios eran

incapaces de soportar aquella situación por más tiempo.

—Sí, debería hacerlo. —Orchid miró la tienda de regalos desde la ventana y vio que había dos clientes esperando frente a la puerta cerrada—. Tengo que irme. Ha sido un placer conocerte —le dijo a Barry con el rostro iluminado—. Os dejo para que podáis hablar un poco de vuestras cosas. A lo mejor incluso podríais quedar algún día... Tenéis mucho en común. ¡Adiós! —Y desapareció.

Dios...

La clienta pagó y desapareció también.

Sin embargo, se podría decir que Barry no tenía prisa por irse. En su lugar se puso a admirar el cofre del tesoro.

—Tu amiga es todo un personaje —dijo.

—Sí. Por favor, no te lo tomes demasiado en serio.

—No lo hago.

—Me alegro. —Miró a Barry y él le devolvió la mirada.

Fue un instante prácticamente mágico. Laurie sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. ¿Sentiría él lo mismo que ella? ¿Haría caso a Orchid y le propondría una cita?

Barry continuó mirándola, lo que hizo que Laurie se sintiese abrumada. Quiso apoyar una mano sobre la cómoda para no caerse. Por desgracia, seguía mirando a Barry, y pocos centímetros antes de alcanzar la cómoda, resbaló y perdió el equilibrio por completo. En un visto y no visto cayó hacia atrás y se lastimó la pierna con la esquina del último cajón del mueble, que estaba abierto.

Barry corrió hacia ella.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien. Gracias.

¡Lo que le faltaba! Cogió vacilante la mano de Barry y dejó que la ayudara. Sintió una maravillosa sensación mientras él le sostenía la mano.

Ruborizada, se colocó detrás de la oreja algunos cabellos que se le había salido de su peinado recogido.

«Es una suerte que no haya ningún cliente en la tienda», pensó.

—Vaya, estás sangrando —dijo Barry al tiempo que señalaba su pierna.

¿De verdad? Ni siquiera se había dado cuenta. Miró y se quedó horrorizada. Tenía un agujero en la media del tamaño de una ciruela y la sangre fluía por toda la pierna. Enseguida notó dolor y nada más ver la sangre empezó a sentirse mareada.

—Vamos, siéntate —le dijo él.

«Qué estúpida soy... Que no piense que eres una cobarde; eso sólo empeoraría las cosas.»

—¿Te duele mucho? —preguntó Barry agachándose frente a ella.

Pero ¿qué pretende hacer?

—No demasiado —mintió, y observó cómo él inspeccionaba la herida.

Laurie supo con claridad lo que Barry debía de estar mirando: sus piernas sin depilar. ¡Se veían incluso a través de las medias! Llevaba como mínimo tres semanas sin depilarse, a pesar de que se había prometido a sí misma que lo haría lo antes posible. Sobre todo después del percance con la carrera en la media que había tenido una semana antes. Simplemente se había olvidado. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Pero ¿cómo iba a saber que Barry le cogería la mano y se arrodillaría ante su pierna?

No podía disfrutar de aquel momento como hubiese querido, y eso era lo que más le irritaba. Más que haber sido tan torpe como para caerse.

—Barry, de verdad que no es necesario.

—Deja que le eche un vistazo. Quizá deberías ir al médico para que te den puntos.

¿En serio cabía llegar hasta ese extremo?

—No, de verdad, no es para tanto. Me pondré una tirita y listo.

Pero lo era. Le dolía muchísimo, tanto que tenía que morderse el labio.

Barry sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo dio.

—Toma y aprieta bien la herida con él para detener la sangre.

Ella cogió el pañuelo de tela de color azul claro y lo observó.

—Está limpio, no te preocupes.

—No, no estaba pensando en eso —replicó ella enseguida.

Le sorprendía que todavía hubiera gente que utilizara pañuelos de tela. Le hubiese gustado llevárselo hasta la nariz para impregnarse de todo su olor. En lugar de eso, lo colocó apretado sobre la herida que sangraba y observó que se teñía de rojo.

—¿Tienes alguna venda? —preguntó Barry.

—Están ahí detrás, en el baño. Hay un pequeño armario con un botiquín.

—Le señaló dónde.

Barry fue a buscarla y enseguida volvió con ella.

—Será mejor que te quites las medias.

Genial. Justo eso es lo que había querido evitar. Barry no sólo iba a verle aquellas piernas peludas como las de un mono, también iba a ver sus varices. Tenía ganas de gritar. Pero ¿qué podía hacer si no? La herida no paraba de sangrar.

Se quitó las manoleínas y, a continuación, se bajó con cuidado las medias. Luego apretó los ojos y deseó que todo aquello fuese una mera pesadilla. Deseó despertar enseguida y ver que estaba tumbada en su cama sin que nada de eso hubiese pasado.

Su sueño no se hizo realidad, por supuesto. Seguía sentada en una de las sillas de la Tea Corner con su pierna peluda encima de la de Barry, cuya mano fuerte y cálida descansaba sobre su piel. Él desinfectó la herida y le puso la venda alrededor. Finalmente colocó dos esparadrapos para que la venda aguantase mejor.

Se quedó observando su obra.

—Creo que podrá aguantar un tiempo. Si continúa sangrando, tendrás que ir al médico.

—De acuerdo.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí. No te preocupes.

—Me temo que debo irme ya.

—Claro. Muchas gracias por todo.

—Puedes quedarte con el pañuelo. Tíralo, no pasa nada.

¿Tirarlo? ¡Eso jamás!

—Gracias. De verdad que me has salvado.

Aunque si no la hubiese mirado de aquel modo antes, no se hubiera sentido tan abrumada y nada de aquello habría pasado.

Barry le sonrió.

—Lo que iba a decirte antes es que...

Por favor, que no sea algo así como: «Deberías depilarte las piernas más a menudo».

—... la decoración te ha quedado fantástica. El cofre del tesoro es espectacular.

Bueno, al menos algo había merecido la pena.

—¡Gracias! En cuanto pueda sacaré los artículos nuevos de las cajas. ¿Está ahí dentro el té de regaliz tan rico? —dijo con el rostro desfigurado.

—Por supuesto. Hay que dejar reposar las hojas cinco minutos como mínimo.

—Entendido.

—Debería ir a... Que pases un buen día. Espero que te recuperes pronto de la pierna.

¿Se refería a su pierna peluda de orangután? Seguro que sí.

—Gracias. Igualmente, que te vaya muy bien.

Barry sonrió de nuevo, fue hasta la puerta y abandonó la tienda. Saludó a Laurie a través de la ventana. Laurie le devolvió el saludo.

Tan pronto como él se hubo ido, apoyó los brazos sobre la mesa y se cubrió la cabeza con las manos. Aquélla había sido con diferencia la peor

mañana de martes de toda su vida. Lo único que había deseado era que Barry se acercara un poco más a ella. Era evidente que lo había conseguido, pero tampoco hacía falta que se acercase tanto.

Sonó la campanilla de la puerta y levantó la cabeza. Acababa de entrar uno de sus clientes habituales.

—¡Oh! ¿Está usted bien, señorita Harper?

—Buenos días, señor Jenkins. Sí, no pasa nada, gracias. Me he hecho una herida, pero me pondré bien enseguida.

Se levantó y volvió a ponerse los zapatos. Luego cogió el pañuelo del suelo, se lo guardó en el bolsillo de la falda, se lavó bien las manos con líquido desinfectante que había en el botiquín y fue cojeando hasta el mostrador. Le dolía a cada paso que daba.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó rápidamente. Justo entonces sonó el teléfono—. Discúlpeme —le dijo al señor Jenkins al tiempo que descolgaba el teléfono antiguo—. Laurie's Tea Corner, buenos días.

—¡Holaaa! —escuchó que le decía Orchid al otro lado de la línea—. Tu querido Barry ha estado mucho tiempo ahí. Ya me agradecerás la ayuda luego; ahora quiero que me lo cuentes todo con detalle.

—Te llamo más tarde, ¿vale? Tengo un cliente esperándome.

—Tan sólo dime una cosa: ¿habéis quedado para veros?

—No. Y no soy la persona más apropiada para que le consigan una cita —contestó Laurie, y colgó el teléfono.

El señor Jenkins la miró interrogante.

Laurie respiró hondo y le ofreció un té de fresas y vainilla recién hecho.

Algunas flores de tilo, hojas de mora y citronela. No puede faltar un toque de menta verde. ¡Perfecto!

Laurie hundió la nariz en el fondo del cuenco en el que había vertido la mezcla de los ingredientes e inspiró su aroma profundamente. ¡Era fantástica!

No recordaba en qué momento había descubierto su pasión por el té. Había aparecido de repente, y ya no desapareció. Seis años antes, poco después de su breve periplo en la agencia de publicidad, había sentido la necesidad de abrir su propia tienda. Enseguida había sabido lo que quería vender: ¡té! Había renunciado al café hacía tiempo. Sólo se interesaba por infusiones de frutas y té negro; té verde e infusiones de hierbas. Según la temporada, con un poco de calabaza o especias navideñas. Se había convertido en una verdadera adicta a la infusión de jengibre recién hecha; la misma infusión que aquel día se anunciaba en la pizarra que había colocado frente a la tienda.

Infusión de jengibre con menta y limón, 1 taza 3,20 £

Para acompañarla, serviría las deliciosas galletas redondas de jengibre que acababa de comprar en la tienda de Keira. Podría haberse instalado en aquel local. En su día, encontrar aquella tienda vacía en la esquina de Valerie Lane había sido un verdadero golpe de suerte. Sólo el destino hubiese podido llevarla hasta Susan, Orchid, Ruby y Keira. Laurie les tenía mucho cariño y agradecía tenerlas como amigas.

De nuevo pensó en Ruby. Estaba deseando echarle una mano, pero por desgracia no tenía dinero para ayudarla económicamente. Casi seguro que en

Ruby's Antiques hubiese podido encontrar un cofre del tesoro, un catalejo o algún objeto similar que se adecuara a la decoración aventurera, pero allí habría sido cinco veces más caro. Era evidente que Laurie se sentía culpable, sobre todo por haber ido con Ruby a hacer sus compras a otro sitio. Con todo, había tenido una idea de cómo arreglarlo de cara a la próxima decoración que pusiera. Le preguntaría a Ruby qué le parecería que se llevase prestados algunos objetos de su tienda. Podría colocarlos acompañados de un pequeño rótulo con el nombre de ésta y así darla a conocer.

Cada vez estaba más preocupada por su amiga. Su tienda situada al final de la calle tenía un aspecto fantasmal. Tiempo atrás, cuando la madre de Ruby llevaba el negocio, solían entrar numerosos clientes. Laurie lo sabía porque tenían que pasar por delante de su propia tienda y los veía por la ventana. Meryl había sido una mujer maravillosa, Laurie la apreciaba mucho. Por desgracia, el destino quiso llevársela muy pronto: cáncer de páncreas. Falleció en pocos meses. Había ocurrido dos años antes: Ruby tuvo que volver de Londres para seguir con el negocio y ahora daba la sensación de que las cosas no acababan de irle bien. Así que Laurie había hablado ya con el resto de sus amigas de Valerie Lane y entre todas habían acordado ayudarla insertando en la revista semanal un anuncio del tamaño de un cuarto de página. Confiaban en que aquello serviría para atraer más clientes a la tienda.

Estaba pensando en qué más podría hacer para ayudarla cuando vio que Orchid se acercaba a la tetería.

—Hola, Laurie —dijo al tiempo que entraba—. ¿Qué haces?

—Estoy pesando la infusión —respondió.

Pesó cien gramos exactos de la mezcla y rellenó con ella una bolsita de papel. Luego la cerró con un clip dorado y le añadió un adhesivo que decía «Sueños de flor de lilo».

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, no me has devuelto la llamada ni te has pasado a verme...

—Eso es porque no tengo ganas de hablar del lío en el que me he vuelto a meter. Además, no estoy enfadada contigo, más bien conmigo misma.

—¡Cuéntamelo! —Orchid la miró preocupada y se encaramó al mostrador, lo que hizo que Laurie se espantara.

—No hay mucho que contar. Fue un fracaso. No podía haber ido peor. Fue una mala idea. Me pusiste muy nerviosa.

—Vaya. No volverá a pasar, ¿de acuerdo? Que todo siga como hasta ahora. A lo mejor conseguís quedar dentro de diez años o así.

—No era eso lo que quería decir. —Laurie dio un suspiro.

En realidad, el día anterior tampoco había ido tan mal. Que Orchid le preguntase a Barry por su estado sentimental había hecho avanzar las cosas y por fin había contestado a la pregunta que Laurie había querido hacerle tantas veces. Estaba soltero. Eso era bueno. Buenísimo. No podía ser mejor. Y aquel pequeño accidente no había resultado ser tan negativo. Al menos había podido acercarse a Barry más de lo que nunca había hecho.

—¿Sabes qué? En realidad sólo estoy decepcionada conmigo misma —le dijo ahora a Orchid—. Conseguiste como si tal cosa lo que yo no pude en seis meses. Te desenvuelves tan bien al hablar con los hombres... Como si preguntarle a alguien si tiene novia fuera lo más normal del mundo.

—Bueno, es que en mi caso es muy diferente. Eres tú quien está enamorada de ese chico, y así no resulta tan fácil.

—A estas alturas tú ya lo habrías conseguido, ¿no es cierto?

—Es posible. No lo sé. Laurie, las dos tenemos un carácter muy distinto. Así es como debe ser. Sería aburrido que todas fuéramos iguales.

—Sí, tienes razón.

—Entonces cuéntame qué pasó ayer después de que me fuera.

—A ver, cómo fue... Estaba totalmente descolocada, quise apoyarme en la cómoda, me resbalé y me hice una herida en la pierna.

—¡Oh, no! Ésa no era mi intención.

—No fue culpa tuya. Fui yo, siempre tan insegura.

—Me acabo de dar cuenta de que hoy no te has puesto falda. —Laurie había escondido la pierna vendada bajo un pantalón ancho—. ¿Es grave?

—Sobreviviré. —Levantó la vista y sonrió—. Barry se ocupó de curarme.

—¡Ooooooh! A eso le llamo yo ser un encanto.

—Sí, estuvo muy bien por su parte. Tengo que darle las gracias como se merece.

—¿Qué tal si lo invitas a comer? Así, como muestra de agradecimiento. —Orchid le guiñó un ojo.

—No sé si podré. Ya veremos. Pero tú no te metas, ¿vale?

—Claro. No pienso hacerlo, no sea que acabes herida de la otra pierna.

—Puedes seguir inmiscuyéndote, no pasa nada. Sólo prométeme que la próxima vez no será tan descarado —dijo Laurie—. No voy a conseguirlo sola, eso fijo. Acabaré siendo una vieja solterona.

—Vale. Nos vemos a la hora del cierre y pensamos en algo. ¿Te parece?

Laurie asintió e hizo una mueca con la boca.

—Hay algo más. Algo muy embarazoso.

—¡Soy toda oídos! —Orchid la miró intrigada.

—No me había depilado las piernas.

—¿Y qué? —Orchid no acababa de entender a qué se refería Laurie, pero enseguida cayó en la cuenta—. Quieres decir que cuando Barry sostuvo tu pierna entre sus fuertes manos... Ay, Dios... ¡Oh, Laurie! —No pudo evitar reír.

—Deseé con tanta fuerza que me tragase la tierra que no sé ni cómo sigo aquí encima —admitió.

Orchid negó divertida con la cabeza.

—¿Y qué lección has aprendido de todo esto?

—Que no hay que salir de casa con las piernas sin depilar, sobre todo los martes —replicó convincente.

—Muy bien.

—Oye, creo que tienes clientes. —Laurie los veía por la ventana.

Orchid dio media vuelta.

—Tengo que irme. ¿Nos vemos esta tarde?

—Claro.

—Traeré algo delicioso para animarnos, ¿vale?

Laurie asintió y Orchid echó a correr hacia la calle. Luego continuó empaquetando su infusión con una sonrisa feliz. Por suerte las aguas habían vuelto a su cauce. Odiaba los momentos de tensión. Siempre se había considerado alguien con mucha necesidad de armonía, y todos deberían sentir esa armonía en cuanto entrasen en la tienda, nada más pedía eso.

Poco antes de que la tienda cerrase, Gary entró en la Tea Corner. Era un sin techo que tenía su rincón en la esquina de Valerie Lane con Cornmarket Street, justo frente a la tienda de Laurie y al lado de Susan's Wool Paradise. Hacía años que sabía adónde tenía que ir para conseguir una buena taza de té.

—¿Cómo estás, Gary? —preguntó Laurie con una sonrisa.

—Bien, gracias.

Gary no era muy hablador. Nunca había revelado nada de sí mismo salvo su nombre de pila y que había nacido en Manchester. Con eso a Laurie le bastaba. Al contrario de Orchid, no necesitaba saberlo todo de una persona. Cada uno era dueño de lo que quería contar.

—Por fin empieza a refrescar un poco. Este calor se estaba haciendo insoportable, ¿no?

Gary asintió.

—¿Te apetece una infusión? ¿Qué tal una de jengibre? Hoy está de oferta.

—Lo he leído —dijo Gary, y Laurie se sintió un poco estúpida.

Pues claro que lo había leído, estaba escrito en la pizarra en letras grandes y Gary no era analfabeto o algo parecido sólo por vivir en la calle. Por primera vez, Laurie tuvo curiosidad por saber algo más sobre él. Quién era en realidad. Quién había sido en algún momento de su vida. Si tenía familia o había aprendido alguna profesión. Era tan increíblemente misterioso, casi invisible, que a menudo se preguntaba si sólo era producto de su imaginación. Una vez vio que Keira le daba dos paquetes de galletas, así que no podía estar soñándolo. ¿Qué edad tendría? ¿Casi treinta? ¿Treinta y pocos?

No se lo preguntó, se limitó a mirarlo expectante.

—Con mucho gusto —dijo, y encendió la placa eléctrica.

En una taza, puso una cucharadita de jengibre fresco cortado en rodajas finas, algunas hojas de menta fresca y dos medias rodajas de limón, y esperó a oír el silbido de la tetera. Enseguida añadió el agua humeante sobre la mezcla, le sirvió a Gary la taza y sonrió de nuevo.

—Que lo disfrutes.

Gary cogió la taza vacilante. Laurie cayó en la cuenta de por qué parecía tan confundido. Normalmente le preparaba su té en un vaso de cartón para que pudiera salir con él a la calle, pero hoy no había pensado en ello al tratarse de jengibre fresco, y ahora Gary no sabía qué hacer con la taza. No podía llevársela fuera. ¿O sí?

—Siéntate en la mesa y bétetela tranquilamente. Acabaré de recogerlo todo mientras tanto.

—Pero ¿no cierras a las seis?

Faltaba un minuto para la hora.

—En realidad sí, pero hoy es miércoles y...

—Y te reúnes con las otras chicas de las tiendas, ¿verdad?

—Sí.

—¿No te molesto?

—Claro que no. Los miércoles todo el mundo es bienvenido aquí.

Gary cogió su taza y se sentó con ella en una mesa. Le añadió mucho azúcar a su infusión y la removi6.

—¿Por qué precisamente los miércoles?

—Porque es una tradición. Hace más de cien años, los miércoles por la tarde Valerie Bonham abría sus puertas a todo aquel que buscara algún sitio donde resguardarse del frío o que necesitara reconfortarse el alma.

—Ah, la mujer que da el nombre a esta calle. He oído muchas historias sobre ella.

—Sí. Valerie era única. Era una benefactora de verdad, alguien

inigualable. Aquí todas somos grandes admiradoras de Valerie e intentamos parecernos a ella aunque sea un poco. —Sonrió a Gary con calidez—. ¿No habrá en Manchester alguna historia parecida? ¿Leyendas sobre mujeres especiales?

Gary asintió.

—Claro, hay algunas. —No quería añadir nada más.

—¿Y por qué te fuiste de allí? —preguntó ella entonces no sin algo de curiosidad.

Gary se quedó callado observando su taza. Sin levantar la mirada, dijo algo en voz tan baja que apenas se le podía entender:

—De eso hace ya mucho tiempo.

Laurie asintió. Lo entendía. No quería hablar de aquel tema.

—Lo siento, sé que no es asunto mío.

Gary bebió un sorbo de la infusión y en ese instante se abrió la puerta de la tienda y entró Keira. De repente el joven pareció sentirse muy inseguro.

—Keira, hola. ¿Cómo te ha ido el día? —la saludó Laurie.

—Bien, gracias. No he traído nada porque Orchid me ha llamado antes y me ha dicho que hoy se encargaba ella.

—A ver qué nos trae.

En ese momento Keira reparó en Gary.

—Hola, ¿cómo estás?

Gary se limitó a asentir con una minúscula sonrisa.

—Pásate por mi tienda. ¡Tengo un montón de galletas rotas que no puedo vender! Si estás de humor para las galletas hechas migas... —rió.

Ninguna de las dos se atrevía a decirle a Gary a las claras que querían darle limosna. El pobre no tenía por qué avergonzarse de su situación.

—Lo haré, gracias —dijo en voz baja al tiempo que la puerta se abría otra vez.

En esta ocasión, se trataba de Susan.

—¡Hola! —Se saludaron las unas a las otras con un abrazo.

Laurie miró hacia la mesa y vio que Gary ya no estaba allí. Había desaparecido en silencio dejando su taza a medias.

Orchid llegó con una cajita de cartón en las manos. La colocó con mimo, la abrió y aparecieron los *éclairs*

—¡Dios mío, seguro que uno solo ya tiene mil calorías! —dijo Susan.

—Tienen pinta de estar riquísimos —añadió Keira.

Laurie tan sólo sonrió. En cualquier caso, Orchid conseguiría animarla un poco con aquellos pastelitos.

—¿Hoy no viene Ruby? —preguntó Susan.

—Sí. Ya debería estar aquí. Supongo que se habrá retrasado. Vamos a preparar el té mientras. ¿Qué os apetece hoy? Acabo de hacer una infusión de jengibre.

Orchid hizo una mueca.

—Yo sólo bebo algo parecido cuando estoy resfriada.

—Para mí el jengibre es una especia navideña —dijo Susan.

—Vale, vale. Haré otra. —Era una lástima que el resto no quisiera probar su infusión preferida de jengibre. De todos modos, para ella era importante que todas estuviesen de acuerdo—. ¿Qué le iría bien a estos *éclairs*? —pensó en voz alta frotándose la barbilla—. ¡Ya lo tengo! ¡Un té de chocolate!

—¿Té de chocolate? —Orchid arrugó la nariz.

—Sí, está increíblemente bueno. Haré para todas, estoy segura de que os gustará.

—Hecho.

Llevaban diez minutos sentadas escuchando las historias de Orchid acerca de la boda de su hermana y resistiéndose a probar los pastelitos, cuando entró Ruby en la tienda. Llevaba un vestido a la antigua de color verde oscuro y una horquilla verde a juego en el pelo, con forma de mariposa.

—Perdonad, he tenido una pequeña urgencia con mi padre.

—¿Ha ocurrido algo?

Ruby dejó escapar un suspiro.

—No, no. Al menos nada grave.

Laurie podía hacerse una idea de lo que era. Las «urgencias» del padre de Ruby solían girar en torno a cosas como calcetines perdidos, cajas vacías de cereales o un peine que no había manera de encontrar en toda la casa. En tales situaciones, el hombre llamaba a su hija y ella se iba a verlo tan pronto como podía, teniendo que cerrar la tienda una hora en pleno día. Pero su padre tenía prioridad siempre; lo era todo para ella.

Laurie miró a Ruby de manera compasiva. Pobrecilla. Tenía razón cuando les decía que era prácticamente imposible que pudiese encontrar a un hombre capaz de formar parte de semejante locura. Ese tipo de urgencias podía surgir en cualquier momento: mientras veía una película en el cine o en mitad de una cena romántica o, peor aún, si luego... Prefirió no imaginárselo.

Además, ¿qué hacía preocupándose de la vida amorosa de Ruby? La suya tampoco iba mucho mejor.

—¿Quieres una taza de té de chocolate? —le preguntó a Ruby.

Ella cogió la taza agradecida. Al final, a todas les había gustado el té, lo que hizo especialmente feliz a Laurie.

—Toma. Le he traído a *Terry* un precioso cuenco para su comida. Es del mercado de segunda mano —dijo Ruby mientras lo sacaba de su bolsa y se lo daba a Susan.

—¡Piensas en todo! Qué bonito. El azul es el color preferido de *Terry*.

—¿Los perros no son daltónicos? —preguntó Orchid confundida.

—Qué tontería. —Susan negó con la cabeza plenamente convencida. Si ella decía que el azul era el color preferido de *Terry* es que lo era.

Laurie le lanzó una mirada a Ruby, que acababa de sentarse. Era una chica fantástica. Cuando estaba en el mercadillo siempre se acordaba de sus amigas.

—Oooh, ¿son *éclairs*? Justo lo que necesitaba ahora mismo —dijo Ruby a las demás.

—Los ha traído Orchid. Estábamos esperando a que vinieras para

probarlos.

—Es un detalle por vuestra parte. Por cierto, Orchid, ¿cómo fue la boda?

Orchid ya les había contado lo horrible que había sido el vestido así como todas las catástrofes del día del enlace. Cuando entró Ruby, estaba acabando de contarles que su padre se había retrasado y su hermana ya pensaba que tendría que caminar hacia el altar sola. Orchid volvió a resumir brevemente su historia y la terminó diciendo:

—Había perdido el autobús. Típico de mi padre. Pero al final pudo venir, justo a tiempo. Se podía ver literalmente que a Phoebe le habían quitado un peso de encima.

—¿Y qué más? ¿Cómo iba ella? Seguro que preciosa. —A Keira le salían corazoncitos de los ojos. Era una romántica empedernida.

—Esperad, tengo fotos.

—¡Enséñanoslas! —dijo Susan.

Orchid dejó su *éclair* en el plato, sacó un sobre de su enorme bolso y repartió las fotos por encima de la mesa. Mostraban a Phoebe con un increíble vestido blanco de novia, y tan radiante como el hombre de piel oscura que tenía a su lado.

—Oh, éste es Lance... —dijo Keira mientras le hincaba el diente a su *éclair*. Le quedó algo del relleno en el labio superior—. Por cierto, el chico está para relamerse, ¿no?

—Ya está comprometido. —Orchid rio señalando el labio de Keira—: Tú sí que tienes que relamerte.

Keira lo hizo.

—¿De todos modos me dejas que sueñe con él? Se parece a Denzel Washington de joven.

—Depende mucho de lo que sueñes —dijo Laurie—. Si es muy subido de tono, Phoebe puede enfadarse.

Todas rieron y Keira se puso un poco roja.

—Pero es verdad, debo admitir que le da un aire —dijo ahora Orchid—.

Madre mía... Lance se parece a Denzel Washington, el chico del té de Laurie es como Jude Law y mi Patrick podría ser el hermano gemelo de Paul Walker.

—¡Ja, ja, ja! —Susan se echó a reír y su cabello negro acabó cayéndole en la cara—. Es lo que dicen..., ¡de ilusión también se vive!

—Oye, es cierto que se le parece.

—Sí, claro —soltó Ruby poniendo los ojos en blanco.

—Sois malvadas. Al menos tengo un novio y puedo imaginarme que se parece a Paul Walker.

—Eso sí que ha sido malvado —dijo Susan.

—Lo siento —se disculpó Orchid enseguida.

—¿Y qué queréis decir con eso de mi chico del té? —pidió la palabra Laurie—. Primero, ese chico tiene un nombre, se llama Barry, y segundo, no es mi chico del té. Y lo sabes muy bien. —Laurie le dedicó una miradita a Orchid, para recordarle el desagradable incidente en el que ella también tenía parte de culpa.

—¿De pronto estáis todas en mi contra?

—No estamos en tu contra, cariño —dijo Susan.

Orchid puso cara de estar ofendida y cruzó los brazos.

—Entonces ya no os enseñé el vídeo.

—¿Hay vídeo? —Keira abrió los ojos como platos mientras se acercaba a ella—. Por favor, ¡enséñanoslo! Me encantan los vídeos de las bodas.

—Bueno, porque sois vosotras, que si no... —Orchid recuperó su smartphone.

En el vídeo se veía a Phoebe con Lance en el altar mientras se daban el sí quiero. Poco después empezó a sonar una fantástica versión de *Stay With Me*. Laurie observó el coro de góspel compuesto por diez personas que cantaban con toda el alma. Los recién casados se besaron y recorrieron de la mano el pasillo central de la iglesia, decorado de principio a fin con rosas blancas.

—Es como un sueño —dijo Keira con lágrimas en los ojos.

—Ha sido la boda perfecta. Espero que no os hayáis fijado demasiado en mí y en mi horrible vestido.

—Cariño, siento decírtelo —saltó Susan—, pero al lado de esta maravillosa novia, tú eres sólo una sombra a pesar de tu vestido rosa de volantes. Por favor, dile a Phoebe de mi parte que es una de la novias más preciosas que he visto en mi vida.

—Lo haré.

Laurie se acabó el resto de su *éclair*. De algún modo sintió que el dulce se le atragantaba. Aquella canción de Sam Smith...

Le encantaba escuchar sus canciones, pero por desgracia ninguna de ellas encajaba tanto en su vida como para cantarla en una boda. La que últimamente ponía en bucle se llamaba *Not In That Way*, y hacía alusión a un amor frustrado. Trataba de una persona que amaba a otra y era consciente de que esa otra no sentía lo mismo.

Sí, así era su vida y así sería siempre. La suya jamás sería una boda acompañada de un coro de góspel y con rosas blancas. Probablemente nunca se armaría del valor suficiente para decirle a su gran amor lo que sentía. Ni siquiera por estar segura de lo que ocurría. Porque aún peor que aquel terrible anhelo sería tener la absoluta certeza de que su amor no era correspondido.

Viernes por la mañana. Sonó el despertador. Laurie se despertó de un sueño profundo en el que aparecía Barry. Golpeó furiosa el despertador.

—¿Por qué cada mañana me envidias la poca suerte que tengo? —le preguntó al viejo aparato que jamás había sido su amigo.

Se levantó con un gruñido. Justo en ese momento se hallaba sobre un escenario de nubes lilas bailando con Barry —un tango, dicho sea de paso— y ahora volvía a estar en su silenciosa habitación. Suerte que el sol de julio ya se colaba por la ventana, con la promesa de un día fantástico.

—Está bien, voy a dejar de quejarme. Es verano. El sol brilla. La vida es hermosa —se dijo a sí misma intentando que sonara convincente.

Una taza de té y una rebanada de pan con pasas y mantequilla más tarde, el mundo tenía mucho mejor aspecto. Laurie era una persona optimista y, a pesar de que su vida no era de color rosa en todos los ámbitos, sabía que a otros les iba mil veces peor que a ella.

Tenía buena salud, su propia tienda y podía recomendar su té durante todo el día, servirlo y saborearlo. Además, tenía cuatro amigas encantadoras que no deseaba perder por nada del mundo. Sólo le faltaba su media naranja, pero al fin y al cabo la vida no era un cuento de hadas. Las cosas eran como eran: una yuxtaposición de días buenos y días malos y, en ocasiones, también malísimos. Días en los que una aparecía en el trabajo con piernas de mono y, tras un pequeño incidente, de pronto acababa en los brazos del hombre al que trataba de seducir.

¡Algo así no le volvería a suceder jamás!

A partir de ahora sería muy escrupulosa en lo tocante a mantener unas

piernas lisas y suaves. Se había depilado la noche de aquel mismo martes, y ya empezaban a resurgir algunos pelos. Laurie se metió en la ducha rápidamente, cogió la cuchilla de afeitar y gritó a voces en cuanto el agua caliente le rozó la pierna. La herida aún le dolía horrores. Quizá debería haber ido al médico, pero tan sólo era un arañazo que había dejado de sangrar enseguida. A pesar de todo, Laurie se la secó con cuidado al salir de la ducha, y la cubrió con un manto de pomada y una tirita grande.

El miércoles por la tarde, Orchid le había preguntado por su pierna delante de todas, por lo que había tenido que explicarles lo de su contratiempo en presencia de Barry.

Barry... ¿Qué habría pensado de ella? De su torpeza, de sus piernas sin depilar... Del anhelo que se reflejaba en sus ojos y que él ya debía de haber notado al cabo de seis meses.

Estaba algo enfadada con él también. No era muy agradable que la mantuviese en vilo de aquel modo..., ¡era hasta cruel! No podía estar tan ciego. Hubiese sido más oportuno por su parte darle alguna señal para saber en qué punto se hallaban. ¿Podría ser que ella le gustase al menos un poquito? De lo contrario, no la miraría siempre con aquellos ojos brillantes ni con esa sonrisa de Jude Law que hacía que se le detuviese el corazón.

Laurie salió de casa recién vestida con una falda blanca de algodón, larga y vaporosa, y una camiseta de tirantes de color verde claro. A pesar de la hora, ya hacía tanto calor que cabría pensar que, en lugar de Inglaterra, aquello era el desierto mexicano o la sabana africana. Nadie iba a sorprenderse si en cualquier momento una jirafa doblaba la esquina.

Aquel día aparcó lejos de la tienda y recorrió a pie Cornmarket Street. Compró en la tienda Boots dos sándwiches envasados de queso para comerlos luego, y giró en la esquina. Se detuvo asustada. La famosa furgoneta de reparto de color verde oliva estaba aparcada delante de la tetería. ¡Pero si no era martes!

Barry estaba apoyado contra la furgoneta, con las piernas cruzadas. Un

mechón de cabello le caía sobre la cara. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta negra con el nombre estampado de una banda de rock que Laurie no conocía.

—Hola —dijo él con una amplia sonrisa.

—Hola, Barry. ¿Qué haces aquí?

—Quería saber cómo estáis tú y tu pierna.

—¿Mi pierna de mono y yo? Pues perfectamente. —¡Ups! Aquella estúpida inseguridad se había manifestado una vez más a través de una frase disparatada.

—¿Cómo dices? —Barry se rio.

—Bueno, supongo que ya te fijaste en que había olvidado depilarme las piernas —se lamentó haciendo una mueca—. No siempre tienen ese aspecto, debes creerme.

Barry sonrió satisfecho.

—Ni siquiera me di cuenta, pero vale, te creo.

—Me siento avergonzada por lo del martes.

—No tienes por qué. De verdad que no.

Laurie lo miró y deseó rodearle el cuello con los brazos. Naturalmente se quedó allí, de pie, sin hacer nada. Menuda novedad.

—Me tranquiliza saber que estás mejor. Ya casi no cojeas.

Vaya, ¿así que cojeaba?

—Laurie, ya hace tiempo que quiero preguntarte algo...

—¿Ah, sí? ¿Qué?

Bum-bum, bum-bum.

—¿Te apetecería ir a comer conmigo?

Bum-bum, bum-bum, bum... ¡Bum!

El corazón le latía tan rápido que se le había salido del pecho. Enseguida miró hacia abajo pero no vio señales de explosión.

—¿Laurie?

—Me... me encantaría ir a comer contigo —dijo sin poder alzar la mirada.

Barry se mostró radiante.

—Es genial, me alegro. ¿Qué tal hoy?

Acababa de olvidar los aburridos sándwiches de queso. Asintió.

—Fantástico.

—¿Puedes cerrar la tienda durante media hora o prefieres que comamos en la Tea Corner?

En realidad, no le gustaba demasiado cerrar la tienda al mediodía porque no quería que los clientes tuviesen que esperar a que abriera. Pero lo de hoy era una urgencia, y era de las de verdad.

—Claro, no es ningún problema.

—Muy bien. Entonces, ¿te recojo a las doce y media?

Laurie asintió con la cabeza y sonrió tímidamente. No podía creérselo: ¡por fin tenía una cita con Barry! Para comer. Era perfecto porque ninguno se comprometía a nada; era mejor que una cena romántica a la luz de las velas, en la que es más fácil que algo se tuerza. ¿Qué podría pasar en una comida al mediodía?

Podría atragantarse con una espina de pescado o verterle agua a Barry en los pantalones, contarle historias sin querer de cuando salía con Peter (a quien ya había eliminado de su currículum hacía años). Podría caérsele algún cubierto al suelo, sobrevenirle flatulencias debido a la cebolla u otras adversidades varias, o desmayarse porque el hombre del que llevaba enamorada una eternidad a sus ojos le ha pedido por fin una cita.

Tan pronto como se fue Barry, llamó a Orchid. Quizá debería haberse dirigido a Keira o Ruby, pues seguramente hubiesen sido más cautelosas. Sin embargo, ambas eran tan perdedoras como ella en lo tocante al amor, y ella necesitaba con urgencia a alguien que supiese de lo que hablaba.

—Tengo una cita —soltó en cuanto Orchid respondió al teléfono.

—¿Tienes una cita?

—Tengo una cita.

—¿No será con...?

—Exactamente. ¡Con él!

—¡Aleluya!

—¿Por qué dices eso?

—¡Porque por fin tenéis una cita, después de seis meses! Es fantástico que lo hayáis conseguido los dos solitos.

—¿Qué debo hacer?

—¿Quién le ha pedido la cita a quién? —preguntó Orchid sin responder a la pregunta anterior.

—Me lo ha pedido él. ¡Ayúdame, te lo suplico! ¿Qué debo hacer ahora?

—Ser tú misma por primera vez.

—No es algo que me haya ayudado demasiado estos últimos seis meses.

—A lo mejor es que los dos sois muy tímidos. Ahora tienes la oportunidad de mostrarle lo maravillosa que eres.

Laurie no pudo evitar sonreír. Las palabras de Orchid habían conseguido calmarla un poco.

—Es muy bonito por tu parte. Pero de todas formas, por más que quiero, no sé cómo debo comportarme. Hace siglos que no salgo con nadie. —A excepción de un par de citas que su madre le había organizado con algún chico pijo que le había parecido insoportable desde el primer minuto, y de las que hubiera deseado salir huyendo antes de tener que darle la mano.

—¿Y qué quieres que te diga? No hables demasiado sobre ti. Muestra interés en él y en su vida. Pregúntale qué aficiones tiene, cuál es su equipo de fútbol favorito, qué música le gusta y demás. En cualquier caso no le hables de la familia si él no saca el tema. Los niños y los exnovios están prohibidos. Y, por favor, no le menciones nada acerca de tus malas costumbres ni le preguntes a él sobre las suyas. De ese modo no hay mucho que pueda salir mal.

—Así que fútbol, aficiones y música. Y té.

—¡No! El té es un tema de negocios, de eso ya habláis todo el tiempo. Lo de hoy tiene que ser una cita, algo más personal. ¿Entiendes lo que te quiero

decir?

—Entendido. —Laurie intentó memorizarlo todo.

—¿Y adónde iréis?

—Ni idea.

—¿Cómo que «ni idea»? ¿No habéis quedado en nada?

—Vendrá a recogerme a las doce y media.

—¿A las doce y media? ¿Para ir a comer? ¿Y te preocupas por eso? Será completamente inofensivo. ¿Qué quieres que vaya mal a la hora del almuerzo?

—¡Oye, que estamos hablando de mí! ¿Ya has olvidado lo que pasó con mi pierna mientras charlaba a solas con él en la tienda? ¿Qué hubiera sucedido de haber tenido un tenedor y un cuchillo en las manos?

Orchid se rio.

—No está mal, al menos no has perdido tu sentido del humor. A los hombres les gustan las mujeres con sentido del humor.

—¿Estás segura de eso? Dudo que a algún hombre le gusten mis estúpidos chistes.

—Sí, sí, créeme. Además, a los hombres les gustan las mujeres que comen hasta saciarse. La mayoría de ellos no soportan a las flacuchas que sólo piden ensalada, así que no te reprimas. A ver, déjame que piense... ¿Hay algo que se pueda comer sin cuchillo y tenedor?

—¿Sándwiches?

—Los sándwiches son una buena idea.

—¿Y qué pasa si quiere que vayamos a un indio? La cocina india siempre me provoca náuseas.

—Entonces, díselo. No vayas a ningún sitio en donde no te sientas a gusto o si no tu cita se irá al traste antes de empezar.

—¿Cómo es que pronuncias la palabra cita de ese modo?

—Perdona. Es que para mí una cita es algo muy distinto.

—¿Y qué es?

—Será mejor que no lo sepas.

Vaaa-le. Si no lo había entendido mal, según Orchid una cita no era sólo salir a comer.

—Pero tú tienes a Patrick.

—Ahora sí. Pero antes de eso yo era una chica mala. —Se rio.

—¿Podemos retomar mi problema?

—Bueno, yo no veo que haya ningún problema. Sólo tenéis que salir a comer, pasarlo bien y quedar para una segunda cita. Hazlo y tendrás al chico en el bote.

Laurie no quería tenerlo en el bote, sino al otro lado del teléfono antes de irse a dormir, en la mesa de su cocina mientras se tomaban un té y, quién sabe, en su cama algún día. Pero no quería llegar tan lejos con sus pensamientos; eso la ponía aún más nerviosa.

—Tienes que dejar tu nerviosismo a un lado —dijo Orchid—. Cuando venga a buscarte, dile que te gustaría ir a comer un sándwich a esa bonita tienda de High Street. Seguro que le parece bien que seas tú quien proponga algo. Sin duda él estará tan nervioso como tú.

—Estaría bien que yo no fuese la única que moja los pantalones con la emoción.

—Encontraréis el equilibrio. Que vaya muy bien, y ya me contarás después todo.

—De acuerdo, lo haré.

Laurie colgó el teléfono. No había aprendido mucho más de lo que ya sabía antes de la llamada, a excepción de que debía hablar de fútbol. Bueno, intentaría encontrar el equilibrio, como había dicho Orchid. Tan sólo confiaba en no caerse mientras lo hacía.

Laurie miró el reloj. Eran las doce y media y Barry no había llegado. Y él siempre era muy puntual.

«Dios mío, debe de haber cambiado de opinión —pensó—. No quiere salir a comer conmigo. Nunca más volveré a verle. Me voy a tener que buscar otro proveedor de té.»

Justo en ese momento le vio pasar frente al escaparate.

Entró en la tienda sonriendo.

—Lo siento, no recordaba que al mediodía fuese tan complicado aparcar por aquí. Sólo me muevo por esta zona cuando tengo que hacer algún reparto, y hasta puedo recorrer las calles con la furgoneta, pero ahora... —Levantó los brazos en señal de disculpa.

—Vale, no pasa nada. Ni siquiera había visto que ya son las doce y media.

¿Por qué se le ocurría decir algo así? No es que sonara como si estuviese encantada con aquella cita, precisamente.

Acabó de servir a la última clienta, le dio la vuelta al letrero de la entrada y cerró la tienda. Luego ambos doblaron la esquina y recorrieron Cornmarket Street uno al lado del otro. Aquello no lo habían hecho nunca. Se sentía de fábula al dejarse ver junto a un hombre tan atractivo.

—¿Qué comemos? —preguntó Barry.

—¡Sándwiches! —dijo Laurie decidida.

—¿Va en serio? ¿No será demasiado... aburrido? Me gustaría ofrecerte algo mejor que un simple sándwich. ¿No prefieres que vayamos a un indio o a por un buen filetón?

—No, es mejor que sea algo que no se coma con cuchillo y tenedor —

repuso ella.

Barry soltó una fuerte carcajada.

—¿Qué quieres decir?

—No hagas ni caso a las tonterías que digo, Barry.

—De acuerdo. Laurie, de verdad que me alegro mucho de que por fin hayamos quedado —dijo él.

Ella seguía con la mirada fija en la calle, si bien no tuvo más remedio que sonreír. Se acababa de quitar un gran peso de encima.

—Yo también —le contestó ella, y caminaron por High Street para ir a comer al Sandy's Sandwiches.

—¿Cuál quieres? Si prefieres, siéntate en alguna mesa y yo voy a buscar la comida —propuso Barry al entrar en la tienda.

—Uno de jamón y queso con pan de centeno y salsa tártara, y un Sprite. Gracias —dijo mientras iba a buscar una mesa.

En ese instante se quedaba libre una que estaba situada junto a la ventana y Laurie salió corriendo hacia ella. Había olvidado la herida de su pierna y pegó un chillido.

Se volvió rápidamente confiando en que Barry no hubiera visto la escena, pero él la miraba con aire interrogativo y algo preocupado.

—Estoy bien —le respondió ella en voz alta, y se sentó a la mesa; la misma en la que entretanto habían tomado asiento una madre con su hijo, que no paraba de gimotear.

—Vaya, lo siento, no quería... Será mejor que busque otra mesa —dijo al tiempo que se levantaba.

Por desgracia, no resultaba tan fácil. Era mediodía y todo el mundo quería comer algo. Deberían haber ido al indio; allí siempre había sitio.

Laurie se quedó de pie en medio del restaurante y miró a su alrededor. Nada. Ni una sola mesa. Quizá podrían llevarse los sándwiches afuera si la situación no cambiaba a la de ya.

—¿Está todo ocupado? —oyó que le decía Barry a su espalda, con una

bandeja entre las manos.

—Me temo que sí. Será mejor que...

—¡Allí veo una! —Señalaba una minúscula mesa con dos sillas que había en una esquina, en la otra punta.

No era lo que se dice romántico, pero sí mejor que sentarse fuera en alguna escalera o en el banco de un parque. Eso sí que implicaba miles de peligros. Por ejemplo, que algún pájaro decidiese dejarle un regalito en la cabeza.

Así que se sentó allí. Barry le sirvió el sándwich y el refresco de limón.

—Toma. Jamón y queso con pan de centeno y salsa tártara. Sin tomate. Espero que te guste la lechuga... —La miró de forma interrogativa.

Laurie estaba a punto de ponerse a llorar. Aquello le había llegado al alma.

—¿Te has acordado de que no me gusta el tomate?

—Por supuesto. Y tampoco el regaliz. Ni la infusión de manzanilla ni el azúcar blanco en el té. No te gusta llevar gorros en invierno. Te encantan los pañuelos y las faldas y todo lo que tiene que ver con el jengibre. Y tu cantante favorita es Norah Jones.

Miró con ojos brillantes al hombre que parecía conocer tantas cosas sobre ella.

—¿Y cómo sabes todo eso?

—Diría que tengo una gran capacidad de observación. —Se sentó también al fin y bebió un sorbo de su cola—. Hoy hace un calor increíble.

—Pero... —Ella lo observó sin decir nada más.

Él la miró directamente a los ojos.

—Algunas de estas cosas las mencionaste tú en algún momento y se me quedaron grabadas. Además, casi siempre llevas falda y, si no hace tanto calor como hoy, también un pañuelo, y en la tetería suena Norah Jones muy a menudo.

Ella asintió sin salir de su asombro. Era increíble la de cosas que Barry sabía sobre ella. Y si era tan buen observador, ¿cómo es posible que a lo

largo de ese tiempo todavía no hubiera notado lo que sentía por él?

—Vamos, Laurie. No debería sorprenderte tanto —dijo él ahora—. Nos vemos una vez a la semana desde hace seis meses. Seguro que tú también me conoces un poco.

Claro que sí. Sabía, por ejemplo, que a él tampoco le gustaba el regaliz ni el mazapán. No soportaba el escaramujo y siempre tomaba el té sin azúcar, a excepción del té negro, al que le añadía una cucharadita y leche. Tampoco llevaba pañuelos ni bufandas cuando hacía mucho frío, y en verano le gustaba ponerse pantalones cortos. Iba a la peluquería más o menos cada seis semanas. Desde que se conocían, había estado dos veces en Escocia, si bien no sabía si tenía amigos o parientes allí o simplemente le gustaba mucho aquello. Pero sí sabía que tenía una pupila azul y otra verde, porque le había mirado tantas veces a los ojos que en ocasiones creía que se zambullía en ellos. Y rápidamente salía a flote antes de que él notase algo. Como ahora.

—Sí, quizá tengas razón —dijo ella—. Yo sé, por ejemplo, que te gustan las rubias.

Vaya, ya estamos otra vez. Laurie maldijo su cerebro que, al parecer, se había quedado desconectado de todo.

—¿Por qué lo dices?

Barry la miró con una sonrisa irónica dejando por un momento el sándwich que tenía a medio comer. Ella seguía sin tocar el suyo.

—Hay que estar ciego para no ver cómo miras a Orchid.

—¿Quién? ¿La de la tienda de regalos? No, es demasiado joven para mí. Prefiero las chicas de mi edad, con algo más de experiencia.

Eso era de lo más dulce. Aun así estaba segurísima de que, al final, todos los hombres preferían tener a una rubia explosiva que a una chica experimentada, o lo que es lo mismo, una mujer mayor con varices, algo de grasa en las caderas y alguna que otra cana. Si ella fuera un hombre, seguro que estaría loca por Orchid.

—Ya, claro.

—Tienes que creerme —dijo encogiéndose de hombros—. ¿No tienes hambre? —Señalaba su plato, que seguía intacto.

—Sí, es verdad. El sándwich.

Cogió la mitad del bocadillo relleno con las manos e intentó sostenerlo de modo que no se cayera nada. Sin embargo, al apretar el pan desde abajo algo salió disparado: un pegote de salsa tártara acabó en mitad del plato y una hoja de lechuga cayó justo al lado.

Laurie se puso roja como un tomate. Qué vergüenza... Vale, en realidad sólo se moría de vergüenza porque Barry no le quitaba ojo. Ahora sonreía con satisfacción.

¿Y ahora qué? ¿Debería poner la hoja de lechuga otra vez en el sándwich? Después de todo, había ido a parar a la mesa, que tenía pinta de no haber visto una bayeta desde hacía al menos diez tandas de comensales. Cogió la hoja de lechuga y la colocó sobre el borde del plato. La salsa tártara intentó recuperarla mojándola con un extremo del pan, pero le salió el tiro por la culata y cayó más salsa aún. Volvió a dejar el sándwich en el plato. No debería haber tocado aquella maldita cosa que claramente se había confabulado contra ella.

Esto de estar a punto de llorar por culpa de un sándwich era nuevo. ¿Qué le estaba ocurriendo? No es que jamás hubiera tenido una cita, sin embargo nunca se había sentido tan torpe. Por otro lado, nunca había sentido lo que sentía ahora. Estaba completamente enamorada de Barry; quizá incluso sintiese más que eso. Sólo con pensar en él le sobrevinía una explosión de sentimientos, en cualquier momento del día. El hecho de tenerle ahí sentado, dedicándole toda su atención, era más de lo que su pobre corazón enamorado podía soportar. ¡Era un verdadero trastorno! En su interior, intentaba tranquilizar a su corazón prometiéndole que ya habría tiempo para rebelarse. Por ahora debía resistir un poco más. ¡Necesitaba relajarse!

Cogió el sándwich con la mano otra vez y le dio un mordisco. Sonrió a Barry de soslayo mientras lo hacía y él no tuvo más remedio que reírse. Se

inclinó un poco hacia atrás y enseguida le cayó en el regazo una rodaja de tomate del sándwich que se estaba comiendo.

Ahora fue Laurie la que soltó un soplido.

—No hace falta que te solidarices conmigo.

—En realidad no era mi intención —dijo mientras intentaba limpiar la mancha de su pantalón.

«Por suerte yo no me he tirado nada encima —pensó Laurie—. Hubiese sido bastante fastidioso con la falda blanca. ¡Hay que ver el lado positivo!»

Después de que Barry hubiese superado su incidente y acabara de comerse el resto del sándwich, hizo un cuenco con las manos y recogió algunas migas de la mesa antes de ponerlas en el plato. Laurie observaba cada uno de sus gestos. Casi era capaz de perder el sentido sólo viendo cómo se contraían los músculos de su antebrazo con cada movimiento.

—Creo que ha estado bien —dijo Barry—. Era justo lo que necesitábamos para relajar el ambiente. Porque tienes que admitir que estabas muy tensa.

—Pues sí. —Laurie se sintió aliviada.

También ella se acabó el sándwich y le dio un buen trago a su refresco de limón.

—A pesar de todo me ha gustado mucho. —Le sonrió.

—Sí, a mí también. La próxima vez podríamos intentarlo sin manchas de por medio.

Dios, ¿de verdad acababa de decir algo así? Y eso que se había propuesto dejar que él decidiese si se verían o no otro día.

—Lo haré lo mejor que pueda.

¿Quería decir aquello que habría un segundo encuentro? Se sentía confusa. De repente se percató de algo con el rabillo del ojo.

¡Orchid! Acababa de entrar en la tienda y miraba con detenimiento la carta de la pizarra, ¡como si no hubiese comido allí mil veces! A pesar de que Laurie temía que todo volviera a acabar en desastre, en realidad se alegró de verla. Sonrió aliviada.

—¿Ésa no es tu amiga? —preguntó Barry.

—Eso parece.

Orchid miró hacia ellos con gesto de fingida sorpresa. Corrió directamente hacia ellos.

—Hola, parejita. ¿Se puede saber qué hacéis aquí?

—Comer —replicó Laurie rápida y concisa.

—¿Y qué tal la comida? ¿Os gusta?

—Ya hemos acabado. —De pronto Laurie se sintió incómoda al acordarse de lo que le había sugerido a Barry antes: que creía que Orchid le gustaba.

—¿Cómo estás? —le preguntó Barry.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien, también. —Barry miró a Laurie. Se diría que podía leer sus pensamientos y sentir su inseguridad, ya que lo siguiente que dijo fue—: Orchid, siento tener que decepcionarte pero me temo que las rubias no me van nada de nada. Me gustan mucho más las pelirrojas.

Laurie se atragantó con el Sprite.

Orchid se rio.

—No tengo ni idea de qué pasa aquí, pero tomaré nota.

—De acuerdo. ¿Estás bien, Laurie?

Ella asintió sin dejar de toser.

—Entonces será mejor que os deje solos y vaya a comprarme algo para comer. Que os divirtáis.

Orchid desapareció y, mientras Laurie la seguía con la mirada, vio que su amiga se llevaba la mano a la oreja como si sostuviese un móvil, dándole a entender que debía llamarla más tarde sin falta.

—¿Nos vamos? —preguntó Barry poniéndose en pie.

Laurie lo siguió hasta la calle. Apenas habían caminado unos pasos cuando ella le preguntó:

—¿Por qué has hecho eso?

—Para que me creas cuando hablo en serio.

—Vale. Ahora sí te creo.

—Perfecto, eso era justo lo que quería.

Así que le gustaban las pelirrojas, según había dicho. Laurie lo era. ¿Le gustaban todas las pelirrojas en general o sólo...?

—Barry, ¿por qué tienes tanta prisa? ¡No corras tanto!

Apenas era capaz de seguirle el paso. No pudo evitar preguntarse si querría deshacerse de ella rápidamente.

—Pensaba que tenías que volver a la tienda.

—No pasa nada si la abro un poco más tarde —repuso Laurie, aunque ella nunca había hecho algo parecido.

—¿Y qué pasará con los pobres clientes que vienen a comprarte el té? No quiero ser el responsable de que tengan que volverse a casa con las manos vacías, o que acaben comprando el té en el supermercado más próximo.

—Tienes razón, eso sería un desastre.

—¿Lo ves?

—¿Puedo invitarte a una taza de té en la Tea Corner? Es lo menos que puedo hacer —se atrevió a preguntar Laurie.

Barry miró hacia un lado y sonrió.

—Confiaba en que me lo preguntaras.

¿De verdad? ¿Lo había hecho? El corazón le dio un brinco.

Ella le devolvió la sonrisa. Hubiese hecho cualquier cosa por que, en ese instante, él la cogiese de la mano y no la soltara jamás.

Entraron en la Tea Corner y Laurie se alegró al notar el aire frío procedente del aire acondicionado.

—¿Qué té te apetece tomar? ¿Qué tal una mezcla veraniega con citronela o jengibre fresco?

—Mataría por uno con jengibre fresco —dijo Barry, y en ese instante Laurie habría aceptado su propuesta de matrimonio si él la hubiese hecho.

—¿Con menta y limón? —preguntó prudentemente.

—Sólo con limón, gracias. El té con menta fresca también me gusta mucho, pero considero que juntos socavan un poco el sabor del otro. Los dos son fuertes.

Laurie no había tenido en cuenta aquella apreciación hasta ese momento; meditaría sobre ello más tarde. Pero antes tenía que ocuparse de Barry.

—Vale. Entonces sólo jengibre con limón.

—¿No tendrás miel por casualidad?

—Claro que sí. Y también sirope de agave. En mi opinión, queda incluso mejor con el té.

—Me encanta probar cosas nuevas —replicó Barry con una sonrisa.

Se sentaron a una de las mesas y se tomaron el té humeante repleto de aroma. Enseguida entraron un par de clientes en la tienda y Laurie tuvo que ocuparse de ellos.

—Lo siento —dijo en cuanto volvió a sentarse junto a Barry.

—¿Por qué? Al fin y al cabo es tu trabajo.

—Sí, y me encanta.

—Eso ya se ve.

Laurie se alegró al escuchar aquel cumplido y empezó a explicarle a Barry cómo se le había ocurrido abrir la tienda. Rápidamente se acordó de lo que Orchid le había dicho: debía evitar hablar sobre el té o, de lo contrario, aquello parecería más bien una reunión de negocios. Además, todavía no se había interesado por sus aficiones.

—¿Te gusta el fútbol? —le preguntó enseguida siguiendo el guion.

—Por supuesto que sí. ¿Conoces a algún inglés al que no le guste el fútbol? Yo mismo jugaba antes al fútbol, y ahora entreno a un equipo de alevines. Niños de entre ocho y diez años.

Vaya. Eso sí que no se lo esperaba.

—Eso está bien.

—Sí, es algo que me llena muchísimo. Son geniales, y están muy motivados siempre. ¿A ti te gustan los niños?

Oh, oh. ¿Niños en la primera cita? ¡Se suponía que iba a mantener la distancia!

—Ah, sí, claro. ¿Y cuál es tu equipo de fútbol?

Barry se frotó la barbilla.

—El Arsenal. ¿Y el tuyo?

Dios. ¿Por qué tenía que preguntarle a ella constantemente?

Prefería que sólo hablase él.

Laurie clavó la vista en su taza. Vio que había una semilla de limón en el agua turbia amarillenta.

—Lo siento, pero no soy muy aficionada al fútbol.

Era una aficionada al té, pero estaba prohibido hablar de ello. En fin. Lo normal es que hubiese hablado de su tema preferido. Puede que incluso lo hubiese hecho totalmente libre de preocupaciones, pero las palabras de Orchid no desaparecían de su mente. Ella misma se daba cuenta de lo forzado que parecía todo, pero era incapaz de hallar una salida. No tenía más remedio que dejar que la conversación se centrara en Barry.

—¿Qué tipo de música escuchas?

—Me gustan el pop y el rock, pero no el rock duro. En los noventa me pasaba el día escuchando Aerosmith; ahora me gustan Kings of Leon y Mando Diao.

Perfecto. Ya podía tachar de la lista fútbol y música. ¿Qué otros temas había mencionado Orchid?

—¿Y tú? —preguntó Barry ahora.

Otra vez hablando de ella. Dejó escapar un suspiro en su interior.

—Norah Jones, ya lo sabes. —Bebió un sorbo de té.

—¿Y qué más?

Uno de los clientes quería pagar, por lo que se dirigió a ella.

—Perdona, tengo que...

Barry asintió y la observó mientras tanto. Estaba hecha un manojo de nervios. Un par de monedas se le cayeron al suelo cuando se disponía a darle el cambio al cliente y, cuando éste salió de la tienda, Laurie desapareció por detrás del mostrador.

—¿Qué haces ahí? —escuchó enseguida la voz de Barry. Estaba de pie junto al mostrador mirándola con curiosidad.

—Yo... Estoy reuniendo las monedas que se me han caído.

—Te va a llevar un rato. ¿Necesitas ayuda? —Se agachó también y buscó en el suelo—. No hay nada. Ya debes de haberlas encontrado todas.

Ella asintió y recostó la espalda contra la madera del mostrador. Barry la imitó. Ambos se quedaron sentados detrás del mostrador sin decir una palabra.

—Laurie, por favor, dime qué te ocurre. No quieres contarme nada sobre ti, te veo tan... ausente. ¿He hecho algo que te haya molestado?

—No. Dios, no. Has estado... perfecto. —No se atrevía a mirarle a los ojos—. Tenía muchísimas ganas de quedar contigo, y no quería que algo saliese mal por mi culpa. Evitaba hablar demasiado de mí. Orchid me dijo que... Es igual, olvídale. He metido la pata hasta el fondo. Subí tan alto que al final me caí del columpio.

—A veces hablas con acertijos, ¿lo sabías?

—Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. Precisamente eso es lo que me gusta de ti: estas pequeñas paranoias, tu humor.

¿De verdad? Orchid había vuelto a acertar con lo que había dicho.

—Aun así tengo la sensación de que hoy no estás siendo tú misma —dijo Barry.

—Yo también la tengo.

—¿Qué dirías si nos damos una segunda oportunidad?

—¿Quieres ir a comer conmigo otra vez?

—Me gustaría ir contigo a cenar. Y llevarte al cine..., si te apetece.

—¡Pues claro que me apetece! —Hubiera querido lanzársele al cuello.

—Eso es fantástico. Yo... —Se aclaró la garganta—. Yo siempre me alegro de verte, y me encantaría poder pasar más tiempo contigo. —Miró hacia sus zapatos y Laurie se preguntó si estaría tan nervioso como lo estaba ella. Esa idea la tranquilizó un poco, más allá de los latidos de su corazón. Luego Barry levantó la vista, la miró a los ojos y dijo—: Pero sólo saldré contigo con una condición.

—¿Cuál? —Bum-bum. Ta-ta-chán...

—Te pido que seas tú misma. No necesitas fingir conmigo; me gustas tal y como eres.

El corazón de Laurie estableció un nuevo récord en salto de altura. Tenía que hacerlo: se inclinó hacia él y le dio un suave beso en la mejilla.

Barry dirigió la mano al lugar que habían rozado los labios de ella. La miró sorprendido.

Sonó la campanilla de la puerta.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Laurie y Barry no pudieron evitar reír y salieron de detrás del mostrador.

—Estoy aquí —le dijo Laurie a Agnes. Era una de sus clientas habituales, que vivía con su madre en el piso de encima de la Tea Corner—. Agnes,

¿cómo estás?

—¿Qué haces con un desconocido detrás del mostrador? —preguntó la joven de cabello castaño con una sonrisa burlona. Llevaba un pantalón vaquero corto y una camiseta que dejaba el ombligo al aire.

—Estoy buscando monedas.

—Ya entiendo. —Le guiñó un ojo.

Barry estaba allí de pie, con aire desconcertado y las manos en los bolsillos del pantalón.

—Debería irme. Hoy me tiene que llegar de la India un pedido grande.

—Lo he pasado muy bien contigo. Me refiero a la comida —dijo Laurie, colorada.

—Yo también. Te llamaré... por lo de ir al cine. ¿De acuerdo?

Laurie asintió y siguió con la mirada al maravilloso hombre que salía de su tienda y que caminaba frente al escaparate. Él miró de nuevo hacia dentro y la saludó. Ella le devolvió el saludo.

¡Yujuuu! Quería que fuesen al cine. Y salir a cenar. ¡Tenía que contárselo a sus amigas rápidamente!

—¿Tiene ese té con frutos del bosque que está tan bueno? ¿Laurie, puede oírme?

—¿Cómo dice? —Laurie se deshizo de los pensamientos sobre Barry, que no se le iba de la cabeza—. Ah, sí. Té con frutos del bosque. Por supuesto. ¿Cuánto desea?

La señora Kingston la miró sonriente.

—Vaya, aquí hay alguien que está enamorada.

—¿Cómo dice? —Miró confundida a la mujer corpulenta con permanente de color caoba.

Era cliente suya desde el día en que inauguró la tienda. La señora Kingston no paraba de decirle lo contenta que estaba de que por fin hubieran

abierto una tetería muy cerca de su casa.

—Digo que está usted enamorada, anda con la cabeza en otra parte. Tendré sesenta años, pero algo así lo veo enseguida. —Asentía de modo que sus enormes pendientes de oro se balanceaban de un lado a otro.

—Yo... Bueno...

—¿Quién es el afortunado?

«Vamos, qué importa ya», pensó Laurie.

—Mi proveedor de té. Hemos quedado hoy por primera vez. En fin, para comer al mediodía. Pero le gustaría que fuésemos al cine.

—Oh, es fantástico. Me alegro mucho por usted.

—Gracias. Es usted muy amable.

—Si van al cine, elijan sobre todo una película de acción o, mejor aún, una de terror.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —A decir verdad, Laurie preferiría ver una comedia romántica. Sería lo más parecido a acercarse el uno al otro, ¿no?

—Bueno, cuando la película se ponga emocionante o le dé miedo, puede arrimarse temerosa a él. Estoy segura de que él le rodeará los hombros con el brazo. Los hombres son así, tienen ese instinto protector.

Laurie rio.

—Muy bien, lo intentaré. ¿Cuánto té me ha dicho que quería?

—Cien gramos, gracias. Y póngame también cien gramos de té con flor de saúco.

Laurie pasó toda la tarde ocupada con los clientes, si bien no tenía la cabeza en lo que estaba haciendo. Fue a ver a Orchid en cuanto cerró la tienda.

Al llegar vio que una mujer estaba abrazando a su amiga. La mujer se apartó enseguida, se secó las lágrimas y se sonó la nariz.

—Gracias, Orchid. Te lo agradezco mucho.

Orchid le brindó una sonrisa cálida.

—De nada, Sophie. Estaré aquí siempre que me necesites.

—¿Quién era? —preguntó Laurie tan pronto como la mujer se hubo marchado.

—Era Sophie.

—Ajá. ¿Y por qué lloraba? Pobre...

—Ahora tiene problemas personales, así que se desahoga conmigo; lo hace a menudo. Después de eso ya se siente mejor.

—Eres buena gente, Orchid. ¡Dedicas tanto tiempo a los demás! —Laurie lo decía en serio, y también iba por la inesperada aparición de su amiga en la tienda de sándwiches.

—¿Por qué no me has llamado? —preguntó Orchid con una mirada de decepción.

Lo había intentado, pero sólo había conseguido hablar con Keira para ponerle al tanto de los emocionantes acontecimientos de aquel día. Luego había estado ocupada todo el rato con los clientes en la tienda.

—Lo siento, no he tenido tiempo. He venido ahora para contártelo.

—¡Cuéntamelo ya! ¿Cómo ha ido?

—Ya lo sabes. Al fin y al cabo tú estabas allí.

—Sólo quería ver cómo iba todo. —Los labios de Orchid mostraron una amplia sonrisa—. Si lo he captado correctamente, la cosa ha ido muy bien, ¿no?

Ahora era Laurie quien sonreía.

—Podría decirse que sí.

Orchid aplaudió.

—Me alegro por ti. Te lo mereces.

—Gracias. Casi hasta te perdono tu última intromisión.

Ella rio con aire burlón.

—Lo siento, es que no puedo evitarlo.

—¿Por qué no te ocupas de Ruby o Susan? Seguro que ellas necesitan más tu ayuda que yo.

—Lo haré, te lo prometo. Pero primero tenemos que hacernos cargo de tu

felicidad . Así que, ¿cómo ha ido? ¿Quedaréis otra vez?

—Sí. Barry me ha preguntado si quería salir a cenar con él e ir al cine.

—¡Es fantástico! —Orchid aplaudió de nuevo. A Laurie le resultaba agradable ver cuánto se alegraba por ella—. ¿Y cuándo?

—Eso no te lo voy a decir, no vaya a ser que te presentes de improviso en el cine.

—¿Para daros la lata mientras os besuqueáis? No, yo nunca haría algo así. Lo pregunto porque... ya habréis quedado en algo, ¿no?

—Me llamará.

Orchid puso mala cara.

—¿A qué viene eso? —preguntó Laurie.

—Bueno, que no hayáis planificado algo enseguida no es precisamente lo ideal.

—Eso no quiere decir nada. Yo tenía clientes esperando, y él tenía una reunión. Quedaremos otra vez, segurísimo.

—Muy bien. Si tanto confías en ello... Es sólo que no quiero que volváis a tardar un montón de años hasta dar el siguiente paso.

—No lo haremos.

—Podrías llamarle o enviarle un mensaje para decirle que estás deseando volver a quedar con él.

¿Debería hacerlo? Puede que sí.

—Ya veremos. De momento me iré a casa y tomaré un baño para relajarme. ¡Que acabes de pasar una buena tarde!

—Y tú que te diviertas en la bañera. —Orchid le guiñó un ojo maliciosamente.

—Siempre estás pensando en lo mismo —contestó Laurie ofendida.

—¡Ja, ja, ja! Bueno, es que creo que si alguien lleva meses sin acostarse con nadie, debe de estar muy sofocado después de un día tan caliente como el de hoy.

—Eres lo peor. Lo digo en serio. Ahora sí que me voy.

—¡Cuídate! —Orchid rio con picardía, probablemente por el doble sentido de sus palabras.

Laurie negó con la cabeza y no pudo evitar sonreír. ¿Qué era lo que había dicho Barry? Orchid era todo un personaje. Sí que lo era. Y de algún modo la había ayudado aquel día..., más o menos.

Una vez fuera de la tienda, volvió de nuevo hacia la puerta, la abrió y asomó la cabeza por la rendija.

—Por cierto, Orchid..., ¡gracias!

—No hay de qué. —Sonrió con rostro iluminado y le dijo adiós con la mano.

Mientras caminaba hacia el coche y luego conducía de camino a casa, Laurie tenía un único pensamiento: ¿por qué no podía ser un poco como Orchid?

En presencia de los hombres, Orchid era divertida y simpática, abierta y desenfadada. Además, era una chica preciosa. Seguro que eso hacía que su vida fuese mucho más fácil. Pero no importaba. Hoy Laurie no tenía por qué sentirse mal. De verdad había logrado algo, al menos si lo comparaba con los últimos seis meses en los que no había pasado nada en absoluto.

Aparcó el coche y se dirigió a su casa ansiosa por darse un baño. Sin embargo, se detuvo en seco enseguida.

Alguien la esperaba sentado en los escalones de la entrada. Un hombre alto y atractivo, con cabello rubio de surfista y una sonrisa blanca y resplandeciente. Era Peter, su ex.

Peter era la parte del pasado de Laurie de la que menos le gustaba hablar. Nadie de su vida actual la conocía (a excepción de sus amigas de Valerie Lane). Peter había sido su peor error.

—Hola, nena —dijo él levantándose al verla—. ¿No sueles venir directa a casa desde el trabajo? Ya son... —echó un vistazo a su reloj de pulsera— las siete y diez.

—He ido un momento a ver a una amiga —dijo al tiempo que se preguntaba por qué tenía que darle explicaciones de nada—. ¿Qué estás haciendo aquí, Peter? Te hacía en California.

Peter se acercó a ella y le rodeó la cintura con un brazo. Enseguida vio el brillo en sus ojos y supo a qué había venido.

—Volví hace una semana. Por ahora estoy viviendo en casa de Bob. Los

Ángeles es genial pero te echaba de menos un montón.

¡Oh, no! Justo lo que ella no necesitaba. Tiempo atrás, Peter la había seducido un par de veces aunque sólo fuese para pasar una noche juntos. Laurie no se sentía orgullosa de aquello; después siempre se arrepentía. Con todo, se había dicho a sí misma que ella también era una mujer con necesidades, por lo que en ocasiones debía perder la razón.

Pero ahora tenía a Barry...

Se deshizo de Peter sin decir una palabra y abrió la puerta de casa, pero antes de que pudiera decirle que no le parecía una buena idea que entrase, él ya se había abierto paso en el interior con un empujón.

Laurie suspiró y fue detrás de él.

En cuestión de segundos, su ex ya se había quitado los zapatos y se había puesto cómodo en el sofá de la sala de estar. Colocó sus largas piernas, una sobre la otra, encima de la mesita del sofá mientras el cabello rubio le caía sobre la cara. Se lo peinó hacia un lado en un gesto que denotaba seguridad en sí mismo.

Laurie fue hasta la cocina y se hizo un té. Esta vez le añadió un chorrito de licor: necesitaba algo más fuerte para aguantar aquello.

A Peter le dejó una taza en la mesita del sofá, justo al lado de sus pies cubiertos por unos sucios calcetines blancos de tenis. Al suyo no le había puesto alcohol.

Ella se sentó también, con el té en la mano y las piernas bien juntas.

—Peter...

—Cielo, relájate. —Le pasó un brazo por el hombro. ¡No! No era su brazo el que quería ver sobre sus hombros. Se revolvió con aire incómodo—. Cuéntame qué hay de nuevo en tu vida.

Podía esperar sentado.

—Me han llegado un par de nuevas variedades de té, pero seguro que eso no te interesa mucho.

—Exacto. Pero ¿sabes lo que me interesa? ¡Tú! —Le cogió la barbilla con

la mano e intentó besarla.

¡Le daba tanta rabia aquello! Pensaba que sólo tenía que plantarse allí, mirarla de aquel modo encantador y listo. El problema evidente era que ella se lo había consentido durante los últimos años. Peter tenía un encanto especial. Estaba bastante segura de que podía tener a cualquier mujer; simplemente era uno de esos tipos. Un hombre irresistible. Tampoco podría decirle que no a Brad Pitt si lo tuviese delante.

¡Pero ya se acabó! ¡Nunca, nunca más! Por fin tenía algo en perspectiva que era mucho mejor que aquello con Peter.

—¡No, déjalo! No quiero seguir.

—¿Qué ocurre? Siempre te ha gustado.

—Ha cambiado la situación. Hay alguien en mi vida...

Peter se apartó y la miró.

—¿Ah, sí? Pues te felicito.

—Gracias. —Incluso creyó que estaba siendo sincero, pero Peter no era de los que se rinden fácilmente.

—¿Es una relación de verdad? ¿Con toda la parafernalia?

—Bueno... En realidad... todavía es bastante reciente y...

—Si no hay nada serio, entonces aún podemos divertirnos los dos por última vez, ¿no? —Se arrimó a ella de nuevo y la besó en la mejilla, luego se acercó a su boca—. Te he echado mucho de menos —susurró poco antes de que sus labios rozasen los de ella.

Laurie retrocedió, sin bien con mucho cuidado.

—¡Peter, no! ¡Basta! He dicho que no quiero, ¿vale? —Se levantó y se dirigió al otro extremo de la habitación. Se quedó allí, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Está bien, sí. Pues nada.

—Seguro que no te costará mucho tener a otra mujer hoy mismo. —A ella no la había tenido nunca de verdad.

—Pero es a ti a quien quiero.

—Deberías haberlo pensado hace diez años.

Hace diez años... Por entonces ella tenía veintidós y llevaba dos casada con Peter. El matrimonio llegó a su fin cuando ella se cansó de soportar sus repetidas infidelidades. Su madre le había dicho enseguida que Peter no era la persona adecuada. Pero ningún hombre que escogiese a Laurie por sí misma sería lo bastante bueno para su madre.

—Yo siempre te he querido. Fuiste tú quien me dejó a mí. —Eso le repetía, pero en realidad no la amaba a ella. Amaba su libertad.

—Y ya sabes por qué, hombre infiel.

—No puedo evitarlo. Soy un adicto al sexo. —La misma excusa de siempre.

—Entonces deberías marcharte y buscarlo en otro sitio, Peter. Por fin estoy a punto de ser feliz. No me lo estropees de nuevo.

Él alzó las manos y se levantó también.

—Vale. Me voy. Pero si algún día... te apetece divertirme un poco, ya sabes dónde encontrarme.

—Sí, lo sé, Peter.

Él caminó hacia el pasillo.

—Entonces, espero que seas feliz —le oyó gritar—. ¡Como ese tipo no te trate bien se las verá conmigo!

Laurie lo siguió.

—Gracias, es muy amable por tu parte.

Peter la abrazó y no se cortó a la hora de darle una palmada en el culo.

Ella retrocedió un paso.

—Imposible contenerme, ¿verdad?

—Yo soy así, Laurie.

—Sí, lo sé. Por cierto, Peter, no te has bebido el té.

—Para ser sincero, nunca he podido soportar el té.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —preguntó ella sorprendida.

—Bueno, haría lo que fuera por conseguir de ti lo que tú ya sabes.

Laurie se puso roja. Por supuesto que sabía a qué se refería.

—Cuídate, Peter —dijo, y dejó que se fuera. Mientras observaba cómo se iba, pensó en cómo Orchid le había deseado lo mismo a ella.

Cerró la puerta y movió la cabeza sin poder creérselo. Peter había vuelto. Tenía que contárselo a alguien. Llamó a Keira por teléfono, pero no contestó. Orchid no había llegado a conocer a Peter y Ruby no era precisamente la persona idónea a sus veintitrés años. Intentó hablar con Susan pero le saltó el contestador.

Muy bien. Tendría que esperar hasta la mañana siguiente. Se fue al cuarto de baño para tomar al fin el relajante baño que llevaba esperando todo el día. Vertió en el agua una dosis completa de sales de baño de lavanda y encendió unas velas. A continuación puso la música de Sam Smith y empezó a desvestirse.

De repente tuvo la necesidad imperiosa de llamar a Barry. Antes de que pudiese cambiar de idea, cogió su móvil y le escribió un mensaje. Por suerte tenía su número de teléfono guardado en la agenda, porque habían tenido que hablar varias veces ya sobre los pedidos de té.

Barry, hoy lo he pasado muy bien. Creo que aún te debo una respuesta: Adele me gusta casi tanto como Norah Jones, y últimamente escucho mucho a Sam Smith.

Estaba orgullosa de sí misma. Se había atrevido a dar el paso siguiente: la comunicación privada. No había preguntado por la cita tal y como Orchid le había aconsejado, pero en cambio lo había hecho a su manera.

Permaneció un rato de pie frente al espejo. ¿Qué diría Barry si pudiese verla así? ¿Le gustaría? Tenía treinta y dos años; era evidente que no toda su piel era tersa como la de una veinteañera, pero estaba de buen ver. Era una mujer con curvas y un buen trasero que hacían que la mayoría de los hombres se girasen al verla. Su cintura era estrecha, sus pechos medianos y bien moldeados. Sólo había un par de pequeños michelines fuera de sitio. Aunque

en estos casos es posible hacer la vista gorda si de verdad te gusta la persona, ¿no? ¿Lo haría Barry, le gustaría ella?

Le sonó el móvil. Lo cogió nerviosa.

Yo también he disfrutado mucho de nuestro encuentro.

¿Sam Smith? Bueno, no es Lenny Kravitz, pero está bien. 😊😊

Sin poder evitar reír, le contestó rápidamente:

Pues me quedo más tranquila.

¿Qué estás haciendo?

¿Debería decirle la verdad? Y por qué no. Bañarse sería mucho más divertido, incluido el hormigueo.

Me estoy dando un baño.

¡VAYA!

Tuvo que reír de nuevo. Por fin se metió en la bañera con cuidado de que el agua no le tocara la herida.

¿Qué cabía escribir ahora? De todos modos, Barry sabía que ella estaba desnuda mientras le escribía. Sintió que la recorría un cosquilleo.

¿Y tú qué estás haciendo?

La respuesta de él no se hizo esperar.

¿Te soy sincero? Estaba hojeando un catálogo de tés, pero ya no puedo dejar de pensar en ti y en la bañera.

Laurie soltó un pequeño grito de felicidad. Dejó el móvil a un lado y se sumergió en el agua, lo que resultó bastante imprudente por su parte porque tenía una pierna fuera de la bañera.

Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Cómo se supone que debía terminar aquello? ¿Sexo por sms, quizá?

¿Estás ahí, Laurie? Espero no haberte asustado. Por favor, no pienses mal de mí.

No lo hago. Tampoco lo hagas tú de mí, por favor.

Yo nunca podría pensar mal de ti. Por cierto, gracias otra vez por el beso.

No hay de qué.

¿Cuándo volveremos a vernos?

Vaya. ¿Qué podía responderle? Confiaba en que fuese él quien propusiese algo. Le habría gustado preguntarle si quería quedar la mañana siguiente, pero hubiese parecido un poco patético. Como si no tuviese planes para el sábado por la noche —como de hecho era—. Pero Barry no tenía por qué saberlo.

¿Qué tal el próximo viernes?
¿A las ocho?

Perfecto. Pasaré a recogerte. Envíame antes la dirección de tu casa.

Vale. Ya tengo ganas de que llegue.

Yo también. Y ahora te dejo que sigas con tu baño. 😊

Hasta pronto.

Hasta pronto.

Laurie apartó su móvil por fin y dio un chillido de satisfacción. ¡Tenía una cita! Era real, volvía a tener una cita con el hombre de sus sueños. Se alegraba de haberle pedido a Peter que se marchase. Lo de ahora había sido simplemente perfecto, tan íntimo y abrumador.

Colocó la cabeza sobre la toalla de mano que había en el borde de la bañera y cerró los ojos. Sí, aquella noche habría podido tener sexo, pero no con el hombre que ella quería y al que deseaba más que a cualquier otro. Peter no era más que el pasado... Por fin. Confiaba en que él también lo hubiese comprendido.

Ya sólo había una persona en su vida. Y no le importaba tener que esperar una semana entera hasta poder quedar con él, pues sabía que la espera definitivamente valía la pena.

El sábado Laurie se fue a trabajar de muy buen humor. El día transcurrió felizmente: se pasó todo el tiempo tarareando para sus adentros, sirvió un par de tazas de té que no quiso cobrar y de camino a casa hasta le llevó a Gary un vaso de té con menta y un trozo de pastel que había sobrado en la tienda. Además de las galletas de siempre, los sábados solía tener un surtido de pasteles, ya que venían a verla algunos clientes habituales más mayores y éstos preferían acompañar su té con algo más que una simple galleta. Se apresuró a regresar a casa, mientras pensaba en qué película le gustaría ver aquella misma noche. Le apetecía ver alguna de amor. Abrió la puerta con la bolsa de *fish & chips* que había comprado en la mano y entró. Se quitó las manoleínas en un santiamén, dejó su bolso en la cómoda del pasillo y se llevó la comida a la cocina. Mientras iba hacia allí vio que parpadeaba la luz del contestador y apretó el botón. Escuchó la voz de su madre... y su buen humor se desvaneció.

—Buenos días, Laura. Soy yo, tu madre.

«No me digas, no lo hubiese acertado nunca.»

—Tu padre y yo organizamos una fiesta en el jardín el viernes que viene, y esperamos que vengas. Ya sabemos que no vas a traer a nadie, así que me ocuparé de eso.

¡Oh, no! Otra vez algún agente inmobiliario empalagoso o algún aburrido empleado de banco.

—La fiesta comienza a las seis. Por favor, vístete adecuadamente para la ocasión.

¿Qué quería decir con eso?

—Tu padre te manda saludos. Adiós.

Así era su madre. Breve, concisa y fría como el Polo Norte.

Laurie no se dio cuenta de lo que aquello significaba hasta que escuchó el mensaje al completo: ¡la fiesta en el jardín era el viernes!

El viernes era el día en que había quedado con Barry. ¿Y ahora qué?

Marcó rápidamente el número de sus padres.

—Diga —contestó su madre.

—Hola, mamá, soy yo.

—Laura. ¿Cómo estás? —preguntó su madre con voz inexpresiva.

—Bien, gracias. Espero que tú también.

—Muy bien, gracias. ¿Has escuchado mi mensaje?

—Sí, te llamo precisamente por eso. El viernes no puedo ir.

—¡Bobadas!

—De verdad, tengo planes ya.

—Entonces tendrás que cancelarlos.

—No es tan fácil, es un tema importante.

—¿Más importante que nuestra fiesta anual en el jardín? Tu tío Murray y tu tía Sheryl vienen expresamente de Liverpool, ¿y tú no puedes venir porque tienes algo más importante que hacer?

Era evidente que su madre no la creía. Imaginaba que quería escabullirse.

—Mamá, ¿no hay manera de que te entre en la cabeza que yo también tengo una vida privada?

—Pues deja esa vida privada para el sábado. Te esperamos el viernes a las seis.

—Ésa es la otra cuestión, mamá. Yo trabajo hasta las seis. No puedo cerrar la tienda antes, así porque sí, sólo porque tengo que ir a una fiesta en el jardín.

—Seguro que por una vez no pasará nada.

—¡Sí que pasa! ¿Qué voy a decirles a mis clientes? —Respiró resignada—. Está bien, de acuerdo. Si no hay más remedio, iré. Pero no podré llegar

antes de las siete.

Escuchó que su madre dejaba escapar un suspiro prácticamente imperceptible. Laurie se la imaginaba negando con la cabeza con rigidez.

—Bueno, lo aceptaré. Ponte algo adecuado para la fiesta, por favor. Algo que sea bonito.

Ay...

—Por cierto, mamá, no hace falta que me organices una de esas horribles citas. Iré con alguien.

Silencio. A continuación:

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Muy bien. ¡Si tú lo dices! Entonces ven con quien tú quieras. Nos vemos el viernes.

—Adiós, mamá. Saluda a papá de mi parte.

—Adiós.

Eso fue todo.

Dios santo, estaba metida en un aprieto. ¡Ahora tendría que cancelar su cita con el maravilloso Barry por una estúpida fiesta en el jardín! Quizá podría pedirle que dejaran la película para el sábado. Por lo que sabía de él, seguro que lo entendería. A cambio, debía ir a una fiesta a pesar de que no le apetecía en absoluto. Además, ¿a santo de qué le había dicho a su madre que iba a ir con alguien? ¿A quién podía preguntarle ahora si quería ir con ella?

Por un momento se imaginó que Barry podría acompañarla. Con él a su lado, seguro que podría soportar aquel evento. Además, por fin podría demostrarle a su madre que ella también era capaz de buscarse a un hombre. Puede que así dejara de inmiscuirse sin parar en su vida amorosa de una vez por todas. ¡Uy, eso sería fantástico! Pero estaba claro que no era más que un sueño imposible. Jamás de los jamases le pediría a Barry que fuese con ella. No, tendría que pensar en otra cosa. A lo mejor podría pedir prestado a Patrick sólo por una noche, o le podría preguntar a Orchid si conocía a

alguien capaz de embarcarse en un espectáculo de esas características en casa de sus padres. Después de todo, la comida era más que excelente si te gustaban los caracoles, el caviar y los huevos de codorniz rellenos.

Suspiró. Todo parecía indicar que finalmente tendría que ir sola a la fiesta, y que acabaría pasando la noche al lado de un aburrido empleado de banco que no pararía de hablar de cotizaciones bursátiles.

Laurie se sentó a la mesa de la cocina y de nuevo le sorprendió el modo en que su madre lograba destruir en cuestión de segundos su espíritu positivo. Siempre había sido buena en eso. Sí, era buenísima. Y Laurie seguía sin descubrir cómo podía defenderse de la actitud dominante de su madre. Era como si tuviese delante a una estricta directora de escuela incapaz de tolerar un no por respuesta. Y no se alejaba demasiado de la realidad. Judith Harper había sido profesora particular hacía años; una de las más estrictas. Con ella no había ningún niño que se olvidara de hacer los deberes o de preparar un examen. Judith no permitía que nadie la contradijese ni dejaba que la hicieran cambiar de opinión. Ella tenía la razón... ¡siempre! Y quien no quisiera aceptarlo ya había perdido la batalla.

Laurie puso a hervir agua para el té y siguió soñando. Porque si al final Barry fuese con ella... ¿intentaría deshacerse su madre de él? ¿Aun antes de que hubiesen tenido una cita de verdad? Luego ella le ahuyentaría del todo y él se quedaría en Hong Kong para siempre; se casaría con alguna hongkonesa que no tendría una madre enervante como la suya y traerían al mundo un montón de niños que él mismo podría entrenar al fútbol.

Ya se le ocurriría alguna otra cosa. Se sirvió en un plato la comida que entretanto se había quedado fría, y puso un DVD en el reproductor. *The Holiday*. Aquella película siempre le había levantado el ánimo. Pero aquella noche ni siquiera le servía. Por norma se quedaba ensimismada viendo cómo Kate Winslet y Jack Black se iban acercando el uno al otro hasta acabar juntos, pero esta vez Laurie sólo tenía en la mente a su madre que la ponía de los nervios. Y por norma languidecía por Jude Law y se imaginaba que Barry

y ella eran como Jude y Cameron Diaz, y se enamoraban en aquella solitaria y romántica casita de campo, pero ahora sólo podía pensar en los repugnantes caracoles que su madre ordenaría que sirvieran. ¡Caracoles! Cualquiera se imagina que una fiesta en un jardín es lo más parecido a hacer una barbacoa —con filetes, hamburguesas y salchichas que huelen maravillosamente bien—. Pero no. Es imposible que a Judith Harper le guste algo así.

Laurie recordó una de sus fiestas de cumpleaños, de cuando era niña. Ese día lo único que quería comer eran perritos calientes. ¿Y qué había decidido hacer su madre? Sirvió unos minúsculos sándwiches de pepinillo. Además, en lugar del postre de gelatina que habían esperado con ansiedad, tuvieron que conformarse con una *crème brûlée*. A partir de entonces perdió toda esperanza.

La película se le pasó volando sin enterarse, ya que era incapaz de concentrarse en ella. Finalmente se fue temprano a la cama, y las patatas fritas que se había comido frías siguieron pesándole durante un buen rato en el estómago.

Laurie no pudo dormirse. Recordó cómo habían llamado a su puerta Susan y Keira aquella mañana, antes de que abriese la tienda. Ambas parecían estar muy nerviosas.

—¿Qué pasó? —había preguntado Keira en cuanto abrió la puerta y las invitó a entrar.

—¿Qué ocurre con vosotras? ¿Qué debería haber pasado? —rio ella.

—Bueno, ayer por la noche intentaste llamarnos por teléfono —le recordó Susan.

—Y no estábamos ninguna de las dos para ayudarte —añadió Keira en tono de disculpa—. Perdóname, pero es que Jordan y yo volvimos a discutir.

—Y yo estuve quitándole las pulgas a *Terry*. —Susan esbozó una profunda sonrisa burlona.

—No pasa nada. No se trataba de nada excepcional. Necesitaba hablar con alguien y ya está. Es que... ¿sabéis quién vino a verme ayer?

—¡Barry! —sugirió Susan esperanzada. Naturalmente ya estaban al tanto de que Laurie había ido a comer con él, y sus amigas se alegraban por ella.

—Error.

—¿No querrás decir...? —Keira abrió los ojos como platos.

—¡Exacto! ¡Peter!

—¿Se puede saber qué quería? ¡No estarás pensando en...! ¿Y qué pasa con Barry? —Keira estaba alteradísima.

—No, no caí en sus brazos. Esta vez no. Ahora tengo a Barry, y así se lo he hecho saber a Peter, sin tapujos.

—¿Ahora tienes a Barry? Pensaba que sólo habíais ido a comer juntos. ¿Me he perdido algo? —preguntó Susan sorprendida.

—No, no. Ya sabéis a lo que me refiero. Mi corazón sólo le pertenece a él, y todo lo demás también. Bueno, casi todo.

—Ya entiendo.

—¡Cuéntanoslo! —le pidió impaciente Keira—. ¿Cómo reaccionó Peter?

—Nos deseó mucha suerte a los dos.

—¿En serio? —Susan frunció el ceño—. Me cuesta creer algo así de Peter. —Lo había visto una o dos veces que había aparecido en Valerie Lane salido como de la nada—. Tengo la sensación de que es muy posesivo.

—¿Peter? —Laurie no pudo evitar reír—. ¡Por supuesto que no! Tienes una idea completamente equivocada de él. Lo único que quiere es pasar el rato. Y no sólo conmigo, puedes creerme. Yo no significo nada en absoluto para Peter; hace tiempo que es así. Es probable que nunca haya significado nada para él. En cualquier caso, no quiere que volvamos a estar juntos ni nada por el estilo. Espero que le haya quedado claro por fin y se aleje de mí. Sería una catástrofe que él y Barry coincidieran algún día.

—¿Por qué?

—Todavía no le he contado a Barry que una vez estuve casada.

—Bueno, pero es que sólo habéis tenido una cita —dijo Keira.

—¡Gracias! Orchid dice que a eso no se le puede llamar cita.

—Pues... —empezó a decir Susan.

—¡No digas nada! —la previno Laurie—. En mi opinión fue una cita. Y muy pronto volveremos a tener otra. Cine incluido. Ya nadie podrá decir que no es una cita de verdad.

—Vaya, me alegro por ti —dijo Keira.

—Gracias, querida. Yo también me alegro. Todo será perfecto. —¿Cómo no iba a serlo tratándose de Barry?

Se durmió con aquel pensamiento, y soñó con la casita de campo de la película. Esta vez no era Jude Law quien estaba con ella, sino Barry.

Poco antes de las nueve del martes siguiente, Laurie esperaba con el corazón palpitante a que Barry entrase en la tienda. Se sentía muy inquieta, no sólo por los acontecimientos de la bañera, sino también porque quería pedirle que pospusieran su cita para ir al cine.

Estaba de pie, muy agitada mientras observaba la puerta. A las nueve en punto abrió la tetería y giró el letrero de la entrada. Colocó fuera la pizarra que aquel día anunciaba:

Té helado de frambuesa con limón por sólo 2,50 £/taza.

Al ver que no había ningún cliente a la vista, estiró los brazos y respiró el aire fresco del verano. Se estaba bien, se había levantado una ligera brisa. La agradable fragancia de las hortensias flotaba en el aire. Vio que Ruby se apresuraba hacia su tienda de antigüedades y la saludó. Se acordó de que todavía no le había hablado a su amiga del tema de las flores, y se propuso hacerlo aquel día sin falta. Las azucenas ya tenían un aspecto desastroso.

La furgoneta de Barry llegó y se detuvo justo enfrente de Laurie's Tea Corner. Su corazón le latía desbocado.

—¡Buenos días! —saludó Barry, y saltó radiante del vehículo.

Abrió la puerta del compartimento de carga y sacó de allí dos cajas de cartón. Le dio una a ella y él cargó con la más grande y pesada.

—Buenos días, Barry. —No pudo evitar pensar en la escena de la bañera. Curiosamente no se sentía avergonzada en absoluto, al contrario; se sentía de lo más entusiasmada.

—Me alegro de verte. —Le sonrió.

Laurie le devolvió la sonrisa.

—Lo mismo digo.

Llevaron el pedido a la tienda y se quedaron de pie uno al lado del otro.

Barry, que le sacaba a Laurie al menos cabeza y media, bajó la vista y la miró.

—¿Adónde te apetece ir el viernes? ¿Reservo una mesa?

Aquella cálida sensación se disipó en un abrir y cerrar de ojos y su madre volvió a instalarse en la mente de Laurie.

—Barry, lo siento muchísimo —dijo con pesar—. Pero no podré quedar el viernes. Ha surgido un imprevisto.

—Vaya. —Barry parecía decepcionado. Le entregó la factura y el albarán para que se lo firmara—. ¿Puedo preguntarte de qué imprevisto se trata?

—Mis padres dan una fiesta en el jardín, y no me apetece ir en absoluto, créeme.

Barry debía saber lo mucho que lo sentía y que hubiese preferido pasar su tiempo con él.

—Es una lástima. Bien, podemos dejar la cita para otro día, claro está..., o quedamos el viernes y voy a la fiesta contigo. Si es posible.

Laurie apenas podía creérselo. Lo había deseado con todas sus fuerzas y resulta que era el mismo Barry quien se lo estaba proponiendo.

—Sí sería posible, pero no estoy segura de querer hacerte eso.

Barry se rio.

—¿Tan terribles son las fiestas que hacéis en el jardín de tus padres?

—Lo verdaderamente terrible son mis padres. En serio.

Bueno, en realidad, sólo su madre lo era. Pero debía admitir que su padre también pecaba un poco de esnob, y que no paraba de contar historias sobre implantes de pecho y nalgas. No estaba dispuesta a que Barry tuviese que pasar por todo aquello.

—Yo creo que podría sobrevivir a una noche con ellos.

—¿De veras quieres correr ese riesgo? ¿Una noche con mis padres? No

tienes por qué hacerlo.

—Pero quiero hacerlo. Para apoyarte. Porque da la sensación de que estuvieras a punto de viajar al infierno.

—No vas muy desencaminado.

Barry rio otra vez.

—Eres para morirse de risa, en serio. Entonces iré contigo, si te parece bien, ¿de acuerdo?

Laurie asintió.

—Me alegra no tener que pasar por esto yo sola, por una vez. Pero, te lo suplico, luego no te quejes.

—¿De qué?

—Las cosas pueden ponerse muy calientes en el infierno.

Barry sonrió.

—Lo asumiré a cambio de pasar una noche a tu lado.

Ella se sintió conmovida.

—La fiesta empieza a las seis, pero no podré llegar a tiempo. Le he dicho a mi madre que estaré allí a las siete.

—De acuerdo.

—También le he dicho que iré acompañada para que no me busque a ningún pedante. Qué bien que de verdad pueda acudir con alguien.

—Vaya. ¿Así que ya estabas segura de que ganarías?

—No, en absoluto. Nunca te lo habría pedido si no hubiese salido de ti.

—Entonces me alegro de habértelo propuesto. Lo de tu madre suena de maravilla. —Hizo una mueca—. ¿Hay algo que deba tener en cuenta?

—Olvidalo. No importa lo que hagas ni cómo te comportes. Nunca lograrás que se conforme. Lo sé por propia experiencia.

—Bien. Entonces seré yo mismo.

—Perfecto. —Laurie sonrió.

—Por cierto, me encanta que hoy vuelvas a ser tú misma.

—Sí, o me quieren tal y como soy o nada.

—¡En eso estoy completamente de acuerdo contigo! —Le guiñó el ojo con la misma picardía con la que lo hacía Jude Law, y Laurie tuvo una sensación de cosquilleo en el estómago, se puso roja y volvió a sentir que las piernas podrían fallarle en cualquier momento.

—Barry...

Él tampoco estaba quieto del todo; iba cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—Mmm. ¿Qué le vamos a decir a tu madre sobre mí? Si le dijéramos que soy tu novio formal, quizá te dejaría en paz en lo que a los hombres se refiere.

—¿Harías eso por mí?

—Claro que sí. —La miró con ojos radiantes—. Me temo que debo irme. Que tengas un buen día, y espero que vengan muchos clientes apasionados por el té.

—Gracias. Que tengas un buen día tú también, y siento que al final no podamos ir al cine.

—Ya lo recuperaremos. —Dirigió la mano al pomo de la puerta, lo empujó hacia abajo y volvió a soltarlo antes de girarse de nuevo hacia ella—. ¿Qué te parecería el sábado?

—¿De verdad? ¿Quieres quedar conmigo dos días seguidos?

—Sólo si tú quieres.

Asintió feliz. Estuvo a tiempo de advertirle a Barry de la puerta antes de que él se golpeará la cabeza con ella. El primer cliente acababa de entrar en la Tea Corner.

—Buenos días —le saludó Laurie.

—Buenos días, señorita.

—¿Quiere que le ayude en algo o prefiere mirar un poco?

—Echaré un vistazo, gracias.

Laurie se fue hasta la ventana y siguió con la mirada a Barry y su bonito trasero. Realmente quería acompañarla a casa de sus padres y pasar una

noche infernal... sólo por ella. Siempre le estaría agradecida.

—¿Ese té está hecho con naranjas ecológicas? —preguntó el cliente, y Laurie despertó de sus pensamientos y se volvió hacia él con una sonrisa.

—Desde luego. Con naranjas ecológicas de California. —Se acordó de Peter por un segundo al decir *California*.

—Entonces me llevaré un paquete.

—Claro —dijo ella mientras cogía una bolsita y se dirigía a la caja—. ¿Desea algo más?

—No, eso es todo. Gracias.

Cobró al cliente y, en cuanto éste se fue, tuvo que sentarse un momento. Ella y Barry iban a asistir a la fiesta en calidad de pareja. Él se haría pasar por su novio. ¡Seguro que su madre se quedaba con la boca abierta!

Ahora estaba por ver qué se ponía para el evento. Era evidente que quería lucir una buena figura con Barry. Mierda, se había olvidado de decirle que debía vestirse con traje y corbata. Bueno, ya se lo diría más tarde. Primero tenía que encargarse ella de su propio atuendo. Lo mejor sería pedirles consejo a las otras chicas. El próximo encuentro era al día siguiente y, por una vez, tendría algo interesante que contarles. Estaba deseando hacerlo.

Poco antes de las seis de la tarde, Orchid irrumpió en la Tea Corner enormemente emocionada.

—¡Phoebe está embarazada! —anunció.

—¿Vas a ser tía? ¡Es fantástico! —opinó Keira.

—¡Sííí! ¿No es emocionante?

—Muchísimo —le dio la razón Laurie.

Estaban casi todas, sólo faltaba Susan, que apareció por la puerta poco después. Venía acompañada de *Terry*, que no paraba de bostezar y se acurrucó en un rincón rápidamente.

—Ya no tiene pulgas, no temáis —informó de inmediato al resto—. ¿Me he perdido algo?

—Phoebe está embarazada —le anunció Laurie.

—¿Ella también?

Todas se quedaron mirando a Susan.

—No, hombre, no. ¡Yo no! *Terry* ha dejado preñada a la perrita de los vecinos.

—Oh —soltó Ruby.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Keira.

—Pues, primero, que pronto nacerán muchos pequeños *Terrys*, unos *Terrys* con manchitas, porque la perra es una dálmata; y, segundo, que voy a tener que llevar al bueno de *Terry* a que lo castren.

—Pobrecillo.

—Algo así no le iría mal a según qué hombres —comentó Orchid.

—No estarás hablando del marido de Phoebe, ¿no? —preguntó Laurie.

—¡Dios, claro que no! En este caso lo ha hecho perfectamente bien. Phoebe desea tener niños desde que yo tengo uso de razón. Serán unos padres estupendos. —Orchid rio llena de alegría y felicidad—. ¿Y vosotras? ¿Qué hay de nuevo?

Ruby se mantuvo callada pensando.

Keira sacó las galletas de almendra que había traído, y Laurie dijo:

—Bueno, es cierto que yo no puedo competir con noticias como las vuestras, pero...

—¡No estarás embarazada tú también! —rio Keira.

—¿Y cómo quieres que lo esté? Hace un siglo que no me acuesto con un hombre —les recordó a las demás.

—¡Pero ha tenido una cita! —informó Orchid a las demás, esta vez sin ningún tipo de sarcasmo.

—¿Quedaste con alguien? ¡No sería con tu proveedor de té! —preguntó Ruby, que, una vez más, no se había enterado de nada.

—Exacto, con él —reveló Orchid.

Laurie la miró.

—¿Te importaría dejarme a hablar a mí aunque sea por una vez?

—Por supuesto. ¡Cuéntanos!

—Bueno, en realidad no hay tanto que contar. Quedé con Barry para ir a comer, como ya sabéis la mayoría de vosotras. El viernes nos veremos otra vez, me ha pedido una cita. Una cita de verdad. —Estaba radiante de felicidad.

—¿Qué película iréis a ver? ¿Cenaréis antes o después del cine? —Keira mordisqueaba una galleta sin quitarle ojo a Laurie, llena de fascinación.

—Desgraciadamente no vamos a ver ninguna película ni a cenar. Ha habido un cambio de planes. Al final iremos a la fiesta que dan mis padres en el jardín.

—Santa paciencia —se le escapó a Susan.

—¡Ay! —dijo Orchid.

—Yo no quería arrastrarlo hasta allí. Lo de acompañarme fue cosa de él, para que mi madre lo vea.

—¿Y que así tu madre deje ya de querer emparejarte con esos tíos espantosos? —preguntó Ruby.

Una vez había visto a Laurie con uno de aquellos tipos en un restaurante. Ese día había llevado a su padre al mismo lugar para celebrar que cumplía sesenta años. Laurie pudo notar en su mirada lo que estaba pensando. Se preguntaba qué le había llevado a querer salir con un hombre tan arrogante y baboso como aquél.

—Eso mismo. Quizá logremos algo. En cualquier caso jugaremos a ser la pareja feliz.

—Pero tiene que ser creíble —dijo Orchid en el acto.

—Eso está claro. Seguro que al final sale bien, y sin necesidad de besuquearnos todo el tiempo.

—Aun así sería mucho más divertido con el besuqueo. —Orchid se rio.

Justo entonces todas escucharon la campanilla de la puerta. La señora Witherspoon entró en la tienda.

—¿Os molesto, queridas?

Laurie había perdido la cuenta ya de las veces que le había dicho a la anciana que nunca suponía una molestia.

—Claro que no, señora Witherspoon. ¿Quiere que le sirva un té? Hoy toca té de frutas.

—Encantada, tesoro.

Laurie le sirvió una taza y lanzó una mirada a sus amigas. La última vez que se habían reunido prometieron hacer algo, y desde entonces esperaban el momento para decírselo a la señora Witherspoon. Como la mujer no había ido a verlas el miércoles anterior, se morían por anunciarlo.

—La echamos de menos el miércoles pasado.

—Ay, no me sentía bien. Hay días en los que prefiero no salir de casa.

—¿Y ya está mejor? —preguntó Ruby preocupada.

—Sí. Hoy tengo un buen día. Ya sabéis, no es fácil a mi edad. El cuerpo ya no es lo que a una le gustaría que fuera.

Aquellas palabras ratificaban la decisión que habían tomado. Todas corroboraban sus palabras.

—Señora Witherspoon —comenzó a decir Keira, y miró al resto, en señal de respaldo—. Lo hemos estado pensando y nos gustaría llevarla a comer a algún sitio.

—¿A mí? —La señora Witherspoon alzó la vista sorprendida.

—Sí. ¿Qué le parece?

—Puede elegir adónde quiere que vayamos —añadió Laurie—. ¿Qué es lo que de verdad le gustaría comer?

—Oh, ya sé. ¡Hace tanto que no como *stargazy pie*!

Un signo de interrogación se dibujó en los rostros de las cinco amigas. Ninguna sabía a qué se refería.

—¿Cómo dice? —preguntó Laurie, precavida.

—*Stargazy pie*, ¿no lo conocéis?

Todas negaron con la cabeza.

—Es una especialidad de Cornualles, el lugar donde yo crecí.

—¡Ah! —exclamó Orchid, que se atrevió a preguntar—: ¿Y de qué está hecha esa tarta?

—La tarta en sí no es muy diferente de otras, pero el relleno está hecho con patatas, huevos y pescado entero: sardinas. Las cabezas se colocan mirando hacia fuera como si mirasen al cielo.

A Laurie le invadió una sensación de repugnancia. El pescado no era su mayor pasión, aunque de vez en cuando le gustaba comer *fish & chips* o algún jugoso filete de salmón asado con pimienta y limón. Pero desde luego que podía prescindir de las cabezas de pescado. Observó al resto y vio que todas se sentían más o menos como ella. Aun así, ¿quién osaba proponerle a aquella maravillosa ancianita que prefería ir a comer rosbif con pudín

Yorkshire? ¡No! Le habían preguntado a la señora Witherspoon qué quería, y eso era lo que quería.

—Suenan muy... rico —dijo Susan, sin estar muy convencida.

—Es algo inusual —apuntó Keira.

—De alguna manera, anormal —añadió Orchid enseguida, y Laurie le dio un codazo—. Quiero decir, diferente. En cualquier caso, diferente a lo que yo suelo comer.

Sin embargo, la señora Witherspoon no se lo tomó a mal. Estaba radiante.

—Las cabezas de pescado no gustan a todo el mundo, lo sé. Pero la tarta es verdaderamente única, es muy tradicional. Y como sé que nunca más en la vida iré a Cornwall, me gustaría mucho volver a probar este plato. El problema es que hasta ahora no he visto que lo tengan en ningún restaurante de Oxford.

—Para eso existe Google. Seguro que encontramos algún lugar donde lo sirvan. ¿Cómo ha dicho que se llama? ¿*Stargazy pie*? —Orchid cogió su móvil.

La señora Witherspoon asintió.

Apenas cinco minutos después, Orchid había encontrado un pequeño local que ofrecía el *stargazy pie*. Estaba a una buena media hora de camino desde allí.

—No importa. Podemos ir en coche —dijo Laurie.

—En dos coches. No cabemos todas en uno —reflexionó Keira en voz alta.

—Entonces, ¿qué le parece nuestra idea? —Laurie miró directamente a la anciana. Confiaba en que no la estuviesen presionando demasiado.

—¿Será una comida de cumpleaños?

Laurie se detuvo a pensar durante un momento. ¿Cuándo cumplía años la señora Witherspoon? Exacto, en agosto. No se le había ocurrido, pero sería más que perfecto.

—Por supuesto —dijo—. Le prepararemos el mejor cumpleaños de todos

los tiempos.

La señora Witherspoon puso una mano encima de la otra, como hacía siempre que se sentía feliz.

—Sois unos ángeles en la tierra, ¿lo sabíais?

—Qué bobada. Sólo queremos darle una alegría —añadió Orchid—. ¿Cuándo dice que es su cumpleaños?

—El 11 de agosto.

El 11 de agosto. Era un jueves. Laurie lo sabía porque era cuando tenía lugar la feria internacional de té de Hong Kong. Del 11 al 13 de agosto. Lo había estado mirando.

—Creo que cae en jueves. ¿Qué tal si nos vamos en cuanto cerremos la tienda?

—¿Le iría bien entonces? —le preguntó Susan a su invitada.

La señora Witherspoon estaba más radiante que el propio sol cuando asintió con la cabeza.

—¡Pues decidido! —gritó Keira contenta.

Orchid soltó una carcajada con rostro estupefacto.

—¡Todas a comer *stargazy pie*!

—¿Os gustaría oír la historia de la tarta? —preguntó la señora Witherspoon.

—Naturalmente. Estamos deseando oírla —replicó Laurie.

Ya que debían comer algo tan desagradable, como mínimo quería escuchar de qué iba aquella insólita historia.

—Hace mucho tiempo —empezó la señora Witherspoon mientras juntaba las manos y, de pronto, se ponía muy nostálgica—, el invierno era extremadamente frío y tormentoso en Mousehole.

Orchid se rio para sus adentros.

—¿Como la de los ratones?

A Laurie enseguida le vinieron a la cabeza las imágenes de *Tom y Jerry*.

—Exacto. Mousehole es una pequeña localidad de Cornualles, de apenas ochocientos habitantes. ¿Puedo continuar con la historia?

—Claro que sí. Disculpe.

—Era tan tormentoso, que los pescadores no podían salir al mar con sus barcos. Por aquel entonces, el pescado era la mayor fuente de alimentación de los habitantes de Mousehole.

Orchid volvió a reírse para sus adentros y luego lo hizo a carcajadas mientras se daba una palmada en la pierna. Ruby le dio un empujón imperceptible y la miró con reparo, si bien su mirada no se entendía como de enfado porque su aspecto era demasiado dulce.

—Lo siento muchísimo, es que el nombre me parece de lo más cómico.

—¿Alguien tiene cinta adhesiva para teparle la boca? —preguntó Keira.

—Por desgracia, no. —Laurie negó con la cabeza—. Pero creo que Orchid logrará mantenerse callada y dejará que la amable señora Witherspoon acabe de contar su historia. ¿A que sí, Orchid?

—Sí. —Y cerró con un gesto la cremallera imaginaria de sus labios.

Las chicas miraron atentamente a la señora Witherspoon, y ella continuó.

—Así que aquel invierno en Mousehole... —todas se volvieron a una hacia

Orchid, quien al parecer había comprendido ya lo mucho que significaba para la anciana poder explicarles la historia— había un hombre valiente llamado Tom Bawcock que, a pesar de todos los peligros, salió a faenar y pescó tantos peces que todo el pueblo pudo alimentarse con ellos. Sus habitantes cocinaron el pescado en forma de tartas, pero dejaron que las cabezas asomaran hacia fuera para que todos pudiesen ver que de verdad contenían pescado.

—¿No les hubiese gustado igualmente sin? —preguntó Orchid con una mueca—. También podrían haber dejado los rabillos mirando hacia afuera.

—Se llaman colas —le aclaró Keira—. Y la historia es tal y como es. ¡Acéptala y punto!

—Ya lo hago. Quería decir que...

—A mí me parece una historia bonita —dijo Ruby—. Me recuerda a un libro para niños que me leía mi madre cuando yo era muy pequeña. Salía un gato también.

—De hecho, existe un libro infantil que habla de esta historia —dijo la señora Witherspoon.

—¿Sí? A lo mejor resulta que es el mismo. Mañana investigaré. Sería maravilloso encontrarlo de nuevo en el mercadillo de segunda mano.

—Eso sería fantástico —coincidió Laurie, y le puso una mano a Ruby en el hombro. Sabía lo mucho que significaban para ella los recuerdos del tiempo que había vivido con su madre.

—Y ese hombre, Tom Bawcock, ¿se acabó convirtiendo en una especie de héroe? —quiso saber Orchid.

—Uy, sí —ratificó la señora Witherspoon—. Todavía se le conoce en Cornualles, al igual que todos conocen en Oxford a la bondadosa Valerie. Hoy en día, el 23 de diciembre aún se celebra la festividad de Tom Bawcock's Eve. Se hornea una enorme *stargazy pie* y la gente se pasea con ella por todo el pueblo.

—¿Como una especie de desfile? —preguntó Susan.

—Más bien como una procesión. Se honra al héroe de la ciudad. Yo también fui algunas veces cuando era pequeña.

—¿Cuántos años tiene esta leyenda? —preguntó Keira.

—Bueno, nadie lo sabe con exactitud. Parece ser que Tom Bawcock vivió en el siglo XVI.

—¡Vaya! Una época bastante anterior a la de Valerie.

La señora Witherspoon asintió con la cabeza.

—¡Hasta yo siento curiosidad por este plato ahora! —rio Orchid—. Habrá que probarlo, teniendo en cuenta la historia especial que guarda.

—Señora Witherspoon, ¿ha dicho usted que estos acontecimientos tuvieron lugar un 23 de diciembre? —preguntó Keira una vez más—. Entonces fue como una especie de milagro navideño, ¿no es cierto?

—Podría decirse así.

—Es precioso.

—Ya que usted conoce tan bien las leyendas, ¿no podría contarnos alguna sobre Valerie? —preguntó Laurie con curiosidad. Hacía tiempo que no escuchaba ninguna historia nueva sobre ella.

—Dejad que piense. Seguro que todas conoceréis ya las que se cuentan siempre, ¿no? La que sucedió un frío invierno de 1902 cuando la bondadosa Valerie se puso a repartir cien pares de guantes. Tejidos por ella misma, eso sí.

—Sí, ésa la conocemos. —Susan sonrió calurosamente.

—¿Y la historia en la que Valerie ayudó a una mendiga a que diera a luz en medio de la calle?

—Sí, también la conocemos —dijo Keira.

—¿Y habéis oído hablar de la aventura amorosa que, al parecer, tuvo Valerie?

De repente se quedaron todas mirando a la señora Witherspoon sin pestañear.

—¡Ésa me gustaría oírla! —gritó Orchid.

—¡A mí también! —dijo Keira.

—Bueno, no sé si todo lo que se rumorea es cierto —empezó la anciana—, pero dicen que a los treinta y dos años Valerie conoció a un hombre, y se enamoró de él a primera vista.

Laurie aguzó los oídos. ¡Ella también tenía treinta y dos años!

—Valerie llevaba casada con Samuel varios años, eso no hay que olvidarlo. El hombre del cual se enamoró era un caballero de Gales, dicen que se llamaba Isaac. Entró en su tienda para comprar unos cordones para los zapatos, porque los suyos estaban rotos. Cuentan que, aparte de unos cordones nuevos, Valerie también le dio su corazón.

—¿Es cierto eso? ¿Lo descubrió Samuel en algún momento?

—Oh, vaya que sí. Cuando Valerie se quedó embarazada.

Todas abrieron los ojos como platos y se quedaron con la mandíbula abierta.

—¡No! —soltó Susan.

—¡Eso es imposible! —dijo Laurie horrorizada—. ¡Yo pensaba que Valerie no podía tener hijos!

—A partir de entonces se supo que era Samuel quien no podía tenerlos y no Valerie. En cualquier caso, ella se vio entre la espada y la pared. En aquella época la mujer no podía abandonar a su marido tan fácilmente como se hace hoy en día. Los matrimonios no se divorciaban. Pero Valerie estaba embarazada y Samuel lo sabía. Isaac también, aunque puso pies en polvorosa. Así que Valerie se quedó sola y con el niño de otro hombre en sus entrañas.

—¿Y qué ocurrió entonces? —Susan no paraba de morderse las uñas.

—Samuel, que era bondadoso como ninguno, se quedó con ella y decidió aceptar al niño como hijo propio.

—¡Oooh! —dijo Orchid.

—Por desgracia el niño murió en el parto. Valerie tuvo la gran suerte de sobrevivir a este trágico suceso.

—Oh, no. Es terrible —dijo Keira.

A Laurie se le hizo un nudo en la garganta. ¿Por qué a menudo la vida era tan cruel con gente tan buena?

—Es realmente triste. —Orchid no pudo menos que secarse una lagrimita.

—Muchísimo. Ruby, parece como si no estuvieses de acuerdo. —Keira se volvió hacia la más joven del grupo.

Ruby negaba serena con la cabeza.

—Porque no es cierto. Es sólo una de esas leyendas que no tienen nada que ver con la realidad. Nada de nada.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Orchid—. A lo mejor pasó justo así.

—No pasó —dijo Ruby, quien siempre parecía saber mucho más que las demás en lo referente a Valerie. Parecía un poco molesta.

—A mí me gustaría creer en ello. —Orchid cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Por qué resulta una bonita historia que Valerie perdiera al amor de su vida primero y a su bebé después?

¡Vaya! ¿Qué pasaba con Ruby?, pensó Laurie por un momento. Era casi como si le afectase de un modo personal.

Orchid no dijo nada más.

—Si queréis saber lo que ocurrió realmente en aquel tiempo, yo os lo cuento.

Todas la miraron con curiosidad. En ocasiones Ruby se parecía un poco a esos niños que saben cómo contar historias de miedo alrededor de una fogata.

—Cuéntanoslo, por favor —habló Susan.

—Adelante —la animó también la señora Witherspoon—. Quizá soy yo la que está equivocada, puede ser. Como digo, sólo es lo que he podido escuchar durante todos estos años.

Ruby asintió y respiró hondo.

—De acuerdo... Valerie no tenía treinta y dos años, sino veintinueve, esto a modo ilustrativo, e Isaac Lovett no era su amante sino un prófugo a quien

Valerie ayudó. Isaac era sospechoso de asesinato y huyó de Gales. Pero en la acusación no había nada de cierto: su primo le había tendido una trampa. Fuera como fuese, por aquel entonces Valerie había conseguido quedarse embarazada por fin; de Samuel, naturalmente. No le habría engañado nunca con otro hombre; le amaba más de lo que os podéis imaginar. Por desgracia, perdió al niño y ya nunca más pudo volver a quedarse embarazada. Valerie le dio a Isaac Lovett algunas monedas, dos hogazas de pan y la dirección de un abogado londinense que estaba en deuda con ella. Y allí se marchó Isaac: a Londres. Valerie y él no tuvieron ninguna relación amorosa, en absoluto.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —le preguntó Laurie.

—Lo leí una vez en algún sitio. En un... viejo libro de historia.

Como solía pasarle, Laurie tuvo la sensación de que Ruby había conocido a Valerie en persona o que sus historias provenían de fuentes de primera mano. A veces su amiga se comportaba de un modo tan misterioso...

—Igualmente perdió a su hijo, y Samuel se quedó a su lado —dijo Orchid, que quería tener la última palabra.

—Ya empieza a ser tarde —observó Susan al instante. Deseaba evitar que las dos amigas más jóvenes se pelearan—. Creo que es hora de ponerme en camino. Señora Witherspoon, ¿quiere que la acompañe a casa?

—¿No te importa?

—¿Por qué iba a importarme? De todos modos me gustaría dar un paseíto con *Terry*. ¡Vámonos, *Terry*! —le gritó al perro, cuya presencia nadie había notado—. Hasta mañana, queridas. Por cierto, Keira, ya puedes guardarme una caja de estas galletas de almendra. Son buenísimas.

Keira sonrió encantada.

—Es un producto escocés.

—Mañana me paso por tu tienda, ¿vale?

Keira asintió, y Susan, la señora Witherspoon y *Terry*, que las seguía torpe y apáticamente, salieron de la tienda.

—¿Has vuelto a saber algo de Peter? —preguntó Keira una vez que el resto se hubo marchado. No estaba muy segura de que a Laurie le hubiese parecido bien hablar de ello delante de las demás.

—Por suerte, no —contestó Laurie.

—Es un alivio oírlo. Así ya no será un obstáculo y Barry y tú podréis ser felices.

Sí, desde luego Laurie lo esperaba.

—Que acabes de pasar una buena noche, Laurie.

—Gracias, tú también. Por cierto, el viernes sale el anuncio en la revista semanal —se acordó en ese momento. No había podido decírselo a las demás porque Ruby se hallaba delante.

—¿El anuncio de Ruby?

—Exacto.

—Seguro que se alegrará. Tuviste una idea genial.

Laurie confiaba en que Ruby lo viese de la misma manera. No le gustaba tener que pedir ayuda.

Una vez que Keira también se hubo marchado, se puso a recogerlo todo, lavó la vajilla y se llevó la última galleta a la boca.

No pudo evitar sonreír. La tarde había sido maravillosa. ¡Se alegraba tanto de poder compartir aquellos encuentros semanales! No sólo le aportaban felicidad; también la paz necesaria en un mundo donde reinaba cada vez más el egoísmo. Era hermoso contar con unas buenas amigas. No podía imaginarse cómo sería su vida sin ellas.

El viernes por la mañana, Laurie recorrió a pie Cornmarket Street y, al girar en Valerie Lane, vio a Gary sentado en su esquina habitual mirando al cielo.

—Buenos días, Gary —le saludó ella, y le sobrevino un sentimiento de compasión.

Desconocía qué cosas terribles le habrían pasado en su juventud, pero debían haber sido lo bastante serias como para cambiar su vida anterior por una en la calle. Además, tenía la sensación de que Gary no se sentaba en aquella acera porque fuese pobre y no supiera adónde ir, sino por otra razón completamente distinta y poderosa.

—Buenos días, Laurie —contestó a su saludo.

—¿Te apetece una taza de té?

—No te diré que no.

¡Vaya, así de sencillo había sido hoy! No creía que fuese tan rápido. Sería fantástico que fuese igual de fácil con Ruby.

—Pues vamos.

Gary se levantó, dejó la mayor parte de sus cosas en el suelo y sólo se llevó su bolso de bandolera, que desde luego había visto tiempos mejores.

—Hoy hace un bonito día —opinó Laurie respirando la fragancia de las flores y del sol de la mañana—. Es un día perfecto de verano. Apuesto a que hoy todos los clientes querrán comprar té de frutas exóticas. Suele pasar cuando hace calor. Del mismo modo que en los días de invierno vienen a comprar solamente té de especias. ¿Qué te apetecería tomar?

—Es igual.

—En serio, dímelo. Tengo casi todas las variedades de té.

—Pues creo que el té con granada que tienes en el escaparate. Por cierto, se ve genial. Te has vuelto a superar a ti misma con la decoración.

—Vaya, muchas gracias. Eres muy amable.

Llegaron a la tienda. Laurie abrió la puerta y fijó la cuña de madera para dejarla abierta y que entrase en el interior la maravillosa luz de aquella mañana estival. Se dirigió al otro lado del mostrador, llenó el hervidor de agua y lo encendió. A continuación puso en una tetera de vidrio un par de cucharitas de la mezcla del té con granada y sonrió a Gary.

—Siéntate si quieres. Aún queda un cuarto de hora para abrir.

Gary lo hizo y Laurie le sirvió el té al poco rato. Entretanto se apresuró a abrir el buzón y no pudo menos que alegrarse. ¡Era el semanario! ¡El anuncio de Ruby! Hojeó la revista y empezó a buscarlo: debería ocupar un cuarto de página. Y allí estaba. ¡Fantástico! En letra grande se podía leer: RUBY'S ANTIQUES. Debajo aparecía un listado de los artículos que se vendían en la tienda y, al final, la dirección.

—¡Es genial! —gritó—. Gary, ¿te importa que te deje un momentito a solas? —preguntó, y salió corriendo a ver a Keira sin esperar la respuesta.

Keira abrió la puerta rosa de la tienda al ver que Laurie no dejaba de aporrearla. Estaba hablando por teléfono, y su conversación no sonaba demasiado alegre.

—¡Un momento! —susurró, y siguió hablando con la persona que tenía al otro lado de la línea—. No, no pienso que debamos hacer a toda costa una excursión en bicicleta por toda Francia. Hazla tú solo si quieres. Lo siento, pero para mí las vacaciones son un sinónimo de descanso. Unas bonitas vacaciones en la playa. Algún balneario, quizá. Pero nada de deportes extremos... Vale, pues yo sí que lo considero un deporte extremo. Ya sabes que no me gusta coger la *mountain bike*... ¿No podemos hablarlo esta noche? Tengo clientes en la tienda. —Keira puso fin a la conversación y soltó de golpe todo el aire que había estado conteniendo—. Dios, no hay manera de que lo entienda.

—¿Jordan?

Keira asintió.

—¿Quiere que hagáis una excursión en bici?

—Sí. ¡Es que me apasiona tanto ir en bicicleta! —Hizo una mueca—. No paro de pelearme todo el tiempo conmigo misma preguntándome si debería dejar a Kimberly a cargo de la tienda una semana entera, ¿y todo para hacer una excursión en bicicleta? Eso puedo ahorrármelo, ¿no? —Kimberly era la chica que la ayudaba en la tienda: Keira era la única de las cinco que había contratado a una ayudante.

—¿Y por qué no os vais de vacaciones cada uno por vuestra cuenta? —preguntó Laurie.

—Es lo que pasará al final, seguramente. Bueno, dejemos el tema. ¿Ya lo han publicado? —preguntó Keira emocionada.

Laurie le enseñó la página de la revista.

—Aquí está. Es genial, ¿no? Esperemos que con esto Ruby logre atraer un montón de clientes nuevos.

—Confiemos en que así sea.

—Tengo que marcharme. He dejado a Gary solo sentado en la tienda, y ya son casi las nueve.

—¡Que tengas un buen día!

—¡Gracias, igualmente! Por cierto, ¿me puedes dar dos bolsitas de galletas con naranja?

—Por supuesto. —Keira se las dio—. Ya me lo pagarás más tarde.

—Gracias, cariño. Y no dejes que Jordan te estropee el día. Si él no quiere pasar unas vacaciones en un balneario, ya iré yo en su lugar.

Keira se rio.

—¿Dos tiendas de Valerie Lane cerradas por vacaciones al mismo tiempo? ¡No sé si nuestros clientes serán capaces de soportarlo!

—A veces también es necesario pensar en una misma —le contestó Laurie en un tono cariñoso aunque de forma clara.

Keira asintió con la cabeza y le cogió la mano.

—Lo sé.

Cuando Laurie llegó a la Tea Corner, le esperaba una sorpresa. Ruby y Gary mantenían una charla, sentados uno al lado del otro. Ruby sujetaba la revista semanal y dio un salto al ver que entraba Laurie.

—¡No sé qué decir! —gritó—. Seguro que todo esto ha sido cosa tuya, ¿verdad?

—De todas nosotras. Orchid, Susan y Keira también han ayudado.

—Sois increíbles. —Ruby la abrazó—. ¿Cómo podré agradeceréroslo?

—Lo único que queremos es que te quedes en Valerie Lane.

—No tengo intención de hacer lo contrario.

—¿Te apetece un té a ti también? Acabo de hacer uno con granada.

—Suenan muy rico. —Ruby volvió a sentarse junto a Gary. Aquel día parecía más joven que nunca con su vestido azul y su sonrisa—. ¿De qué estábamos hablando?

—De 1912. El año en que se hundió el *Titanic* —le recordó Gary.

—Es verdad. La bondadosa Valerie también murió ese año. Tan sólo tenía cincuenta y tres.

—¿De qué murió?

—Arrastraba una gripe. —Ruby negó con la cabeza, consternada.

—Vaya. Pensaba que habría sido de cólera o viruela. Pero de gripe...

—Fue una tragedia de verdad.

Laurie se alegraba mucho de verlos juntos y, sobre todo, de escucharlos hablar. Estaba claro que los dos tenían intereses en común. Tan pronto entraron los primeros clientes, ambos se levantaron y se fueron caminando hasta Ruby's Antiques, y no fue hasta horas después que Laurie vio a Gary pasar de nuevo por su escaparate.

A las seis y cuarto de la tarde, Laurie se miró satisfecha en un pequeño espejo

que había en la trastienda de la Tea Corner. No podía verse las piernas, pero le pareció que de cintura para arriba no estaba tan mal. De todos modos nunca podría complacer del todo a su madre.

Se tocó el flequillo y se detuvo a pensar si debería dejarse el cabello suelto aquel día. Casi nunca lo hacía; una cola de caballo o un moño recogido resultaban más prácticos en la vida diaria. Pero aquél no era un día cualquiera: era el día de su primera cita de verdad con Barry... ¡y con sus padres!

Miró de nuevo a la esquina, pero seguía sin verle. Dos días antes le había hecho una llamada rápida para decirle que resultaría menos estresante que la fuera a buscar a la tienda. Tan sólo tenía que llevar su vestido consigo para cambiarse. Además, le había pedido que se pusiera traje y corbata.

—¿Con este calor? —le había preguntado él.

—De verdad que lo siento.

—Está bien. A ver si encuentro alguno apolillado en lo más hondo de mi armario.

Desde ese instante había estado preocupada pensando en que aquel viejo y apolillado traje bastaría para que su madre no parara de quejarse hasta el fin de sus días. Pero después de pintarse los labios de color rosa pálido, ponerse el rímel en las pestañas y echar otro vistazo afuera, respiró aliviada.

Barry la esperaba ya frente a la puerta de la tienda y su aspecto era algo más que fantástico. En absoluto se diría que su traje estuviese apolillado, al contrario, más bien parecía un modelo de Hugo Boss. Nunca hubiese pensado que un traje podría quedarle tan fabulosamente bien.

Laurie sonrió otra vez delante del espejo y decidió por fin que se dejaría el pelo suelto; se quitó el pasador y sacudió bien su cabello a un lado y otro.

—Hola, Barry —dijo ella consciente de que estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Ey, Laurie —la saludó Barry, y le dio un beso en la mejilla—. ¿Llego demasiado pronto? ¿Estás lista, novia formal?

Ella rio y dijo que sí, agarró el bolso negro y la fina chaqueta rosa y cerró la puerta tras de sí.

—Estás genial, Laurie.

—Eso mismo iba a decirte yo. No parece que tu traje esté tan apolillado.

Barry desplegó una amplia sonrisa.

—No tenía nada que ponerme para la ocasión, así que pensé que debía comprarme uno nuevo.

—¿Te lo has comprado expresamente para la fiesta? —Se sintió culpable porque a buen seguro no se trataba de un traje barato.

—Seguro que podré usarlo alguna vez. Dentro de diez años, cuando me inviten a otra fiesta elegante en un jardín o algo por el estilo.

Sí, tenía suerte de no verse obligado a asistir muy a menudo a acontecimientos de ese tipo. Por el contrario, ella contaba con un armario lleno de una considerable variedad de vestidos. Lo peor de todo era que su madre llevaba la cuenta exacta de lo que se ponía, por lo que era imposible llevar dos veces lo mismo.

Aquella tarde había ido al centro comercial expresamente para comprarse uno nuevo. No sólo debía ser del agrado de su madre, también tenía que dejar impresionado a Barry. Keira la había ayudado con la elección. Por fin, en la duodécima tienda, habían encontrado lo que buscaban: algo barato pero no vulgar, que le sentara bien y al mismo tiempo fuese elegante y sexi. Cuando salieron de la tienda Keira estaba exhausta. Laurie quiso invitarla a comer una pizza en señal de gratitud.

Hoy se había puesto el vestido nuevo, largo y ligero, de color rojo y rosa y con flores estampadas, y parecía que había acertado con él.

—Está bien, novio formal. Espero que te hayas guardado la etiqueta con el precio del traje. Después de esta noche, te negarás a asistir a una segunda fiesta en un jardín —dijo ella.

Barry se rio.

—Las fiestas en el jardín no están mal, en realidad. Aunque me gustan

más las informales: con pantalón corto y unas deportivas. Me muero de ganas por conocer a tus padres.

—¿Te he dicho que están forrados?

—No, pero me lo imaginaba. Nadie organiza fiestas en un jardín con traje y corbata.

—Pero yo no soy así, espero que lo sepas.

—Laurie, ¿hace cuánto que nos conocemos? ¿Seis meses?

—Más o menos, sí.

—Creo que en estos seis meses te he conocido lo suficiente para saberlo.

Una vez más, Laurie sintió que se le reconfortaba el corazón al ver el modo en que la miraba Barry. Hubiese deseado sujetar su mano entre las suyas, pero no se atrevía a cogérsela. Confiaba en que fuera él quien diera el primer paso. Pero mucho más que su mano, hubiese dado lo que fuera por sentir en ese instante los labios de él en los suyos. Todavía podía sentirlos en la mejilla...

Fueron hasta el coche de Laurie y subieron a él.

—Podríamos haber cogido el mío —dijo Barry cuando se pusieron en marcha.

—¿Tu furgoneta de reparto? Por favor, no quiero que te lo tomes a mal, pero si mi madre nos ve llegando en eso...

—Lo entiendo. No pasa nada. Esta noche dejaré de ser Barry, el tipo del té, y seré..., a ver..., tendré que pensar en algo. ¿A qué se dedican tus padres, en realidad?

Se detuvieron en un semáforo.

—Mi madre era profesora particular. Enseñaba en casa a niños ricos.

—Ah. ¿Por eso es tan estricta?

—Sí, eso parece.

Puede que aquello explicase lo severa que era, pero no los constantes sermones. A veces Laurie pensaba que quizá se comportaba así porque era infeliz. Tenía todo lo que cualquiera pudiese desear: una enorme mansión,

varios coches de lujo, los vestidos más elegantes..., pero ¿realmente la satisfacía todo aquello? Puede que, de cuando en cuando, echase de menos su vida anterior. La enseñanza. No tener que estar día sí y día también bajo la atenta mirada de las otras mujeres de la alta sociedad. Era probable que su madre también hubiese perseguido algún sueño, y que por eso no soportara a Laurie, porque ella sí que había sabido cumplirlo. Si estaba en lo cierto, sólo podía sentir pena por ella...

—¿Y tu padre?

—Era traumatólogo. En los años noventa abrió su primer balneario, donde también hacían operaciones de aumento de pecho, tratamientos de bótox y liposucciones. Hoy dirige cinco centros iguales a éste y, en realidad, podría dedicarse a la buena vida, pero de vez en cuando le gusta echar una mano. — Sobre todo a su madre, cuyo rostro terso segurísimo que no era natural.

—Así que tu madre ya no trabaja, si lo he entendido bien.

—Bueno, también se podría considerar trabajo el hecho de que se dedique a mantener su imagen. En todo caso, hace veinte años que cambió por completo la vida que llevaba por la de una esposa rica.

—Debo admitir que me alegra mucho saber que no has salido como ella.

—Hasta ahora tampoco he conocido a ningún hombre rico —bromeó Laurie.

—Estoy seguro de que ése no es el único motivo.

Barry sonrió y notó cómo la miraba.

—Por cierto, hoy estás guapísima. Me gusta cómo llevas el pelo.

¡Sí! ¡Había acertado de lleno!

—Gracias. —Sentía mariposas en el estómago; también podrían ser aviones jumbo.

Por fin llegaron a la mansión de sus padres. Barry bajó del coche, rodeó el vehículo y le ofreció su brazo. Ella se agarró a él. Así caminaron hasta la inmensa casa donde Laurie pasó su infancia.

—¡Vaya! —Barry estaba boquiabierto mientras subían por el sendero de la casa—. ¿Así que es aquí donde creciste?

—Nos mudamos aquí cuando yo tenía siete años. Pero, en efecto, aquí he pasado la mayor parte de mi infancia.

—¿También teníais criados y todo eso? Un criado, una cocinera... ¿Alguien que os abanicara?

Laurie no tuvo más remedio que reírse. Estaba segura de que Barry no lo decía por envidia. Él era capaz de prescindir de todo aquello.

—No. No había nadie que nos abanicara. Aunque por entonces mi madre tenía un ama de llaves que limpiaba y cocinaba. Estaba bien, porque mi madre cocina de pena.

—¿Y tú sabes cocinar? —le preguntó él por sorpresa.

—Bueno, diría que no tengo muy por la mano cocinar un menú de cuatro platos, pero la lasaña o el minestrone me salen bastante ricos.

—Me encanta la lasaña.

—Cuando quieras, vienes a casa y te hago una —se atrevió a proponerle.

—¿Es eso una invitación? —preguntó él guiñándole un ojo.

Laurie asintió y sus mejillas se encendieron.

—Entonces iré con mucho gusto. Llevaré mi famoso bizcocho; el postre es lo único que se me da bien.

—¿De verdad? Pues los dos formaríamos un buen equipo. —Enseguida se dio cuenta de lo que había dicho: ¡acababa de abordar la posibilidad de que pudiesen compartir un futuro! Miró a Barry con disimulo. Él tan sólo reía, no parecía estar pensando en nada más. Cambió de tema aliviada—: ¿Qué lleva

tu famoso bizcocho? —Era un postre hecho a base de diferentes capas que podía elaborarse de maneras muy distintas.

—¿Quieres que te lo diga de verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—Muy bien, entonces voy a explicarte mi receta secreta. Pero no puedes decírsela a nadie.

—Lo prometo. ¡Pero no me dejes con la intriga!

Barry observó a su alrededor para asegurarse de que no había nadie que los escuchara. Se llevó una mano a la boca y susurró:

—Veinte galletas desmigadas, una lata de trocitos pequeños de melocotón, un vasito de yogur de cereza, un vaso de guindas y, para terminar, una buena porción de nata montada.

Laurie rio con un resoplido.

—¡Vaya! Eso sí que es un postre especial. ¡Además, requiere un montón de esfuerzo!

—Sí, no es nada fácil.

—Claro.

—Oye, a mi hermano Eric le encanta. Hay veces que viene a verme sólo por mi bizcocho.

—¿Tu hermano, el del piercing en el ombligo? —Tuvo que reírse al recordar lo que Barry le había contado hacía dos meses acerca de su hermano. Después de una noche de borrachera, se había despertado con aquel piercing tras haber perdido una apuesta.

—Ese mismo. Sólo tengo uno, por cierto.

—Pues tu bizcocho tiene que estar buenísimo. Parece que Eric tiene criterio. —Sonrió a Barry con ironía—. Ya tengo ganas de probarlo.

Barry le devolvió la sonrisa.

Laurie había notado que él caminaba más despacio conforme se iban acercando a la casa, y ella se había adaptado a su ritmo. Sólo faltaban diez pasos hasta la entrada. Barry se detuvo.

—Tengo un poco de miedo. ¿Debería tener en cuenta alguna cosa más?

—Como te he dicho, mi madre siempre le pone pegadas a todo. Así que no hace falta que intentes nada.

—Bueno, a eso se le llama tener buenas perspectivas. ¿Y cómo es tu padre?

—Es bastante desenvuelto. Debe serlo, de lo contrario no podría soportar a mi madre.

—Entonces ¿a lo mejor él sí me pone buena nota?

—Claro. —Lo decía en serio—. Barry, antes de nada quiero que sepas algo. El hecho de que hayas venido conmigo a casa de mis padres no significa que... Me refiero a que, aunque finjamos ser una pareja aquí, no significa que...

—Entiendo lo que quieres decir. De todos modos, pienso que es un buen ejercicio fingir que somos pareja para ver qué tal nos va juntos.

Sintió que le recorría un agradable cosquilleo. ¿De verdad había dicho aquello o sólo lo había soñado?

—Oh —fue todo lo que ella dijo. Salió de su boca más bien como si se tratase de una especie de graznido.

—¿Y hay algo más que resulte significativo? Debería saber algo más sobre ti si voy a ser tu novio.

Laurie intentó guardar la compostura.

—De acuerdo, te haré un breve resumen antes de que entremos en la casa. No tengo hermanos, pero tengo tres primas que siempre han sido como tres hermanas para mí. Son las hijas de Linda, la hermana de mi padre. Fui a un colegio privado, por suerte mi padre pudo imponerse para que no me dieran clases en casa. Acabé la escuela a los dieciocho y me fui a estudiar a Oxford. Estudié Ciencias Económicas y Relaciones Públicas. Mientras estaba en la universidad, conocí a un chico, Peter, que era un par de años mayor que yo, y me casé con él. —Contuvo la respiración y miró a Barry. Pensaba que vería horror o, como mínimo, asombro en su rostro, pero ni parpadeaba. Sólo la

miraba y seguía escuchándola—. Mis padres se opusieron a él desde un principio. Era..., es fontanero. Al menos oficialmente. Extraoficialmente trabajaba aquí y allá, cuando le surgía algo. Había estado trabajando en una granja de la India a cambio de alojamiento y comida. Se fue a Canadá para ayudar a recolectar el sirope de arce y a Italia para la cosecha de tomates. Peter no pasaba demasiado tiempo en un mismo lugar; era un trotamundos, un espíritu libre. Quizá por eso me casé con él, como un modo de rebelarme o algo parecido. De alguna forma yo misma sabía que no era el hombre apropiado para mí. Después de que me hubiese engañado con media ciudad, le pedí el divorcio.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados? —quiso saber Barry.

—Dos años.

—Siento que no saliese bien.

—Bueno, de hecho no debería haber sucedido nunca.

—¿Seguís en contacto?

—Sí, esporádicamente. A decir verdad, las cosas entre Peter y yo son algo complicadas. De vez en cuando se presenta en mi casa... Pero hace poco le dije que había conocido a alguien... No me refería a ti, claro —añadió deprisa—. Sólo deseaba... que me dejara en paz por fin. Al menos, eso espero que haga.

Barry no tenía que ser muy listo para darse cuenta del tipo de relación que tenían Peter y ella, o que habían mantenido hasta ahora.

Se hizo el silencio un instante. Puede que sólo hubiesen pasado cinco segundos, pero Laurie tuvo la sensación de que habían sido cinco minutos. Luego Barry dijo:

—Sí, yo también lo espero.

—¿Has estado casado alguna vez? —preguntó ella enseguida. Se sentía incómoda y quería evitar cualquier pensamiento sobre Peter.

—No. Hasta ahora no he encontrado a la mujer con la que casarme. Una vez estuve a punto de hacerlo..., pero parece que tampoco era el momento.

—Algunas personas no tienen suerte con el amor.

—Así es. Pero siempre pueden cambiar las tornas. —Él la miró a los ojos y ella se puso muy nerviosa de repente.

—¿Te parece que entremos? —le preguntó—. Mi madre ya debe de estar enfadada porque llegamos tarde.

—Pues no queremos que se enfade más aún.

Barry le ofreció la mano y ella se la cogió. Al fin y al cabo, tenía que parecer que eran una pareja de verdad.

Subieron los peldaños y Laurie llamó a la puerta. Uno de los empleados contratados para la fiesta les abrió y les hizo pasar. Una vez dentro, Barry no pudo menos que mostrar su asombro. El vestíbulo estaba lujosamente amueblado, el suelo de mármol resplandecía y varias lámparas de cristal colgaban del techo. Una amplia escalera conducía hasta el primer piso donde en su día estuvo la habitación de Laurie. Hacía tiempo que la habían convertido en un cuarto más de invitados.

—Ahí están mis padres —dijo ella mientras estaban en la terraza con vistas al jardín.

Señaló al hombre de traje blanco y piel bronceada y a la elegante mujer con un moño austero y vestida también de blanco. La mayoría de la gente vestía de blanco.

—¡Caramba! ¿Ésos son tus padres?

—Sí, vamos.

Atrajo a Barry hacia ella y se acercó a sus padres. Presentarse allí con alguien a su lado producía una sensación fabulosa. También cogerle de la mano por fin, a pesar de que sólo estuviesen fingiendo.

—Buenas noches, mamá —dijo ella—. Hola, papá.

Su madre se volvió hacia ella y asintió con un saludo.

—Buenas noches, Laura.

—Laurie, me alegro de que hayas podido venir —dijo su padre muy contento abrazándola con naturalidad—. ¿Has venido acompañada?

—Es Bartholomew Lohan, mi novio. Barry, te presento a mis padres, Judith y William Harper.

Barry les tendió la mano con sinceridad y sonrió.

—Es un placer conocerlos por fin. Laurie me ha hablado mucho de ustedes.

—¿De verdad? De usted no nos ha dicho una palabra hasta ahora —replicó su madre.

Su padre se rio.

—Tu madre no creía que fueses a traer de verdad a alguien hasta que lo ha visto. Estoy seguro de que ya estaba buscando por ahí a algún soltero para presentártelo.

Por supuesto, no podía ser de otra manera.

Una camarera pasó por delante de ellos con una bandeja llena de copas de champán. Barry cogió dos y le alcanzó una a Laurie. Probablemente ambos iban a necesitarlo. Ella bebió un buen trago de la suya.

—Te debo una disculpa, Laurie. No pensé que fuera cierto.

—¿Quieres que te cuente la verdad? —preguntó su padre—. Hicimos una apuesta sobre que a lo mejor eras lesbiana.

Pero ¿qué estaba diciendo? Laurie se atragantó con el champán y acabó tosiendo como loca. No se atrevía a mirar a Barry. Él le dio unos suaves golpecitos en la espalda y se rio.

—Entonces, ¿quién ha ganado la apuesta? —preguntó.

Era un verdadero tesoro. Conseguía salvar cualquier situación desagradable con un solo comentario.

Su padre hizo un gesto de victoria.

—¡Toma ya! ¡He ganado! Judith, me debes cien.

Su madre puso los ojos en blanco. Al parecer no le había hecho demasiado gracia que su marido fuese contando lo de la apuesta.

—¿A qué se dedica, señor Lohan? —preguntó ahora haciendo que toda esperanza de Laurie se desvaneciese. Era cuestión de segundos que su madre

desaprobara también a aquel hombre.

Barry respiró hondo, y lo hizo de un modo tan discreto que era probable que sólo Laurie lo advirtiese.

—Soy el director principal de un comercio mayorista internacional.

Laurie estuvo a punto de atragantarse de nuevo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué comercializan?

—Té —respondió Barry.

—Vaya, sois tal para cual —se alegró su padre al tiempo que se disculpaba porque acababa de divisar a uno de sus amigos más cercanos—. Que acabéis de pasarlo bien. Nos vemos luego, ¿no?

—Claro, papá.

—Yo también tengo que dejaros —dijo su madre—. Voy un momento a empolverarme la nariz. —Lo que probablemente significaba que iba a engullir una pastilla para el dolor de cabeza.

—¿Un comercio mayorista internacional? —susurró Laurie en cuanto sus padres no pudieron oírla.

—A ver, en mi almacén guardo algunas cajas que son bastante grandes.

—¿Y lo de director principal?

—Puedo hacer que me llamen como yo quiera, al fin y al cabo soy el jefe.

—Un jefe sin empleados.

—¿Por qué no te has presentado directamente como presidente de la empresa? —preguntó ella riendo.

—Eso ya me parecía menos creíble.

Lo pasaron estupendamente toda la noche. Bromearon sobre la gente estirada y rica de la fiesta y probaron algunas cosas repugnantes como caracoles al vino y huevos de codorniz rellenos. Incluso jugaron a ponerle nota del uno al diez según lo repugnante que resultaba el plato. Laurie nunca se había divertido tanto en una fiesta de sus padres en el jardín.

Al final de la noche llevó a Barry hasta donde éste había dejado su furgoneta. Barry no bajó enseguida de su coche. En lugar de eso dijo:

—Antes me has hablado del *stargazy pie*. ¿No salía en algún cuento para niños?

—Sí, exacto. Es genial que conozcas la historia. A mi amiga Ruby le trae recuerdos de la infancia. Hace poco, en nuestro encuentro de los miércoles, hablamos sobre ello con la señora Witherspoon, una de mis clientas más antiguas. Ella es de Cornualles, claro, de donde procede esta historia. Y el *stargazy pie*.

—Lo hacen con un montón de pescado, si no recuerdo mal. Y las cabezas sobresalen de la tarta. —Hizo una mueca.

—Sí, lo sé.

—¿Y no podían haber dejado las colas mirando hacia fuera en lugar de las cabezas?

—Eso mismo dijo Orchid.

—¿Es muy amiga tuya? —quiso saber Barry.

—No la conozco tanto como a las otras propietarias de las tiendas de Valerie Lane, pero todas somos amigas y estamos muy unidas en comparación con el resto de las tiendas de Cornmarket Street y el centro comercial. ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo porque me interesa saber con quién pasas el tiempo. Cómo son tus amigos. Me gusta saber cosas de ti.

Se acercó un poco más a ella. ¿Iba a besarla por fin? Sentía que temblaba en su interior, el corazón le palpitaba sin parar. Pero de repente volvió a alejarse de ella y dejó a Laurie totalmente perpleja.

¿Por qué lo había hecho? No quería que él notara su decepción, así que continuó con la charla.

—Por cierto, pronto no tendré más remedio que probar ese espantoso *stargazy pie*, y mis amigas de Valerie Lane también.

—Está bien que queráis hacerlo por ella.

—Sí, ¿verdad? —Sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué edad tiene la buena mujer?

—No lo sé. Pero ya es muy mayor, debe de rondar los ochenta. Por cierto, el 11 de agosto es su cumpleaños. Tú estarás en Hong Kong, ¿no?

—Veo que te acuerdas.

—Claro. Tengo que organizarme con la tienda —se excusó ella.

—Sí. Se acerca la fecha. Debo confesar que estoy emocionado como un niño. Ya hace mucho tiempo que tengo ganas de ir a esta feria del té.

—Es genial que por fin puedas hacerlo.

—Sí, yo también lo pienso. Aunque echaré mucho de menos a alguien.

—¿Ah, sí? ¿A tu hermano? —En su interior esperaba que estuviese refiriéndose a ella, pero algo así no podía preguntárselo tan directamente.

—A él no tanto, en realidad. A mis pequeños futbolistas, los echaré de menos.

La llama que acababa de encenderse en el corazón de Laurie volvió apagarse enseguida.

Había renunciado a que Barry le diese un beso de despedida. Y, en efecto, se despidió de ella con un ligero abrazo, del mismo modo que la abrazaban Susan o Ruby.

Laurie volvió a casa con una sensación incierta. A pesar de que aquélla había sido una noche fantástica, se preguntaba si Barry no la veía más bien como una amiga, una compañera. Se habían divertido mucho, habían tonteado... ¿Era posible que hubiese algo más entre ellos?

Al día siguiente Laurie se despertó con un terrible dolor de cabeza. No había podido pegar ojo pensando una y otra vez en la noche anterior. Se preguntaba por qué Barry se habría comportado con ella de un modo tan amistoso.

Apenas habían vuelto a ver a su madre en la fiesta; había ido al encuentro de otras mujeres elegantes y esnobs con estiramientos faciales para conversar sobre tenis y golf, las dietas más eficaces para perder peso y los nuevos métodos de liposucción. Sin embargo, se diría que a su padre sí le había caído bien Barry: le había ofrecido uno de sus cigarros caros, había bromeado con él y había acabado presentándole a algunas personalidades. Barry no parecía haberse sentido tan incómodo como ella había pensado en un principio. Quizá sabía más que Laurie sobre cómo afrontar situaciones como aquélla.

La noche había ido muy bien de principio a fin; de verdad creía que acabaría con un beso o una despedida amorosa. En su lugar, Barry la había tratado como a una amiga, como si la conociera desde hacía años y fuese incapaz de verla como algo más. ¿Habían sido imaginaciones suyas el momento en que él había estado a punto de besarla? Ni siquiera habían hablado de qué iban a hacer el sábado.

Le hubiese gustado enviarle un mensaje a Barry en plena noche, mientras yacía despierta mirando el techo a las tres y media de la madrugada. Se moría por preguntarle por qué había afirmado que aquella relación fingida era una buena oportunidad para ver si ambos estaban hechos el uno para el otro. ¿O quizá eso también era fruto de su imaginación? Ya no estaba segura de nada. Prefirió olvidarse del mensaje y, en su lugar, pensó en posibles escenarios que podían darse. El modo en que ella le besaría a él cuando se despidiesen:

¿cuál sería su reacción? Cómo le confesaría su amor por fin y él le respondería que sentía lo mismo desde la primera vez que la vio...

En algún momento de la noche se quedó dormida. Naturalmente sonó el despertador a las siete de la mañana y la arrancó de su sueño. Era sábado, y los sábados también abría la Tea Corner a las nueve de la mañana.

Una vez consiguió reunir fuerzas, se miró al espejo y se asustó. Los zombis de la serie *The Walking Dead* no eran nada comparado con ella.

Ni siquiera una taza de café bien cargado y una rebanada de brioche pudieron ayudarla a recuperarse. Estaba totalmente agotada. Era como si hubiese cogido la peor borrachera de la historia, aunque sólo había bebido dos copas de champán en toda la noche; tenía que sentarse al volante y no quería que su relación con Barry acabase en la tumba antes de que se hubiese materializado.

Salió de casa con un pantalón de algodón negro y una camiseta de manga corta del mismo color que acentuaban su apariencia de zombi. No podían faltar las gafas de sol oscuras.

—Hola, Laurie. ¿Qué tal fue ayer? —le preguntó Keira contenta, cuando tomaba Valerie Lane poco antes de las nueve.

Keira estaba enfrente de su chocolatería como una alegre flor de verano mientras Laurie se veía a sí misma como una especie de diente de león feo, viejo y torcido que ni siquiera había tenido la oportunidad de convertirse en una flor de verdad... Un diente de león cuya bola plumosa blanca era capaz de viajar hasta las nubes de un solo soplo para quedarse y no volver. Pero allí estaba ella, atrapada en el suelo, y sus nubes ya se habían disipado; Barry se había encargado de empujarlas bien lejos.

Laurie soltó un gemido.

—No hables tan alto —susurró, y se acercó un par de pasos hasta su amiga.

—Cielo santo, ¿qué te ha pasado? ¿Bebiste más de la cuenta? —Keira no se acordó de bajar el volumen de la voz.

Laurie volvió a gemir.

—No, es que no he dormido nada.

—¡Vaya! ¿Qué habéis estado haciendo toda la noche?

—Nada en absoluto. Me la he pasado despierta en la cama pensando en cómo he vuelto a meter la pata.

—¿Por qué? —preguntó Keira.

—Me dio un simple abrazo para despedirse. Y ya. Creo que no quiere ser más que mi proveedor de té.

—Eres demasiado amable. Como una pagafantas. Deberías intentar mostrarte más sexi. Haz que baile a tu alrededor, usa tu encanto femenino.

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo?

—Para empezar, no deberías ir por ahí como si fueses la muerte en persona.

—Hoy no tenía ganas de ponerme colores vivos.

—Pero esta noche habéis quedado para ir al cine, ¿no? ¿Es que quieres ir así?

—Ésa es la otra cuestión. No ha vuelto a decir ni una palabra de nuestra cita. Seguramente habrá cambiado de idea. Mis padres deben de haberle espantado.

—Deja ya de verlo todo de color negro. Anímate de una vez, tómate una pastilla para el dolor de cabeza y bebe mucha agua. Luego espera. Estoy segura de que te llamará hoy.

—Sí, para anular la cita.

—¡Basta! —exclamó Keira con severidad—. No me gusta verte así. Quiero que vuelva la Laurie alegre, mi amiga, la que siempre ve el vaso medio lleno.

—Pues ahora mismo el vaso está vacío del todo, lo siento. Probablemente mañana me sentiré mejor. Ahora debo ir a la tienda, ya son más de las nueve.

—Pues al menos trata de mejorar un poco ese humor con tus clientes, señorita zombi.

—Sí, sí... —dijo Laurie, y abrió la tienda.

El día transcurrió más despacio que nunca. Las horas se negaban a seguir su curso. Laurie se notaba cansada y estaba desesperada. A las dos de la tarde, Barry seguía sin llamar.

—No me queda té marroquí de menta, lo siento. Pero puedo ofrecerle uno de aquí que es ecológico y sabe exactamente igual de bien —le explicaba a una clienta.

—Pero es que quería el de Marruecos. ¿Cuándo volverá a tenerlo?

—El martes. —Cuando Barry le llevara el pedido: si es que se lo llevaba.

La clienta se marchó. A Laurie no le hubiese extrañado que dejara de venir para siempre. Miró su móvil.

—¡Por favor, haz que suene ya! —le suplicó.

Y entonces sonó.

—¿Laurie? Hola, soy Barry.

—Barry, hola.

—¿Cómo estás?

—Genial —mintió ella—. ¿Y tú?

—Bien, también. Aún no hemos hecho planes para esta noche.

—¿Sigue en pie lo de hoy? —preguntó sorprendida.

—Claro que sí. A no ser que tú ya no quieras.

—Por supuesto que quiero. Sólo pensaba que... Bueno, olvídalo, no importa. ¿Vas a venir a recogerme?

—¿A la tienda?

¡Por Dios, a la tienda no! Antes tenía que ir a casa para cambiarse y asearse un poco.

—Preferiría que vinieras a buscarme a casa. ¿Te va bien a las siete y media?

—Perfecto.

—¿Tienes mi dirección?

—Claro. Me enviaste un mensaje con ella hace poco. ¿Dónde quieres que

reservemos una mesa?

—Elige tú. Pero que no sea comida india, por favor. Y tampoco *stargazy pie* —añadió. No quería ni pensar en ello.

—De acuerdo —rio Barry—. ¿Qué me dices de un bistec?

—Fantástico.

—Entonces haré la reserva para las ocho. ¿Crees que llegaremos a tiempo?

—Seguro. Nos vemos luego.

—Hasta luego. Tengo ganas de verte.

—Yo también. —¡Si supieras cuántas...!

Laurie recuperó el humor enseguida. De un soplo, Barry había logrado que las nubes se acercaran un poco más hasta donde ella estaba, y ahora podía sentir de nuevo una mínima esperanza de aterrizar sobre ellas. En realidad, las nubes podrían hacer las veces de cama; la cama en la que confiaba aterrizar con Barry... algún día. Estar tan cerca de él resultaba irresistible. Se moría por saber por fin qué se ocultaba bajo aquellas camisetas de rock que llevaba en verano, bajo las camisas de leñador que llevaba en invierno.

Hablando de ropa... ¿Qué se iba a poner aquella noche? Un asador no era un sitio para ir elegantemente vestida, pero tampoco quería llevar un vestido demasiado sencillo y aburrido. Debía parecer sexi, le había dicho Keira. Pero ¿qué cosas eran *sexis*? Necesitaba ayuda.

—¡Orchid, tienes que ayudarme! —le dijo rápidamente aferrada al teléfono.

—¡Voy en un minuto!

—No, no. Tampoco es tan importante como para que tengas que cerrar la tienda por mí. Bastará por teléfono. Dime..., ¿qué significa sexi?

—¿Cómo dices? —Orchid parecía realmente desconcertada.

—Esta noche salgo con Barry. Primero iremos a cenar y después al cine. Pero es que no sé qué ponerme. —Una pareja entró en la tienda y ella continuó susurrando al teléfono—: Quiero parecer sexi, ¿sabes lo que quiero decir?

La cosa ya había salido mal cuando, con quince años, tuvo su primera cita con Ronald Shrine. Samara, su mejor amiga por aquel entonces, le había dicho que debía parecer sexi a toda costa. Y lo intentó. Se puso una minifalda que le prestó su amiga con unos tacones altos de su madre. Y la cita había acabado con un pie torcido dieciocho minutos después de que empezara.

—Ya está todo hecho, cariño. Sólo tienes que ser tú misma.

—Pero no me ayuda a progresar con Barry en absoluto. No es capaz de verme como... como yo desearía que me viera.

—¿Estás ciega? Hace poco se te comía con los ojos en la tienda.

—¡Tú sí que estás ciega! ¿Me das un segundo? Tengo que atender a unos clientes. —Dejó a un lado el teléfono. Preparó el té al señor y la señora Mornington y les sirvió bizcocho en un plato. Enseguida regresó con Orchid —: Está bien. ¿Qué debo hacer entonces? Quiero que se vuelva loco por mí.

Orchid se rio.

—Pues vete al cine *blank*, si puede ser con minifalda, y así lo sabrá.

—¿Qué quieres decir con *blank*?

—¿No conoces la expresión? Pues eso, sin ropa interior.

Laurie se sorprendió una vez más al escuchar a Orchid. Se preguntó si su amiga no tendría clientes en la tienda ese sábado por la tarde o si simplemente le daba igual que pudiesen estar escuchando su conversación.

—¡Orchid! Estás como una cabra. No quiero parecer una buscona, sólo quiero que me desee, que me considere algo más que su mejor clienta o su compañera. ¡Quiero que me bese por fin de verdad!

—No sé dónde está el problema. ¡Bésale tú y ya está! —replicó Orchid.

—No, no puedo hacerlo, soy algo anticuada para eso, y me gustaría que fuera Barry quien diese el primer paso. Especialmente porque ni siquiera sé si él me quiere. Sería patético que yo le besara y él sólo quisiera que fuésemos amigos.

—¿Y ayer no te acompañó a casa de tus padres? ¿Cómo fue?

—Sí, sí que vino. Estaban los pedantes de siempre, con mi madre

haciendo de reina.

—¿Se quedó hasta el final?

—Sí.

—¿Y esta noche quiere volver a verte?

—Sí.

—¡Entonces está loco por ti! Créeme. Sólo tienes que confiar un poco más en ti misma, creer un poco más en ti.

Laurie no tuvo más remedio que volver a dejar el teléfono a un lado porque acababan de entrar dos mujeres de median edad en la tienda. Para ella no había nada más apasionante que hacer que sus clientes saborearan el té. Sin embargo, ahora tenía en la cabeza algo más que sus apreciadas mezclas. Aun así les obsequió con una sonrisa y les explicó los ingredientes de las variedades «Armonía de frutos del bosque» y «Brisa de verano». Luego les cobró y les deseó que pasaran un buen día. Enseguida retomó la conversación.

—Yo ya confío en mí misma, pero no cuando se trata de Barry. Orchid, todavía no sé qué me voy a poner.

—De acuerdo. ¿Adónde iréis a cenar?

—A un asador.

Orchid se detuvo a pensar. Se notaba por sus «Mmm» y sus «Ejem». A continuación dijo:

—¡Ya lo tengo! Ese bonito vestido tuyo de color vino, ¡es perfecto!

—Pero solamente me llega por la rodilla. Y tengo la herida en la pierna.

—Había cicatrizado bastante bien, aunque seguía llevando una tiritita.

—¿Y qué? Barry ya la ha visto. Además, el cine está a oscuras. Deberías ponerte tacón alto, y no esas manolequinas que siempre llevas.

—Pero es que con ellas es como mejor voy.

—¿No querías sentirte sexi esta noche?

—Sí... Pero no tengo zapatos de tacón alto, aparte de unas botas. ¿Y si me pongo las botas?

—¡Ni se te ocurra! —le replicó escandalizada Orchid—. ¡No en una primera cita!

—¡Pero si ésta ya es la tercera!

—La comida del mediodía y la fiesta en el jardín de tus padres no cuentan. Esta noche estaréis a solas por primera vez; aprovéchalo al máximo. Vale, espera... ¿A qué hora has quedado?

—Pasaré a recogerme a las siete y media.

—¿A casa?

—Sí.

—Muy bien. Escucha, te llevaré antes unos zapatos míos. Unos negros, te irán bien con el vestido. Tienes el mismo número que yo, ¿verdad?

—El treinta y nueve.

—Yo tengo el cuarenta, pero no pasa nada.

Laurie tenía un mal presentimiento con todo aquello. Una vez ya le habían prestado unos zapatos de tacón y había sido un fracaso.

—No, déjalo —dijo—. Ya me compraré unos de vuelta a casa.

—Entonces no tendrás tiempo para prepararte.

—Sí, sí, ya me las arreglaré. Gracias por recomendarme el vestido.

Le encantaba aquel vestido de color vino; se sentía bien llevándolo. Y de eso se trataba. No podía transmitir seguridad en sí misma si era insegura de por sí, pero aquella noche quería lograrlo. Quería ser una *femme fatale*: tan sólo necesitaba averiguar cómo hacerlo.

Laurie acababa de servirles un té a Evelyn y Miranda, dos clientas que llevaban años yendo a la tetería los sábados, cuando sonó la campanilla de la puerta. Fue a ver quién era y pensó que sus ojos la engañaban. Peter estaba en la tienda mirándola con ojos radiantes. ¡Y con un ramo de flores!

Aquello sí que era una novedad. Peter no le había regalado flores nunca. Era un ser encantador pero en absoluto romántico. Sus regalos se basaban más bien en cupones de sexo y masajes eróticos para dos. Tiempo atrás resultaba de algún modo excitante que se comportase tal y como era: provocador, desinhibido, atrevido, aventurero; pero ahora Laurie buscaba otras cosas: protección, sensualidad, amor. Tener la sensación de que la comprendían. Ser escuchada.

—¡Peter! —exclamó conmovida.

—Hola, Laurie. Te he traído flores —dijo él dándole un ramo de rosas rojas.

—Ya lo veo —contestó ella.

Evelyn y Miranda empezaron a cuchichear en voz baja, y el resto de los clientes también se quedaron mirándolos fijamente.

—¡Ven conmigo! —dijo ella al advertirlo, y arrastró a su exmarido hasta el fondo del almacén cogiéndolo por la manga corta de la camiseta—. ¿Qué significa esto, Peter? ¿Qué estás haciendo aquí? —Se deshizo de las flores y cruzó los brazos.

—Bueno, he venido a verte. ¿Está prohibido?

—No, claro que no. Pero no contaba con que vinieras. Pensaba que ya me había expresado con claridad.

—¿Cuándo?

—El día que viniste a mi casa.

—No lo recuerdo.

¿Hablaba en serio?

—¿Qué es lo que no recuerdas? ¿Que estuve en mi casa o lo que te dije?

—Recuerdo que estuve en tu casa. Y estabas muy sensual. Igual que hoy, por cierto. ¿Crees que esa gente podrá arreglárselas sin ti un rato?

Ella le miró sin saber qué decir.

—Para echar un polvo rápido —repitió con más claridad. Como si ella fuese tonta o no lo hubiese entendido.

—De verdad eres imposible. Iré a ocuparme de nuevo de mis clientes y tú, por favor, márchate. —De pronto había dejado de gustarle aquella situación. El modo en que Peter estaba ahí de pie, mirándola... ¡Preparado para cualquier cosa!

—¿Y qué me dices de las flores?

—Gracias por las flores. Son preciosas. Pero de todos modos tienes que irte ya, ¿de acuerdo?

—No, lo que quiero decir con eso es: «Te he comprado flores. ¿No crees que deberías agradecermelo un poco?».

—¡Eres imposible, Peter! ¡Simplemente imposible!

Volvió a la parte delantera de la tienda con la mirada hostil y respiró aliviada al ver que Peter la seguía y se dirigía a la puerta. Sin embargo, no se marchó, como Laurie pudo comprobar horrorizada. No. ¡Se sentó en una de las mesas! Y como no había ninguna que estuviese libre, fue a sentarse precisamente junto a las cotillas de Evelyn y Miranda.

—¿Me permiten? —preguntó él con su encanto habitual, y las mujeres asintieron tan felices.

Lo que faltaba. En cuanto se pusiera a hablar con las dos, todo Oxford se enteraría de cómo había sido su pasado amoroso. ¡Debía evitarlo a toda costa!

—¡Peter! Has dicho que tenías que irte. Ya hablaremos en otra ocasión,

¿te parece bien?

—¿Y haremos otras cosas..., eso que tú ya sabes..., la próxima vez también?

Enseguida las dos mujeres mayores aguzaron el oído con interés.

Estuvo a punto de decir que sí con tal de librarse de él. Por suerte se lo pensó mejor.

—¡No, Peter! Ahora estoy saliendo con Barry, ya te lo he dicho. —Y al parecer Peter no lo había captado.

—Vaya, ¿dices que estás saliendo con alguien? No lo sabía.

—¿No será tu proveedor de té? ¿Es ese Barry? —preguntó Evelyn alegremente.

¡Maldición! Se había olvidado por completo de que las dos chismosas también conocían a Barry porque siempre tenían la antena puesta. En cualquier caso, no podía inventarse cualquier historia porque podía salirle el tiro por la culata.

—Sí, ese mismo —admitió Laurie—. En realidad, no estamos juntos en el sentido amplio de la palabra, sino que..., yo..., bueno... —Tuvo que cerrar los ojos para recuperarse. ¡Todo era culpa de Peter! Lo miró enfurecida—. Me gusta otro hombre, ¿vale? Espero que comprendas que ya no podremos vernos más, Peter. Por eso tienes que marcharte ahora. Por favor, discúlpennme las dos. Peter dejará de molestarlas. Tiene que irse. —Se volvió hacia Evelyn y Miranda con una disculpa.

Miranda, la mujer de cabellos blanco tirando a lila, negó con la cabeza.

—¡Oh, no nos molesta! Quédese sentado, querido, así hará compañía a estas dos damas.

—¿Has oído? —dijo Peter en señal de triunfo.

—¡Grrr! —soltó Laurie, y se fue detrás del mostrador—. Pero olvídate de que te sirva un té —gritó.

Vio que Peter le susurraba algo a Miranda.

—Laurie, querida. ¿Eres tan amable de traerme otro té de menta? —le

preguntó Miranda al instante.

Laurie puso los brazos en jarras.

—¿Seguro que es para usted?

—Claro que sí.

—¡Pero su taza sigue medio llena! —Llevaba un tiempo observando a la anciana.

—Ya está vacía —le contestó bebiéndosela en un santiamén.

—Está bien. Que conste que ya sé lo que traman. Te felicito, Peter. ¡Mira que involucrar a dos señoras mayores en nuestra caótica relación! —Le sirvió el té—. ¡Aquí lo tienes! Y eso que me parecía haber oído que no te gustaba el té. —Puso la taza en la mesa y se alegró de que rebosase algo del té caliente y cayera sobre su regazo.

Peter se retorció un poco y limpió la mancha por encima.

—¡Nunca he dicho eso!

—Claro que no. —Se alejó de la mesa y sintió que los ojos de Peter se clavaban en sus nalgas.

—¡Laurie!

—¿Qué quieres? —Se volvió de nuevo hacia él.

—Has dicho «relación».

Sí. Ya se había dado cuenta. Había utilizado la palabra que no era.

Peter permaneció allí sentado un buen rato. Mantenía una despreocupada charla con Evelyn y Miranda, quienes parecían haber hallado a un buen amigo en él. Y Laurie percibía por el tono de su voz que les estaba hablando de su matrimonio y el tiempo que habían vivido felizmente casados.

—Laurie es el amor de mi vida —oyó que les decía él.

Debía admitir que se sentía bien escuchando aquello. Pues, a pesar de todo, ella había estado muy unida a Peter. No sólo porque él había sido su primer amor, también porque había sido el único hombre con el que había

compartido un hogar. Además, era el único con quien había viajado alguna vez. Habían pasado su luna de miel en Las Vegas: tumbados una semana entera en la piscina, jugando en el casino, acudiendo a espectáculos y conciertos, comiendo demasiado y haciendo el amor. Le gustaba pensar en los buenos tiempos que había compartido con Peter. Hasta que se dio cuenta de cuál era su verdadero yo.

Al cabo de seis semanas la engañó con otra por primera vez. Encontró la factura de un restaurante en el bolsillo de su pantalón cuando ella iba a lavarlo. Él lo admitió enseguida. Se disculpó. Le dijo que no volvería a hacerlo. Pero no cumplió su promesa. Le hizo daño una y otra vez. Le echaba la culpa a su supuesta adicción al sexo. Y Laurie no sabía qué hacer. Por eso se quedó a su lado dos años enteros; no quería verse obligada a confesarle a su madre que había cometido un error. Ella la había prevenido contra él. Le había dicho que lo había calado nada más verle, que no debía comprometerse con él. Pero Laurie lo hizo. Se casó con él. Y cayó de bruces.

Cuando ya no pudo soportarlo más, lo abandonó y volvió a casa de sus padres llena de arrepentimiento y completamente destrozada. Los reproches eran inconmensurables. En los meses que siguieron, su madre fue incapaz de mantener una conversación normal con ella sin que le recordara con los ojos en blanco lo estúpida que había sido. Su padre se tomó aquel asunto de un modo más sereno. Luego le compró la casa adosada, lo que para ella fue el mayor favor del mundo. Por fin podía alejarse de su madre y estar tranquila.

Durante un par de años no vio a Peter. Tenía sus historias, viajaba aquí y allá y conseguía todo lo que podía. Luego, en algún momento, volvió a aparecer. Con su sonrisa socarrona, su mirada azul y penetrante y una forma de ser que hacía que todas las mujeres acabasen a sus pies. Tras la separación, Laurie se había cansado de los hombres; había tenido alguna cita, pero nada serio. Le bastaba con haber dejado un divorcio atrás con apenas veintidós años. Además, le resultaba imposible tener una relación seria, pero, dado que era una mujer, años después seguía cayendo en las redes de Peter.

Esto no significaba que Laurie hubiese vuelto a confiar en él o que le hubiera abierto su corazón. Simplemente le dejaba dormir en su cama y se divertían un par de horas.

¡Pero eso se acabó! El otro día se había resistido, y eso continuaría haciendo en adelante. Porque ahora estaba enamorada de Barry y sólo lo deseaba a él. A pesar de que no supiera adónde los llevaría todo aquello, no quería que nada se interpusiese en su camino, ¡especialmente Peter!

Así que trató de ignorarlo hasta que sus dos amigas se despidieron y él se plantó frente al mostrador a última hora de la tarde.

Los otros clientes hacía rato que habían vuelto a concentrarse en su té o ya se había ido. Ya no quedaba nada emocionante que ver después de que Laurie le diese la espalda a Peter. Y ahora ella tampoco quería llamar la atención.

—Laurie. Te quiero.

¿Cómo? ¿Así, de repente?

—¡Peter, no puedes decirlo en serio! Ni siquiera sabes lo que significa la palabra *amor*.

—Sí, sí que lo sé.

—Vale, deja que te lo diga de otro modo. Quizá tú lo sepas, pero no esa cosa que tienes entre las piernas. Nunca podrás serle fiel a una mujer —le soltó furiosa.

—Yo no he dicho eso. Pero...

—¿De verdad piensas que voy a pasar de nuevo por esto?

—Podría intentarlo.

Laurie bajó el tono, suspiró.

—Peter, tú y yo somos historia. ¿Se puede saber por qué quieres que vuelva contigo de repente?

Podía hacerse una idea. Ahora Peter tenía competencia y eso no le gustaba ni un pelo. No es que de pronto la amara, es que no quería admitir la derrota ante sí mismo.

—Me he dado cuenta ahora. Me he dado cuenta de lo mucho que me

importas.

—Ay, Peter. Tus sentimientos no son verdaderos, lo sabes tan bien como yo. Puede que sólo estés un poco celoso de Barry.

—¿Quién es ese tal Barry? Es probable que no exista y te lo hayas inventado para deshacerte de mí.

¡Menuda estupidez! Evelyn le había confirmado antes que Barry existía.

—¡Me estás volviendo loca! ¡Por supuesto que existe Barry! Esta noche he quedado con él para ir a un asador y al cine. Puedes creerme.

Vaya, ¿había sido inteligente por su parte contarle a Peter sus planes?

—De acuerdo, muy bien. Entonces Barry existe. Pero no es ni la mitad de atractivo que yo, ¿estoy en lo cierto?

Laurie suspiró otra vez.

—Peter... Te lo suplico, márchate.

Para su sorpresa, Peter asintió. Y se fue. Pero no quiso irse igual de rápido de sus pensamientos, algo que a Laurie la enfureció. ¿Por qué él no podía alegrarse de su suerte y ya está? Lo único que ella deseaba era empezar por fin una relación de verdad, con Barry; si él así lo quería. No necesitaba aquel tipo de incidentes. Ya se ponía de los nervios sin que tuviese que pensar en ningún exmarido.

Aquella tarde Laurie cerró la Tea Corner diez minutos antes de las seis. Justo estaba girando por segunda vez la llave en la cerradura cuando escuchó que alguien la llamaba.

—¡Espera, Laurie!

Keira se hallaba junto a la puerta de su tienda y, al parecer, la buscaba. Salió de la Chocolaterie con algo en la mano, que oscilaba de un lado a otro.

—Hola, Keira. ¿Qué ocurre? Tengo prisa.

—Lo sé, has quedado. No pretendo entretenerte, sólo quería darte algo bueno para los nervios. Puede que lo necesites. —Le alcanzó la bolsita que había estado meneando de un lado a otro. Laurie vio que eran corazoncitos de chocolate envueltos uno a uno en papel celofán rojo.

—Oh, eres un amor. Muchas gracias. —Le dio a Keira un abrazo rápido. Le hubiese gustado hablarle de Peter y de la horrible tarde que había pasado, pero ya no tenía tiempo. Aún debía hacer algunas cosas, así que se puso en camino.

—¡Que te diviertas! —le gritó Keira a su espalda, y Laurie la saludó sin volverse.

Por suerte la mayoría de las tiendas de Cornmarket Street no cerraban hasta las siete, por lo que Laurie pudo entrar en la primera zapatería que encontró de camino. Iba demasiado apurada como para ir al centro comercial.

Se detuvo directamente en el estante de los zapatos negros y se probó algunos con los que pensaba que podría caminar bien, pero con la mayoría de ellos no lograba avanzar ni dos metros. De pronto se fijó en unos zapatos con plataforma que parecían de lo más cómodos y con los que no tendría que

preocuparse por torcerse el pie de nuevo. El problema era que costaban casi ciento cuarenta libras. Nunca se había comprado unos zapatos tan caros —lo que no equivalía a decir que nunca los hubiese tenido—. Su madre siempre le había dado mucha importancia a cualquier artículo elegante de marca. No porque tuviesen una calidad mejor, no; lo hacía sobre todo para que los demás viesen que podía permitírselo. El fondo de armario de Laurie cuando tenía diez años valía más que su coche de ahora. Puede que incluso más del doble.

Pero ahora ella era otra persona. Se compraba aquello que le gustaba, y le daba igual si lo hacía en Primark, GAP o Marks & Spencer. En cualquier caso, nunca entraba en las tiendas caras; ya le habían robado muchas horas en su infancia.

Bueno, qué más da, pensó. Por una vez pagaría más que de costumbre por unos zapatos. ¡Tenía una cita con Barry!

Aún no se había hecho del todo a la idea. Fue hasta la caja con una amplia sonrisa, pagó los zapatos y acabó comprando una costosa crema para su cuidado.

De camino al coche apenas lograba creer lo fácil que le había resultado comprarse unos zapatos. Si la noche seguía yendo así de bien, podía sentirse feliz de lo que la esperaba.

Entró rápidamente en Boots y compró un nuevo esmalte de uñas que hiciese juego con el vestido de color vino. Estaba preparada para la cita. Estaba preparada para ver a Barry. Y esta vez no lo dejaría escapar tan pronto; como mínimo, no sin un beso.

Laurie se duchó. Laurie se maquilló —un poco más de lo que solía—. Laurie se puso su vestido de color vino y los zapatos nuevos. Laurie se pintó las uñas. Laurie caminó por toda la casa para probar los zapatos nuevos. Laurie intentó quitarse a Peter de la cabeza. Laurie se hizo un té para tranquilizarse...

y no le sirvió de nada. Laurie se acordó del chocolate que le había dado Keira, desenvolvió uno de los corazones y se lo llevó a la boca. Laurie miró la hora: eran las siete y cuarto. Laurie se secó con el secador el cabello que ya tenía medio seco y decidió volver a dejárselo suelto porque la noche anterior le había gustado mucho a Barry. Laurie confiaba en que no viniera a buscarla demasiado pronto, no fuese que no oyera el timbre por el ruido del secador. Laurie intentó ondularse el pelo para darle un toque sensual a su rostro, pero oyó algo y se detuvo a escuchar. Se olvidó del moldeador eléctrico... y Laurie se quedó con un mechón quemado.

—¡Maldita sea! —gritó.

Desconectó el enchufe rápidamente y observó el pelo chamuscado.

—¡Qué mierda! ¿Y ahora, qué?

Se puso un pasador por detrás de la oreja para esconder el rizo e intentó salvar lo que podía. Justo cuando se estaba mirando al espejo y pensando en la posibilidad de hacerse una cola de caballo, llamaron a la puerta.

Ya era demasiado tarde. Su confianza se había esfumado. Volvió a suspiró hondo y fue a abrir.

—Barry, llegas pronto —dijo ella.

—Dos minutos. —Sonrió con aire burlón—. Si quieres que te diga la verdad, llevo diez minutos esperando en el coche.

—¿Ah, sí? —Entonces no se había equivocado, y era su coche lo que había oído—. Pasa, ¡ya casi estoy!

Barry entró y la abrazó brevemente. Como siempre.

—¿Se está quemando algo? —preguntó confundido mientras olisqueaba.

¡Dios, qué vergüenza!

—No, será sólo... el incienso.

—No pensaba que fueses esotérica.

—Bueno, no lo soy. Pero hoy necesitaba algo para calmarme.

—¿No te ha ido bien una infusión de hierba de San Juan?

Ella negó con la cabeza.

—Lo he intentado con una infusión de melisa, pero no...

—¿Y qué me dices del chocolate?

Vaya, al parecer conocía bien a las mujeres.

—También lo he probado.

—¿Y puedes decirme por qué tienes que calmarte? —preguntó Barry.

—Hoy estoy un poco nerviosa.

Barry no siguió insistiendo con su pregunta.

—Sí, yo también —dijo en su lugar.

Ella lo miró sorprendida.

—¿En serio?

Él asintió.

—¿Qué te ha ido bien a ti?

—Una valeriana —contestó, y Laurie arrugó la nariz—. No, es broma.

Más bien ha sido una cerveza.

—Espero que sólo fuese una. Al fin y al cabo tú conduces. ¿O prefieres que vayamos en mi coche?

—De ninguna manera. Si no, mi esfuerzo no habrá valido la pena.

Ella lo observó inquisitivamente. ¿Qué habría querido decir con eso?

Barry señaló a través de la puerta que estaba abierta y ella miró en la esquina, pero no pudo ver nada a excepción de...

—¿Es tuyo ese descapotable? —preguntó muy sorprendida.

—Me lo ha prestado un amigo esta noche.

—¿Lo haces sólo por mí? De verdad que no me hubiese importado ir con tu furgoneta de reparto.

—Lo sé. Pero después de lo que vi ayer en casa de tus padres, me he dado cuenta de a qué estás acostumbrada. He pensado que esta noche te merecías algo especial. A no ser que no te apetezca dar un paseo en un descapotable; en ese caso, puedo ir a buscar mi furgoneta enseguida. —Le guiñó un ojo.

—No, no, es genial. Gracias.

—Bah, no hay de qué. Sólo le debo a mi amigo una camiseta de su equipo

de fútbol preferido.

—Bueno, ¡si es sólo eso! —Ella rio—. Te encanta el fútbol, ¿verdad?

—Es mi gran pasión. Y el té, claro está.

—Puedo entenderlo. A mí también me apasiona el té, y el buen cine.

Barry se quedó mirándola un momento y asintió por fin.

—Hablando de cine, ¿nos vamos? Así podremos llegar a la última sesión.

—Claro.

Cogió una chaqueta fina de lana del colgador y caminaron juntos hasta el elegante coche negro. Barry se rezagó un poco en los últimos pasos, y Laurie supo que estaba echándole un buen vistazo a sus piernas desnudas. Aquel día no se había puesto medias pues ya estaba sudando bastante, así que le podría ver las varices tranquilamente; en cualquier caso ya le había visto las piernas de cerca. Además, acababa de depilarse.

—Estás realmente preciosa con ese vestido —dijo mientras le sostenía la puerta.

—Gracias, eres muy amable.

Laurie se dijo muy en serio que a la mañana siguiente le llevaría un ramo de flores a Orchid para agradecerle la idea del vestido.

Se subió al flamante descapotable con la mirada radiante. La noche podía empezar.

Fueron al asador y Barry pidió la parrillada. Por su parte, Laurie se contentó con una ensalada con tiras de pavo.

—¿Te apetece que pidamos un vino tinto? —preguntó Barry—. ¿O prefieres un blanco?

—El tinto está bien.

Probablemente la ayudaría a relajarse y dejar de pensar en Peter. No entendía por qué aparecía en su mente una y otra vez... Bueno, aquella tarde no había sido como cualquier otra. Al fin y al cabo su exmarido le había dicho que la quería. Pero ahora deseaba dedicarse en cuerpo y alma a Barry. Le sonrió y le prestó toda su atención.

Pero entonces, justo cuando Barry le estaba hablando de un pedido de té que le había costado horrores conseguir, Laurie creyó que alucinaba. ¡Peter estaba allí! Estaba sentado a tan sólo dos mesas de la de ellos, ¡y la estaba observando!

Le hubiese gustado ir a su encuentro y montarle una escena, pero eso hubiese estropeado toda la velada. ¿Debería mencionárselo a Barry? ¿O era mejor confiar en que Peter continuara observándola en silencio sin que se le ocurriese ir a su mesa?

Optó por ignorarle. Y en caso de que se produjera una catástrofe y a Peter le diera por cometer alguna locura, podría decirle a Barry que hasta entonces no le había visto. Al fin y al cabo se encontraban en un restaurante. En un lugar público. Además, estaba bastante oscuro.

Se bebió la primera copa de vino antes de que le trajeran la comida; la segunda, antes de terminarse la ensalada.

En los postres, Barry empezó a reír de repente.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Laurie con curiosidad.

—No he podido evitar acordarme de mi hermano y de un comentario que me ha hecho.

—¿Y se puede saber qué ha dicho que sea tan divertido?

Sintió la mirada acechante de Peter.

—Le he hablado de nuestro encuentro y se ha reído de nosotros. Dice que hacemos una pareja perfecta porque los dos tenemos que ver con el té, y me ha preguntado qué íbamos a hacer esta noche, ¿tomar té? No sé cómo, pero todo el equipo lo ha oído y...

Laurie se sentía confusa. Sobre todo porque Barry había definido aquello como un mero encuentro. De hecho, se sentía realmente dolida.

—Perdona, ¿te refieres al equipo de fútbol?

—Estábamos entrenando, pensaba que lo había mencionado.

Negó con la cabeza.

—Eric viene a verme a veces mientras entreno a mis chicos. Total, que de repente han empezado a mantearme entre todos.

—¿Y qué han dicho?

Barry movió la cabeza entre risas.

—Han preguntado si en nuestra boda habrá té en lugar de champán, y si les pondremos a nuestros niños los nombres de las variedades de té.

Laurie no pudo evitar reír también.

—Son sólo niños, no te preocupes.

—Sí, ya lo sé —dijo ella. Por un instante deseó que Barry también se comportara un poco como aquellos niños. ¿No podía hablar de su futuro en común en algún momento? ¿O al menos decirle en qué punto se hallaban?

Cogió la botella y quiso llenarse la copa, pero advirtió que no quedaban ni dos sorbos. Tal vez fuese mejor así. No debería beber demasiado; el alcohol no hacía buenas migas con el cansancio y las dos pastillas para el dolor de cabeza que se había tomado.

—Deberíamos empezar a pensar en ir al cine —dijo Barry, y llamó al camarero para pedir la cuenta—. He estado mirando en internet. La última sesión empieza a las diez.

Echó un vistazo al reloj: ya eran las nueve y media. ¡Qué rápido había pasado el tiempo!

—Vale. ¿Qué te apetece ver?

—Tú decides. Seguro que quieres ver alguna comedia romántica o algo parecido, ¿he acertado?

—¡Pues no! Me gustaría ver un *thriller*. O, mejor aún, una película de terror. —Pensó en lo que la señora Kingston le había dicho. Anhelaba su fuertes hombros; poder acurrucarse en ellos.

Barry abrió los ojos como platos.

—¿En serio?

—Por supuesto. ¡Vamos, en marcha! —dijo dando un salto.

Barry rio.

—Aún tenemos que pagar la cuenta.

—Vaya. Me había olvidado por completo. —Se sentía ligeramente mareada. De pronto tuvo la necesidad de ir al servicio—. Entonces voy un momento al baño a hacer cositas.

¿Hacer cositas? ¿En serio acababa de decir eso?

—Muy bien. —Barry rio y pagó al camarero.

Laurie le podría haber preguntado si quería que pagasen a medias, pero, después de verle aparecer con aquel descapotable, estaba bastante segura de que querría hacerse cargo de la cuenta. Se dirigió al baño no sin antes lanzarle a Peter una mirada de advertencia.

Una vez salió, se lavó las manos y la cara porque se sentía algo mareada. No bebería más; deseaba estar despierta en su primera cita de verdad con el hombre de sus sueños y disfrutarla. No quería tener que lamentar al día siguiente alguna estupidez.

Se miró al espejo y se sobresaltó al comprobar que una sombra negra le

rodeaba los ojos y que se le había corrido el rímel y se deslizaba mejillas abajo.

—Pero ¿no ponía que eras resistente al agua? —se enfadó.

Una mujer que acababa de entrar en el baño se la quedó mirando. Laurie cogió rápidamente un par de pañuelos de papel de la caja e intentó limpiar aquel desastre. El rímel no se fijaba en sus pestañas como prometía, pero sí se adhería a sus mejillas. Laurie revolvió en su bolso en busca del tubo de crema hidratante que siempre llevaba consigo para las manos secas. Aplicó una buena cantidad de ella en las mejillas y en los ojos y la usó como si de una crema desmaquilladora se tratase. En realidad, funcionaba, aunque acabó por llevarse consigo todo el maquillaje.

Hubiese preferido no salir de allí, pero no podía dejar que Barry esperara más tiempo. «Qué remedio, mejor sin maquillaje que tener que parecer un mapache —pensó—. En el cine no podrá verme.» Desde luego, ya había dejado de ser una sexi *femme fatale*; si es que en algún momento lo había sido.

—Ya estoy aquí —dijo al volver a la mesa. Se dio cuenta de que Peter se había marchado y respiró aliviada.

Observó a Barry con mirada exhaustiva, y no le pareció que hubiese sucedido algo o que hubiera conocido a Peter. Le sonrió.

A lo mejor Barry la notaba ahora diferente, pero no le mencionó nada. Quizá por no ponerla en un apuro. Tampoco preguntó por qué se había pasado un cuarto de hora en el baño.

Una vez llegaron al cine, Barry fue a comprar dos entradas para ver la nueva película de terror americana.

—¿Primera o segunda fila?

—¿Perdón?

—La sala está bastante llena. Sólo quedan asientos en la primera y la segunda fila.

—¿Y no habrá algún asiento más atrás? Dos asientitos de nada...

—Si no encuentra a alguien que quiera cambiarle los suyos de la fila delantera, no. —El tipo de la taquilla empezaba a impacientarse.

Barry la miró.

—¿Primera o segunda fila?

Laurie hizo una mueca. Aquello no tenía pinta de ser muy romántico.

—¿Quieres que vayamos a ver otra película? —quiso saber Barry.

El de la taquilla intervino.

—Todas están agotadas.

—¿Y ese melodrama de amor?

El hombre se encogió de hombros y miró a Barry despectivamente.

—Agotadas. Tendría que haberlas reservado.

—Lo haré la próxima vez. Tendremos que dejar el cine para otro día, gracias.

Se hicieron a un lado y Barry suspiró.

—Lo siento mucho, no sabía que estaría tan lleno. No voy mucho al cine, ¿sabes?

—Es sábado por la noche, tendríamos que haberlo previsto. A mí tampoco se me ha pasado por la cabeza.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Quieres que probemos con otro cine? Aunque seguramente estará igual de lleno.

—Podríamos ver una peli en mi casa. Tengo un buen surtido de DVD — propuso Laurie.

—Será un placer. Si a ti te parece bien, claro.

—Claro que sí. Si no, no lo habría propuesto. —Le sonrió. Allí podría maquillarse de nuevo, así que con más razón le parecía bien.

—Entonces vayamos a por el coche.

Fueron hasta su casa, y Laurie se la enseñó. Le mostró la cocina, su gran colección de té que ocupaba seis estantes, y la sala de estar con su cómodo sofá de color azul oscuro; era su lugar preferido de toda la casa. ¿Cuántas películas habría visto allí sentada? Apenas podía creerse que Barry estuviera

a su lado esta vez. Fue a buscar una botella de vino tinto y le pidió que la abriera y escogiese una película mientras ella iba rápidamente al baño de arriba.

Cuando regresó abajo, Barry le dio una copa de vino. Ahora sí le apetecía beber algo. Sólo medio vaso.

Barry continuaba buscando entre las dos estanterías repletas de DVD.

—Madre mía, hay un montón de películas.

Ella sonrió.

—Ya te lo he dicho.

—¿Aún quieres ver algo de suspense?

—Insisto.

Sacó *The Ring* de la estantería.

—Siempre he querido verla. ¿Te parece bien?

—Claro. Está fenomenal.

—Pero debo prevenirte —dijo—. A lo mejor me oyes gritar a viva voz en la parte más escalofriante.

—Tú mismo.

—No quiero que te pelees con los vecinos.

—Ah, no sufras. El señor y la señora Rutherford se quitan sus audífonos en cuanto acaban de cenar.

Barry rio.

—¿Los dos? Entonces se les acabó la conversación.

—Creo que por eso lo hacen.

Laurie sonrió con ironía y se preguntó si realmente no habría nada más de que hablar después de cuarenta años de matrimonio. Con lo bonito que era lo que tenían ellos ahora, pensó, el comienzo de una relación. La sensación de empezar a enamorarte y desear saberlo todo del otro. Se alegraba tanto de que él estuviese en su casa: allí era todo más íntimo que en un cine repleto de gente. Además, podían hablar entretanto sin que nadie se quejara.

Laurie introdujo el DVD, brindaron por que aquélla fuera una maravillosa

velada y se acomodaron en el sofá. Cuando la película empezó a ponerse espeluznante, Barry la rodeó con un brazo y ella se atrevió a arrimarse un poco a él, a buen seguro gracias al vino. Era una sensación genial. Solos Barry y ella, sin ningún Peter a la vista.

Por fin era como debía ser. Y, a pesar de que tampoco sabía mucho de la vida privada de Barry o cuáles eran sus sueños, sencillamente tenía la corazonada de que era el hombre apropiado. Dejó escapar un pequeño suspiro y sintió que él se arrimaba un poco más a ella. Era tan hermoso que confiaba de todo corazón en que no fuesen otra vez imaginaciones suyas.

Poco a poco empezó a adormilarse, se acurrucó junto a Barry y cerró los ojos sonriendo; sólo por un pequeño instante.

Laurie escuchó que los pájaros piaban, abrió los ojos... y se asustó.

¿Qué... qué había sucedido?

Estaba en el sofá de la sala de estar, cubierta por una manta que probablemente había utilizado Barry para taparla. Barry... ¿Dónde estaba Barry?

Se levantó con las piernas temblorosas. ¿Tenía resaca? Tampoco había bebido tanto; tres o cuatro copas de vino, quizá. Pero si se sentía tan cansada era porque debía de haberlas llenado hasta arriba.

Recorrió despacio la casa. No había ni rastro de Barry hasta donde la vista le alcanzaba, pero escuchaba ruidos en la cocina y, conforme se iba acercando, le llegaba un olor impresionante. Así que sabía que no tenía resaca o, de lo contrario, más bien hubiese sentido náuseas.

—¿Barry? —le preguntó a la espalda que acababa de divisar, como si hubiera otras opciones.

Barry dio media vuelta con una sonrisa resplandeciente.

—Buenos días, Laurie.

—¿Me quedé dormida? —preguntó ella.

—No entiendo cómo alguien puede quedarse dormido con una película tan emocionante como ésa, pero sí, te quedaste dormida. Y me dejaste viéndola solo. Al final pasé muchísimo miedo. —Le guiñó un ojo como solía hacer, cosa que a ella le encantaba. Pero ahora se sentía bastante mal.

—Lo siento muchísimo.

—No tienes que disculparte. Estabas cansada, por lo visto muy cansada.

¿Qué iba a pensar de ella? ¿Que se aburría con él y se quedaba dormida en

su presencia?

—Sí, es cierto. Casi no pegué ojo la noche anterior.

—¿La noche de la fiesta?

—Sí.

—Vaya. Yo dormí como un bebé. Aunque debo admitir que el cigarro que me dio tu padre me sentó un poco mal.

—¿Y dónde has dormido esta noche?

—En el sillón.

—No deberías haberlo hecho. Podrías haber subido y haber usado mi cama. O si no... Bueno... También podrías haberte marchado a casa.

—No me ha importado dormir en el sillón. Me desperté un par de veces, es verdad, pero se me pasaron todos los males sólo con mirarte.

Había vuelto a decirle algo precioso. No sabía cómo tomárselo. Si de verdad sentía lo que decía, ¿por qué no la tomaba de una vez por todas entre los brazos y la besaba?

—Barry.

—Dime. —Estaba removiendo algo en una de sus cacerolas y levantó la vista como si no supiese de qué iba. Como si no hubiese dicho nada en absoluto.

—¿Qué hora es? —preguntó ella, si bien estuvo a punto de preguntarle otra cosa. Entonces se dio cuenta del aspecto que debía de tener. Se pasó la mano por el pelo.

—Las siete y media, más o menos. ¿Tienes que ir a la tienda hoy?

—Sí, claro. Aunque, la verdad, preferiría no tener que ir.

—Pues no vayas. Podríamos pasar el día juntos. Yo siempre tengo el domingo libre.

—Me encantaría, pero no puedo. Tengo clientes que nunca fallan los domingos.

—Es una lástima. Pensaba que quizá te apetecería acompañarme al fútbol. Bueno, si quieres puedes arreglarte mientras yo preparo el desayuno.

Ésa fue la señal que le hizo pensar que tenía que irse. Subió a la planta de arriba, aún con su vestido de color vino.

De repente le entraron ganas de llorar. Se había puesto aquel vestido elegante con toda la intención, y se había comprado unos zapatos nuevos y caros, y se había chamuscado el pelo... ¡Y todo para nada!

¡Se había quedado dormida! ¡Dormida! ¿Cómo podía haberle pasado algo así? Ahora Barry guardaría un bonito recuerdo de su primera cita de verdad con ella. Como se lo contase a su hermano o, peor aún, a su equipo de fútbol, entonces sí que tendrían un motivo para mantearlo entre todos el resto de su vida.

Pero Barry seguía en su casa. Incluso quería pasar el día con ella, ¡viendo fútbol!

Empezaba a estar un poco harta. ¿No podía hablarle con claridad? Las cosas no podían ser ni chicha ni limonada. ¿Eran sólo amigos o cabía la mínima posibilidad de que llegaran a ser algo más?

Había decidido no ponerse guapa ni sexi. Se quitó aquel estúpido vestido, se dio una ducha rápida y se puso el pantalón negro de algodón que había llevado el día anterior y una camiseta azul clara. Se lavó los dientes, se recogió el pelo en una coleta suelta y se maquilló discretamente. Luego bajó y fue a buscar a Barry.

Al parecer ya había terminado con la cocina. Buscaba en el armario de arriba las tazas y sus platos a juego, pero no los encontraría porque ella lo tenía todo mezclado.

—Te has dado prisa —dijo él dándole la espalda en cuanto ella entró de nuevo a la cocina—. Podrías haberte tomado tu tiempo.

¿Para que se notara todavía más su ausencia?

—Bueno, no quería hacerte esperar. ¿Qué hay para desayunar? —Se sentó en el mismo sitio en el que se sentaba todas las mañanas.

Barry tardó unos segundos en contestar.

—Tostadas francesas, bacón, huevo frito y gachas de avena. He asaltado

tu nevera. Espero que te parezca bien.

¿Era sólo cosa suya o su tono de voz había cambiado? Había perdido su expresión alegre; no se escuchaba tan cariñosa, se diría que sonaba más bien un poco... irritada.

—Sí, claro.

—Se han acabado los huevos.

—Podré sobrevivir sin ellos.

—¿Tienes hambre?

—Hasta cierto punto.

¿Qué estaba ocurriendo de repente? Nunca se habían hablado con frases tan breves como aquéllas.

En realidad no tenía nada de hambre; sólo estaba enfadada consigo misma por que le hubiera pasado algo tan estúpido. Se iba a maldecir por ello de por vida.

—Entonces te serviré un poco de todo, ¿vale?

Barry la miraba de un modo tan extraño... ¿Era decepción lo que veía en su cara?

Intentó sonreír; sonreírle a él. Intentó hacerle saber que le estaba agradecida por aquel fantástico desayuno. A lo mejor sólo estaba triste porque no la veía contenta.

—Sí, muchas gracias.

Barry le sirvió el plato a ella y se sirvió el suyo, lleno hasta los bordes.

—Vaya, ¡tú sí que comes por la mañana!

—Por las mañanas me levanto hambriento y, antes de nada, necesito un buen desayuno. —Su voz seguía siendo fría; su postura, rígida.

—Yo por las mañanas me como una rebanada de pan con pasas o una magdalena, como mucho —le contestó ella por decir algo. Necesitaba relajar el ambiente como fuera—. No tengo a un hombre cariñoso en mi cocina que cocine para mí.

Barry la miró con desprecio, como si no creyera una sola palabra de lo que

le decía.

Bebió desconcertada un sorbo del té Earl Grey que Barry le había preparado con leche y azúcar.

—Odio las pasas —dijo ahora Barry, como si quisiese añadir algo más.

—Yo odio los tomates. —Otra vez sus estúpidos nervios. Y eso que pensaba que ya se le había pasado. La situación era más que preocupante.

—Ya lo sé.

—Es verdad.

Silencio. Silencio sepulcral.

—La tostada francesa te ha quedado muy buena —lo intentó de nuevo.

—Tu exmarido ha estado aquí hace un momento.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Por qué?

—¿Cómo dices? —Se atragantó con la rebanada de pan tostado y los huevos revueltos.

—Peter. Se llama así, ¿no? —Barry no la miraba precisamente con entusiasmo.

—Sí. Yo... Dios mío, ¿cuándo ha venido?

—Mientras estabas en la ducha. Y al parecer ha estado aquí toda la noche. Delante de tu casa. En su coche.

¡Mierda! ¡Maldito sea! ¿Por qué le hacía Peter aquello?

—No lo sabía.

—Claro que no.

—Entonces... ¿Ha estado aquí? ¿En casa?

—No. Ha llamado al timbre, pero no le he dejado pasar. Hemos hablado unos minutos en la puerta y, créeme, he tenido más que suficiente.

Tenía que añadir algo enseguida.

—Barry, escúchame. No sé qué te habrá contado Peter, pero ¡es mentira! Él diría cualquier cosa para...

—¿Para qué?

—Para ahuyentarte.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Qué te ha contado? —contestó su pregunta con otra.

Barry se levantó, puso su plato vacío en el fregadero y se quedó allí de pie, apoyado en la encimera. Manteniendo la distancia.

—Que todavía os amáis, que yo sólo soy un segundo plato. Dice que estabais a punto de volver, de reanudar vuestro matrimonio, que debería largarme y no entrometerme en vuestra feliz relación. Y eso es sólo una parte de lo que ha dicho.

¡Maldito sea! ¡Era un imbécil! ¿Cómo le podía hacer eso a ella? ¡No se merecía algo así!

—Sólo dice estupideces, Barry, eso es lo único que saber hacer. No deberías creerle. Ya nos estamos juntos ni volveremos a estarlo. Hace mucho tiempo que se acabó nuestro matrimonio.

—¿En serio? Me ha dicho que los últimos seis meses ha estado en Los Ángeles y que ahora ha vuelto para quedarse.

Ella lo miró sin comprenderle.

—¡Seis meses, Laurie! ¡Es justo el tiempo que hace que nos conocemos! Qué casualidad, ¿no?

—¡Sí, lo es! Una casualidad. ¡El hecho de que Peter pretenda quedarse en la ciudad no significa que yo quiera volver con él!

—¿Estás segura de eso?

—¡Sí!

—Yo no.

—Barry, te lo suplico... —Laurie estaba desesperada. Estaba a punto de perder su confianza o lo que fuera que hubiese entre ambos. ¿Cómo podía convencerle de lo contrario?

—¿Es cierto que os seguís acostando? —preguntó él ahora.

¡Dios, cómo le gustaría retorcerle el pescuezo a Peter!

—¡No! Sí. Quiero decir, lo hicimos. Pero no desde que ha vuelto. No desde que tú y yo... nos vemos.

—¿Así que ha mentido? Dice que ayer mismo echasteis un polvo en el almacén.

El modo en que se expresaba Barry. Podía imaginarse bien aquellas palabras saliendo de la boca de Peter, pero escucharlas de Barry era como si le echaran un jarro de agua fría.

—No, no es cierto. De verdad que no lo es. Por favor, tienes que creerme. No pasó nada en absoluto en el almacén.

Barry se la quedó mirando fijamente.

—Entonces sí que estuvisteis juntos en el almacén.

Oh, no...

Ella asintió.

—Pero...

—¿Ayer os visteis e hicisteis quién sabe qué en el almacén y no me dijiste nada? ¿Cómo pretendes que confíe en ti si te comportas así? —Negó con la cabeza enfurecido.

—Lo siento —dijo ella, desesperada—. Siento no haberte contado que Peter vino a la tienda. De verdad, no pasó nada en absoluto. Créeme, te lo suplico.

—Es tu palabra contra la suya. Francamente, ya no sé a quién creer. Debería irme. Necesito... pensar.

Salió pitando de la cocina en dirección a la puerta. Estuvo a punto de salir de casa en calcetines. En el último segundo se acordó de sus zapatos marrones y se los puso sin detenerse ni a atarse los cordones. Abrió la puerta de un golpe, sin decir una palabra, y se subió a su coche a la carrera. Salió a toda velocidad de allí.

Laurie, que le había seguido atónita, observó los acontecimientos en silencio. No sabía lo que sucedía. Cerró la puerta como si estuviese en trance y volvió a sentarse en su silla. Se quedó mirando los restos de comida que había en su plato.

En cuestión de minutos su cocina con aquel fantástico olor a desayuno se

había convertido en el lugar más frío de la Tierra. ¿Cómo era posible?

No supo nada de Barry en todo el día, aunque tampoco lo esperaba. Seguía sin poder creer lo que había sucedido aquella mañana. Le dolía el corazón. Naturalmente confiaba en que él vendría y la escucharía, y que todo se aclararía. Pero poner demasiadas esperanzas en algo sólo acarrea la desilusión. Así que intentó quitarse a Barry de la cabeza. En su lugar, quedó con Ruby por fin para hablar de las azucenas marchitas de la jardinera. Aquel día, después del trabajo, empezarían a cambiarlas por otras.

Tras un día más bien poco ajetreado, Laurie cerró la tienda a las cinco y se fue al centro para comprar flores nuevas antes de que cerrara. Se decidió por las dragonarias porque parecía que la miraban y sonreían. Una vez más se lamentó de que no hubiese ninguna floristería en Valerie Lane, ya que le hubiesen podido dar algunos consejos prácticos para cuidarlas. Aunque ya buscaría algo en internet.

Justo estaba haciendo cola en la caja cuando llamó su padre.

—Laurie, estoy muy entusiasmado con tu Barry. ¿Qué tal si quedamos para comer algún día?

Ella intentó aguantarse las lágrimas que empezaban a resbalar por su mejilla.

—Sería fantástico, papá. —Sí, sí que lo habría sido.

—¿Quieres que quedemos ya o ya me dirás algo?

—Ahora mismo estoy haciendo cola en la floristería... Ya te llamaré, ¿vale?

—Claro. Saluda a Barry de mi parte.

Le quemaba la garganta de aguantarse tantas lágrimas.

—Lo haré —contestó haciendo un esfuerzo.

—Y saluda también a tu amable amiga.

—¿Quién?

—Keira, claro.

Cielos.

—Lo haré, papá.

—Es un encanto. A lo mejor me paso un día por su tienda para comprar bombones.

—Serán para mamá, ¿no? —¿Tenía que recordarle a su padre que estaba casado?

—Por supuesto, hija. No sé en qué estás pensando.

De momento prefería no tener que pensar en nada. Le dolía la cabeza. Ya había tenido suficientes disgustos aquel día. Sólo le faltaba tener que darle vueltas a la vida amorosa de sus padres.

—Cuídate, papá. Y saluda a mamá de mi parte.

—Por cierto, tu madre quiere que te diga que Barry le parece un chico de lo más agradable.

¿Ah, sí? ¿De verdad? ¡No podía creérselo! Por fin había encontrado a alguien de quien su madre no echara pestes. Y todo se había acabado antes de que comenzara.

—Adiós, papá. Tengo que pagar. Hasta pronto.

Pagó las flores con un billete de cien. Probablemente ni se hubiese enterado si la joven cajera de cabello largo le hubiese devuelto veinte céntimos en lugar de veinte libras.

De regreso en su coche, condujo directa a Valerie Lane, con el maletero y el asiento de atrás repleto de flores y sacos pesados de tierra. Vio a Keira con su escaparate recién decorado y a Susan, que estaba cerrando la tienda de lanas con *Terry* a su lado.

Ruby estaba arrancando las viejas azucenas de las ocho jardineras distribuidas a lo largo de Valerie Lane. Las hortensias seguían igual de

bonitas, pero tenían que deshacerse de las flores marchitas que se iban acumulando. De pronto sintió que debía hacerlo. En cuanto aparcó el coche, cogió el móvil y marcó el número de Peter. Él contestó después de que sonara dos veces.

—Laurie.

—Sí, Peter, soy yo. Dime una cosa, ¿cómo se te ocurre aparecer por mi casa para contarle a mi novio una mentira como ésta?

—¿Por qué? Es verdad.

—No lo es, ¡y tú lo sabes bien! Y te pido, por última vez, que nos dejes tranquilos a Barry y a mí, y que te mantengas alejado de mi vida. ¿O quieres que empiece a odiarte después de todos estos años?

Hubo un silencio. A continuación se oyó:

—Vale, tienes razón. A lo mejor lo que he hecho no ha estado bien. ¡Pero quiero que vuelvas conmigo! Ya te he dicho que...

—¡No quiero oírlo más! —le interrumpió enfadada—. Yo también te he dicho algo, y muchas veces. Vete, Peter. Márchate.

—¿Y adónde quieres que vaya?

—Vuelve a Los Ángeles, a Tailandia, a la India, adonde sea... siempre y cuando te alejes de mí.

¡Eso sí que tenía que haberle dolido! Incluso ella era capaz de advertir la dureza de su voz. Peter podía amarla todo lo que quisiera pero había dejado de tener un hueco en su vida.

No oía nada, y le pareció que Peter había colgado. Entonces él dijo:

—Está bien, Laurie. Te lo debo.

Ella respiró aliviada.

—Gracias, Peter.

—A lo mejor me voy a Miami. Alguien que conocí en Venice vive allí. Me ha dicho que si quiero puedo alojarme en su casa un tiempo; echarle una mano en su taller de coches.

—Suená bien. Ya me enviarás una postal.

—Adiós, Laurie.

Ella colgó. Peter no se había disculpado; eso habría sido demasiado pedir. Lo más importante era que a partir de ahora dejaría de entrometerse en su relación con Barry. Vaya, se había olvidado. No existía una relación con Barry.

Bajó exhausta de su coche, descargó las plantas y se acercó hasta Ruby.

—¿Crees que también decoraban la calle con flores en la época de Valerie? —le preguntó su amiga. Estaba agachada en el suelo, delante de su tienda.

Laurie repartió las cajas de cartón con las plantas y los sacos de tierra húmeda delante de la jardinera y se agachó junto a ella.

—No lo sé. Pero seguro que Valerie se aseguraba de que el lugar estuviese un poco animado. Para ser sincera, no tengo ni idea de qué tipo de flores estarían de moda en la Inglaterra del siglo XIX.

—Algunos libros clásicos hablan de rosas de jardín; también en la época de Jane Austen.

—Las rosas serían muy caras. —Laurie vertió un poco de tierra en la jardinera.

—Ya lo buscaré.

—Hazlo. Entretanto yo también buscaré cómo hay que cuidar las dragonarias. No las hemos tenido nunca. —Cogió una de las plantas de la caja de cartón y la observó complacida.

—Son tan bonitas. Has escogido muy bien.

—Gracias. Al principio iba a comprar gladiolos, pero...

Enmudeció de repente. Acababa de ver algo con el rabillo del ojo. Miró aturrida al otro lado de la calle.

—¿Qué pasa? —preguntó Ruby, todavía concentrada con las flores. Como Laurie no contestaba, alzó la vista—. ¿No es Barry ese de allí?

Oh, sí. Era Barry. Clarísimamente. Y estaba saliendo de la tienda de regalos. Orchid estaba en el umbral y le saludaba.

Pero ¿qué significaba aquello?

Laurie se sentó en el suelo confundida. Fue entonces cuando Barry la vio también. Parecía como si lo hubiesen sorprendido con algo.

Se detuvo, saludó vacilante e hizo el amago de irse, pero luego dio la impresión de que cambiaba de idea y se dirigió hacia ella.

—Hola, Laurie. ¿Sigues aquí?

—Ya ves que sí —dijo ella, y se levantó.

—Hola, Ruby... ¿Va todo bien? —preguntó Barry mirando hacia ella.

Ruby asintió y también le dijo hola.

—No creía que estuvieras aquí hasta tan tarde. Pensaba que cerrabas la tetería a las cinco.

—Y lo he hecho. No estoy en la tetería, sino plantando flores, ¿no lo ves? —preguntó Laurie con más rudeza de lo que pretendía.

En ese momento se percató de que no sólo se sentía triste, también estaba enfadada con él. Por haber huido de aquel modo dejándola plantada.

—Yo... Bueno...

—Por cierto, Orchid también suele cerrar a las cinco.

Laurie se sentía extremadamente confusa por ver a Barry de repente en Valerie Lane. Además, ¿qué diablos había estado haciendo en la tienda de Orchid?

No obtuvo respuesta. Barry la miró intentando buscar las palabras adecuadas, pero no parecía encontrarlas.

—Te escucho. ¿Qué estabas haciendo con Orchid? ¿Por qué has venido después de que cerrase la tienda? ¿Y por qué no te has pasado a verme ya que estabas en Valerie Lane?

—¿Por qué de pronto estás tan enfadada, Laurie? ¡No tienes ningún motivo!

—¿No? Llevaba seis meses esperando a que sucediera algo entre nosotros y cuando por fin tenemos una cita, ¡tres citas!, me tratas como si fuera... una amiga. Entonces aparece mi exmarido y pierdes completamente los estribos,

por más que yo te asegure que lo que él dice no es cierto. No sé qué significa para ti, Barry, ¡y eso me está volviendo loca!

—Creía que sabías lo que yo... siento por ti. Creía que te lo había demostrado. —Barry parecía estar igualmente enfadado.

—Sí. Y al cabo de un instante me tratas de nuevo como a una amiga. Ni siquiera me besaste cuando nos despedimos después de la fiesta.

—Porque no quería ir demasiado deprisa. Quería que fuésemos poco a poco. Porque no sabía si ya estabas preparada para que te besase...

—¡Lo estoy desde hace seis meses! —le gritó ella. Podía percibir las miradas de Ruby y Orchid, que seguía al otro lado de la calle; seguro que observaban la escena con emoción.

—¿Por qué nunca me has dicho nada? —Barry avanzó un paso hacia ella. Su voz era mucho más suave ahora.

—Bueno, porque no estaba segura de que yo te gustase.

—¿No es algo evidente?

—No. Si te digo la verdad, yo ya no lo sé.

Barry avanzó otro paso. Estaban a unos pocos centímetros uno del otro. Le puso una mano en la mejilla y dijo:

—Me gustas mucho, Laurie.

—¿Y por qué razón no me has creído? ¿Por qué no has confiado en mí? — Su voz se había convertido en un simple susurro. Le temblaban los labios.

—¿Cómo hubieras reaccionado tú si mi exmujer hubiese aparecido por la puerta y te hubiera contado que seguía acostándose conmigo y que estábamos más enamorados que nunca?

—Bien visto. Pero en realidad todo aquello era sólo un montón de mentiras. Debes creerme. Acabo de llamar a Peter y le he enviado a paseo. Le he dicho que no quiero verlo nunca más por aquí.

—¿A pesar de no saber qué iba a ser de nosotros?

Ella asintió.

Barry la miró profundamente a los ojos. Era como si pudiese verlo todo de

ella. ¡Todo! Lo que sentía por él, su desesperación, su inseguridad. Y su corazón roto, que poco a poco empezaba a tranquilizarse.

—¿Y ahora puedes decirme qué hacías en la tienda de Orchid? —De una forma u otra, aquella pieza seguía sin encajar en el puzle.

—Te he comprado un regalo —dijo él levantando una bolsa en la que Laurie no había reparado hasta entonces.

—¿Un regalo? ¿Para mí? ¿Por eso estabas con Orchid?

—De hecho, quería averiguar más sobre ti y Peter. Pensaba que si descubría qué sentías realmente por mí o qué sentías por Peter, entonces...

—¿Por qué no te limitaste a preguntarme qué sentía por ti?

—¿Qué me habrías contestado? —preguntó Barry con una voz cálida.

¡Ahora! ¡Por fin! Ahora o nunca.

—Que estoy perdidamente enamorada de ti desde la primera vez que nos vimos.

Barry arqueó las cejas. La miró sorprendido y con una ternura increíble.

—Laurie, hace seis meses de eso.

—Seis meses y diecisiete días.

—No puedo creerlo. Laurie..., no sé qué decir.

—Pues no digas nada y bésame ya.

La besó. Al fin tenía el beso que llevaba tanto tiempo esperando.

Laurie oyó que Ruby aplaudía y Orchid los vitoreaba desde el otro lado de la calle. También Keira parecía haberse escabullido de su tienda, pues llegaron algunos gritos de alegría desde aquella dirección.

—¿Puedo ir a tu casa esta noche? —preguntó Barry.

—Será un placer. Te prometo que no volveré a dormirme.

Él volvió a besarla y, al hacerlo, Laurie sintió que las suaves nubes regresaban, y que por fin iba a poder dejarse caer sobre ellas.

—Y ahora, ¿quieres que te dé el regalo? —preguntó Barry cuando se separaron uno del otro.

—Encantada.

Barry sacó de la bolsa algo envuelto en papel de color rosa y se lo dio. Ella examinó con curiosidad lo que tenía en sus manos; luego lo desenvolvió con cuidado. Barry le había regalado una nueva taza azul en la que ponía *Favourite Tea Mug*, «taza de té favorita».

—Es para tu té. Hace poco vi en la tienda que tenías tu taza preferida medio rota —dijo—. Orchid quería endosarme una de color rosa chillón con *Live Pink!* en letras grandes, pero pensé que ésta era mejor. ¿Te gusta? —preguntó esperanzado.

—Me encanta. Es perfecta. —Miró a Barry con ojos radiantes y se lo agradeció con un largo beso.

El móvil de Laurie sonó.

—Perdonad —se disculpó, y miró de quién era el mensaje.

—¿Qué? ¿Otra vez tu amorcito? —preguntó Orchid.

Laurie sonrió.

—Sí.

—¿Qué dice? ¿Cómo va todo por Hong Kong? —quiso saber Keira.

—Dice que toda la gente va por ahí como si estuviese loca. Los *cosplayers* y demás.

—¿Cómo dices? —preguntó la señora Witherspoon—. ¿Qué son los *cosplayers*?

—Es gente que se viste de personajes del manga —explicó Orchid.

—¿Y qué es eso de personajes del manga?

—Bueno... Seguro que conoce algunos personajes del cómic. Por ejemplo, Mickey Mouse y compañía —intentó aclarárselo Laurie. La señora Witherspoon asintió—. Los manga son parecidos, también son personajes dibujados. En Asia están muy de moda.

—¡Hay de todo en este mundo!

—¿Le gusta la ensalada, señora Witherspoon? —le preguntó Ruby.

Estaban sentadas en el restaurante rústico de luz tenue que llevaba por nombre Olde Fish Cavern. Laurie confiaba en que eso de «Olde» hiciese referencia a la antigüedad del local y no al pescado en cuestión. Iban por los entrantes, intentando que el siguiente plato no llegase nunca, pues la señora Witherspoon era la única que se alegraba de comerlo.

—Está buenísima. —La anciana sonreía de oreja a oreja. Aquel día se

había puesto su mejor vestido. Susan había ido a recogerla a su casa y se habían reunido todas frente al restaurante.

La señora Witherspoon era el entusiasmo en persona. Cuando terminaron el entrante y el camarero les dijo que el *stargazy pie* tardaría un poco en llegar aún, y las cinco amigas sacaron sus regalos, casi estalló de la alegría. Una a una fueron entregándole a la vieja dama lo que habían escogido cuidadosa y amorosamente para ella: Orchid le regaló una figura de porcelana; Keira, unos exquisitos bombones, claro está; Susan, una bonita bufanda, puesto que el invierno estaba a la vuelta de la esquina; Ruby, una preciosa cuchara para su colección —sabía que la señora Witherspoon las coleccionaba porque a menudo iba a su tienda y se miraba algunas—, y Laurie, una cajita de té llena de la variedad que más le gustaba.

A la señora Witherspoon se le saltaron las lágrimas mientras desenvolvía los regalos. Ninguna de ellas se atrevía a preguntar cuándo había celebrado su cumpleaños como Dios manda por última vez.

—Lo que hacéis por mí no tiene precio, queridas —dijo conmovida.

—¿Le importa si le pregunto cuántos años cumple? —se atrevió a preguntar Susan.

—Ochenta y siete —anunció la señora Witherspoon.

Ninguna se lo hubiese imaginado.

—¡Vaya! Se conserva la mar de bien —dijo Orchid regocijada, y todas estuvieron de acuerdo.

El móvil de Laurie sonó de nuevo. Barry le había enviado la foto de un adolescente que se paseaba con un traje esponjoso de pies a cabeza y una capucha con las orejas de un oso panda... en mitad de la calle. Algo así sólo se lo ponía Laurie, como mucho, por las noches para irse a dormir.

—Se te ve realmente feliz, Laurie —dijo Susan inclinándose hacia ella un momento.

—Y lo soy. —Sonreía de oreja a oreja, casi más que la señora Witherspoon.

—Me alegro mucho por ti.

—Todas nos alegramos por Laurie —dijo Orchid—. Ha costado muchísimo llegar a este punto.

—Y que lo digas —dijo ahora Ruby.

—Me gusta tomármelo con calma —se justificó Laurie.

—Si habéis necesitado seis meses para vuestro primer beso, ¿cuánto tiempo necesitaréis para...? Tú ya me entiendes —Típico de Orchid.

Laurie se puso roja.

—¿No me digas que ya...? —Orchid no era la única que miraba con ojos gigantescos.

—Pues sí, ya lo hemos hecho —admitió.

Después de que Barry le hubiese dado un beso increíble aquel domingo en la calle, habían ido los dos a casa de ella y todo se había acelerado un poco. Aquella noche no habían ido más allá de besarse y acariciarse el uno al otro, pero a partir de entonces se habían visto prácticamente a diario y, al cabo de una semana, ya no podían contenerse. Habían pasado juntos una noche impresionante. Para Laurie había sido la más hermosa que de toda su vida.

—¡Sois unos pillines! —exclamó la señora Witherspoon, y todas rieron.

—Oh, creo que llega el *stargazy pie* —dijo Keira.

A todas se les encogió el estómago al ver que el camarero dejaba el plato en el centro de la mesa.

Una tarta de la que sobresalían seis cabezas considerablemente grandes de sardinas: una para cada una.

—Mirad qué buena pinta tiene —dijo Orchid en tono sarcástico.

—A lo mejor está rica —comentó Ruby esperanzada.

—¡Es una maravilla! —aplaudió feliz la señora Witherspoon. Y eso era lo principal.

Observaron al camarero mientras servía la tarta. La dividió en seis porciones del mismo tamaño y las dispuso en los platos. A todas les aguardaba ahora una cabeza de pescado.

—¿Y esto cómo se come? —preguntó Keira.

—¡Así! —dijo la señora Witherspoon, y empezó a separar la cabeza del resto del pescado—. ¡El ojo es lo mejor! —apuntó, y todas pusieron cara de asco.

En efecto, la anciana se llevó a la boca el ojo del pescado. Debía de estar un poco duro, pues no paraba de masticar y chupetear una y otra vez. Laurie hubiese dado lo que fuera por una pizza, y no era la única. Pero era la comida que la señora Witherspoon había deseado, así que las demás también se fueron atreviendo con la tarta poco a poco.

Laurie hizo una foto y se la envió a Barry, antes de coger el tenedor y empezar a comer aquí y allá alrededor de donde había pescado.

—Vamos, chicas, tampoco está tan malo.

—En realidad, está bastante bueno —le dio la razón Ruby.

—No sé yo —dijo Orchid que nunca había podido soportar el pescado—. A mí me parece bastante repug... ¡Ay!

Laurie le había dado un puntapié, acompañado de una mirada de advertencia.

—Sí, sí, está riquísimo —se apresuró a decir Orchid al tiempo que le sacaba la lengua a Laurie.

La señora Witherspoon fue la primera en terminar su plato. Preguntó dónde estaba el baño y Susan la acompañó.

—¡Se ha ido! Rápido, hay que deshacerse de esta asquerosidad —dijo Orchid—. Pero ¿cómo? —Miró a su alrededor, pensativa.

—¡Eres de lo que no hay! —la regañó Laurie.

—Yo estoy de acuerdo con Orchid —dijo Keira—. La tarta es mala, malísima de verdad. Me están dando ganas de vomitar. No consigo que baje ni un trozo más.

El plato de Keira seguía lleno hasta arriba, apenas había tocado su porción.

—¿Cómo no se me ocurrió traer un táper? —murmuró Orchid para sus adentros—. ¡Ésa habría sido la solución!

—Podríamos usar las servilletas —propuso Keira.

Ruby miró a las dos con una sonrisa, mientras que Laurie se abochornaba al ver que hacían un hueco en las servilletas.

—¿Y qué hacemos ahora con ellas? —preguntó Keira.

—¡Al bolso!

—Pero vuestros bolsos se estropearán para siempre —dijo Ruby.

Laurie pensó en la postal de Peter que había dentro del suyo. Una postal de Miami. Parecía que allí se estaba divirtiendo de lo lindo con sus nuevos amigos, y eso era bueno.

—Ruby tiene razón. Aunque utilicéis todo el paquete de servilletas y no caiga nada, el olor a pescado no se irá nunca del bolso —les previno Laurie.

—Es igual, lo importante es no tener que comernos esto. —Orchid se guardó en el bolso su servilleta con el pescado.

Laurie no pudo menos que sacudir la cabeza.

Para colmo, el camarero también lo había visto, y se acercó a la mesa. Se aclaró la garganta.

—Si lo prefieren, les puedo preparar la tarta para llevar.

A Laurie la situación le resultaba terriblemente embarazosa.

Y encima la señora Witherspoon y Susan ya estaban de vuelta.

—¿Para llevar? —preguntó la señora Witherspoon alegremente.

Laurie le dio una fuerte patada a Orchid en la espinilla.

—¡Mierda! —gritó.

Keira miró al camarero en señal de súplica. La señora Witherspoon no debía enterarse de ninguna manera de lo que había sucedido con las servilletas y las cabezas de pescado.

Ruby salvó la situación:

—Sí, señora Witherspoon. Hemos pensado que, puesto que le gusta tanto esta tarta, podríamos pedir otra más. Así mañana podrá continuar comiendo *stargazy pie*. ¡Ah!, y también podría congelar las porciones una por una y comerlas siempre que le apetezcan.

Laurie le dio las gracias a Ruby en silencio.

—Sí, ¿qué le parece? —le preguntó ella a la señora Witherspoon, que volvió a aplaudir.

—Es maravilloso, maravilloso.

—¿Lo ve? Además, invita Orchid. Es quien ha tenido la idea de que nos pusiesen la tarta para llevar. ¿Verdad, Orchid?

—Ejem... Sí, claro. —A Orchid no le quedó más remedio.

El móvil de Laurie volvió a sonar.

Tiene buena pinta. Es una pena
que no esté allí con vosotras.

Podemos pedir que nos
la pongan para llevar.

No, gracias. Me basta
con todas las cosas incomedibles que tengo aquí.

Envió una foto y Laurie rio en voz alta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Keira.

—Barry acaba de enviarme una foto de la feria del té. ¡Mirad! —Les pasó el móvil para que lo vieran.

Todas contemplaron con asombro la foto de un paquete de té con sabor a caca. En el envase podía verse el excremento incluso.

—Aaaaj. ¿Quién puede beber algo así? —preguntó Keira.

—Los coreanos —informó Laurie al resto, antes de escribir algo con su móvil—. Por haber colaborado en cierta cosilla —se dirigió ahora a Keira—, le acabo de decir a Barry que te encantaría tener un paquete. Y te tomarás, como mínimo, una taza... como castigo.

—¿De qué va esto? —quiso saber Susan.

—Ya te lo explicaré luego.

—Sí, me lo merezco —dijo Keira—. Espero que la gente no empiece a pedirme bombones con sabor a caca. De lo contrario, cerraré mi tienda.

Todas rieron.

—¿Barry quiere traer el té para la Tea Corner? —preguntó Susan.

—Que traiga lo que quiera, mientras no sea una bella hongkonesa — contestó ella.

—¿De verdad que se dice *hongkonesa*? —preguntó Ruby.

—¿Cómo, si no?

—¿*Hongkoniense*?

—¿*Hongkonita*? —quiso adivinar Susan.

—¿Mujer de Hong Kong? —supuso Orchid.

—Eso es algo que no sabremos nunca —sentenció Keira.

—Sí, igual que lo del *stargazy pie* y por qué tienen que sobresalir las cabezas de pescado a toda costa —dijo Orchid.

—Bueno, eso es para complacerte a ti —bromeó Laurie.

De repente la señora Witherspoon se levantó.

—Me gustaría daros las gracias —dijo—. Habéis hecho que éste sea mi mejor cumpleaños en mucho tiempo. Os lleváis tan bien entre vosotras. Seguro que la bondadosa Valerie estaría más que orgullosa al veros.

¿Lo estaría? A Laurie le encantaba la idea.

—Orchid, ¿eso que sale de tu bolso es una cabeza de pescado? —preguntó la señora Witherspoon mirando con el rabillo del ojo, y volvió a sentarse.

Todas empezaron a reír a carcajadas.

Había sido una tarde estupenda, una tarde con cinco amigas y una anciana muy particular a quien podía hacerse feliz con muy poco; una tarde con *stargazy pie*, un plato que a buen seguro ninguna de ellas volvería a pedir jamás.

Aquella tarde llegaría a su fin, y luego empezaría un nuevo día; y las cinco amigas seguirían allí, en Valerie Lane, a punto de abrir sus tiendas... Con la bondadosa Valerie velando por cada una de ellas.

RECETAS DE LAURIE'S TEA CORNER



Té de jengibre, menta y limón

Infusión preferida de Laurie

Ingredientes para 1 persona:

1 trozo de jengibre fresco (aprox. 3 cm)

1 tallo de menta fresca

2 rodajas de limón (ecológico)

Azúcar moreno o sirope de agave

Pelar y cortar el jengibre en rodajas finas y ponerlo en una taza para infusión. Añadir algunas hojas de menta fresca. Cortar las rodajas de limón por la mitad y echar las cuatro mitades en la taza. Verter 200 ml de agua hirviendo y agregar la cantidad de azúcar o edulcorante que se desee.

Laurie recomienda el jarabe de agave.

Té de especias

Ingredientes para 1 persona:

- 1 trocito de jengibre (aprox. 2 cm)
- 1 cucharadita de té negro (en hojas)
- 1 ramita de canela
- 1 clavo
- 1 cápsula de cardamomo
- 1 pizca de anís molido
- 125 ml de leche
- Miel o sirope de agave
- 1 pizca de canela molida

Calentar 125 ml de agua en un cazo. Cortar el jengibre en trocitos pequeños y llevar a ebullición junto con las hojas de té, la ramita de canela, el clavo, la cápsula de cardamomo y el anís. Dejar hervir a fuego lento durante aprox. tres minutos. Añadir la leche y dejar hervir dos minutos más. A continuación, filtrarlo todo por un colador y servir en una taza grande con miel o sirope de agave.

Infusión de piña y ron

Ingredientes para 1 persona:

- 1 rodaja de piña deshidratada
- 1 cucharadita de té Rooibos
- 1 rodaja fina de piña fresca
- 1 cucharadita de azúcar moreno
- 2 cucharaditas de ron (al gusto)
- ¼ de rodaja de piña fresca para decorar
- 2-3 hojas de melisa para decorar

Cortar la piña deshidratada en trocitos pequeños (conviene usar una picadora), ponerla en un cazo con el té Rooibos y 200 ml de agua y dejar que hierva todo brevemente. Retirar del fuego y dejar que repose cinco minutos. Cortar en dados la piña fresca y echarlos en una taza para infusión junto con el azúcar y el ron. Añadir el té recién hecho con ayuda de un colador. Decorar el borde de la taza con la rodaja de piña cortada y la melisa.

Un pequeño consejo: en verano puede servirse frío con cubitos de hielo, como un cóctel de té.

Bombones de té matcha según una receta de Laurie y Keira

Ingredientes para 25 bombones:

- 100 ml de leche
- 2 cucharaditas de té matcha en polvo
- 400 g de chocolate blanco para fundir
- 100 g de trocitos pequeños de pistachos

Calentar la leche en un cazo, añadir el té matcha en polvo y remover. Cortar el chocolate en trocitos y echarlos poco a poco hasta que se fundan. Poner la mezcla en un bol y dejarla dos horas en el frigorífico. A continuación, batir con una batidora hasta obtener una masa cremosa y, con ayuda de dos cucharas pequeñas, hacer porciones del tamaño de una cereza y colocarlas en una bandeja forrada con papel para horno o en un plato liso. Dejar en el frigorífico entre cuarenta y cinco y sesenta minutos y seguidamente formar las bolitas con las manos. Cubrir los bombones con el pistacho.

Es la receta secreta de Laurie y Keira para pasar una tarde perfecta con sus amigas.

Ponche de té y frutas

Ingredientes para 1 bol de ponche:

6 cucharaditas de mezcla de té de frutas

6 naranjas

4 cucharadas de azúcar

250 g de frambuesas congeladas

Cubitos de hielo (al gusto)

1 litro de naranjada

Llevar a ebullición 500 ml de agua y añadir la mezcla de té. Dejar reposar ocho minutos y meter en el frigorífico como mínimo una hora. Pelar las naranjas y cortarlas en rodajas, ponerlas en bol de ponche y cubrirlas con el azúcar. Agregar las frambuesas congeladas, el té de frutas frío y los cubitos de hielo. Añadir por último la naranjada fría.

Agradecimientos

Quien me conoce bien sabe que siempre necesito la música adecuada para escribir. Por eso quisiera darles las gracias a Norah Jones y Sam Smith por haberme acompañado e inspirado en la fase de escritura de mi libro.

Asimismo le envío mi agradecimiento más sincero a Anoukh Foerg, mi estupenda agente literaria que me propuso hace tiempo escribir sobre la amistad entre las mujeres. El resultado de todo ello ha sido una historia que me ha hecho reír, llorar y conmover como casi nunca lo había hecho otra antes: ¡y esto es sólo el comienzo!

También me gustaría dar las gracias a Andrea Schneider, Roberta Gregorio, Alexandra Blöchl y todas las que durante el proceso de creación escuchaban mis ideas, aportaban útiles sugerencias o simplemente me brindaban palabras afectuosas cuando las necesitaba.

Un agradecimiento especial a Julia Fronhöfer, mi nueva y maravillosa lectora de la editorial Blanvalet, con quien ha habido tanta sintonía, lo que no ha hecho más que enriquecerme. Espero que compartamos muchos proyectos en el futuro.

Gracias a todo el equipo de Blanvalet, especialmente a Eléonore Delair: ¡gracias, gracias, gracias! Me siento muy feliz de poder formar parte de él.

Mil gracias a mi redactora, Angela Kuepper, por haber sacado lo mejor de la historia que quería contar. Es una persona llena de talento y con un gran corazón.

Gracias al genial Johannes Wiebel por el fantástico diseño de la cubierta: me ha enamorado por completo.

Me gustaría agradecer de todo corazón a mi familia su apoyo y paciencia

infinita y el haber creído en mí. Sibah, Leila y Kimmy: sin ellos mi vida estaría a oscuras.

Papá. Gracias por los muchos desayunos y todas las tardes juntos que hicieron que me alejara de mi escritorio de cuando en cuando para desconectar un poco. ¡Gracias, sobre todo, por los riquísimos aguacates!

Quiero darle las gracias a mi madre por haberme enseñado desde pequeña lo importante que es viajar y ver mundo. Me ayuda enormemente en cada palabra que escribo.

Gracias, también, a Britta Dubber, Maike Limberg, Laney Appleby, Kate Sunday, Andra Jaeckel, Silke Hoffner, Iris Klockmann, Verena Scheider y Marie-Luise Walther: gracias por estar en esto conmigo.

Gracias, Hilde (mi señora Witherspoon), por todo.

Y, como siempre, mi mayor gratitud a mis lectores, porque gracias a vosotros puedo dedicarme a lo que amo.

¡Os deseo muchas horas encantadoras en Valerie Lane!

La tetería de la felicidad
Manuela Inusa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Die kleine Teeladen zum Glück*

© del diseño de la portada, punchdesign | Johannes Wiebel 2019
© de la imagen de la portada, Mark Wolters, Nickolay Khoroshkov, Semiletava Hanna, kneiane y Paul Rookes, Shutterstock

© Blanvalet Verlag, una división de Grupo Editorial Random House GmbH, Munich, Alemania, 2017.
www.randomhouse.de
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent. www.uklitag.com

© Noelia Lorente Romano, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-270-4637-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

